

VASIL
STEFANIK



*La cruz
de piedra*



Бенедикт Анопович

VASIL
STEFANIK



*La cruz
de piedra*

*y
otras novelas*

НБ ПНУС



342176

EDITORIAL "DNIPRO"
KIEV — 1972

УД
С-79

ВАСИЛЬ
СТЕФАНИК

*„Камінний хрест“
та інші новели*

Traductora: ESTELA LUSCHAK
Autor del prólogo: FEDIR POGREBENNIK
Redactor: JUAN BORYSIUK

Autor del retrato: VASIL KASIAN
Presentación: SERGUIY SAVITSKIY

БІБЛІОГРАФІЯ

БІБЛІОТЕКА
Івано-Франківського
національного університету
342176

Impreso en la RSS de Ucrania

NOVELISTA DE FAMA MUNDIAL

Vasil Stefánik... Es uno de los más destacados novelistas de comienzos del siglo XX, gran maestro de la palabra, orgullo de la literatura clásica ucraniana, escritor de fama mundial. Sus obras, traducidas a distintos idiomas extranjeros, son hoy conocidas en muchos países del mundo. Las traducciones ya existentes vienen a ser completadas ahora por versiones en lengua española. Creemos que ellas van a abrir ante el lector del presente libro la grandeza y magnificencia de este escritor demócrata, cuya creación es orgullo nacional del pueblo ucraniano.

Vasil Stefánik nació el 14 de mayo de 1871 en la aldea Rusove del distrito Snyatinskiy, región de Stanislav (hoy día Ivano-Frankivsk), en la familia de un campesino.

Estudió en el Instituto polaco de segunda enseñanza de la ciudad de Kolomia donde sufrió persecuciones por parte de las autoridades escolares por participar en un círculo ilegal de la juventud ucraniana. En el año 1890 el joven Stefánik se vio obligado a dejar Kolomia y trasladarse a estudiar en el liceo de la ciudad de Drogóbich. En 1892 ingresa en la facultad de medicina de la Universidad de Krákov. No terminó sus estudios puesto que la medicina no era la vocación de Stefánik.

Al hacerse no médico, sino escritor, dedicó por completo sus fuerzas a la literatura, a la lucha por la liberación social y nacional de su pueblo.

La vida de Stefánik, su actividad literaria y social se desenvolvía en Galychiná, que a fines del siglo XIX y comienzos del XX era la colonia más atrasada de la monarquía austro-húngara. Después de la descomposición de aquella cárcel de pueblos, la Polonia nobiliario-burguesa se apoderó de las tierras de la Ucrania Occidental y estableció aquí un régimen de ocupación.

Las masas populares ucranianas sufrieron en Galychiná una terrible opresión social y nacional. Muy trágica era, en particular, la situación de la aldea en aquella región, la cual empobrecía bajo el peso de las relaciones capitalistas de producción, se proletarizaba. Sobre los trabajadores del campo se cernió como un espantoso fantasma, la terrible desgracia de la emigración a Canadá, Estados Unidos de América, al Brasil, Argentina.

Stefánik, que procedía de las capas bajas populares, amaba, ante todo, al pueblo trabajador. Sentía sus sufrimientos, sus alegrías le ponían contento. Stefánik tenía fe en la fuerza invencible de las masas populares. "Yo estimo a los mujiks por su penosa historia milenaria, por su cultura que los hizo hombres sin temor a la muerte. Porque existen a pesar de que sobre ellos cayeron cataclismos universales que destrozaron a pueblos y culturas. Sí, hay qué estimar y a quién admirar. Por ellos y para ellos escribiré". Así determinó él mismo su credo social y de escritor, en una de sus cartas dirigidas a Olga Kobylianska, eximia escritora de aquellos tiempos.

Stefánik comenzó a escribir a principios de los años 90, siendo aún alumno del liceo, pero salió a la anchurosa vía de la creación literaria en la segunda mitad de dicha década cuando aparecieron sus novelas, profundamente realistas, sobre la vida de la aldea galychiniana. En el año 1897 el periódico "Pratsya" ("Trabajo") de Chernivtsy, publicó seis novelas de Stefánik. Dos años

más tarde, en la misma ciudad apareció la primera colección del joven novelista, titulada "La libreta azul".

En la literatura ucraniana apareció un novelista de talento con sus propias concepciones artísticas del mundo, con su manera original de escribir, un lírico delicado y profundo, un gran maestro de la novela social psicológica.

Cuando surge Stefánik, la literatura ucraniana tenía tan destacados escritores prosistas como Iván Frankó, Iván Nechuy-Levitskiy, Panás Mirniy, Mijailo Kotsiubinskiy, Olga Kobylianska y otros, quienes dieron un amplio cuadro realista de la vida y costumbres del pueblo trabajador. Stefánik ya en sus primeras creaciones confirmó su calidad de innovador como novelista. Su innovación se manifestó brillantemente, ante todo, en los medios de reflejar rasgos característicos de la vida aldeana, en la manera creadora del escritor. Los problemas sociales de la aldea, él, escritor psicólogo, los mostraba, poniendo al descubierto los conflictos internos y las catástrofes de sus personajes, a través del prisma de sus sentimientos. Para Stefánik lo principal era el alma humana. Las cuerdas del alma del campesino, él aspiraba —como lo reconoce en una de sus cartas— a "entonarlas y tensarlas tan fuertemente que de ellas saliera la grandiosa música de Beethoven".

De ese potentísimo espíritu beethoveniano estaba penetrada la primera colección del escritor, "La libreta azul", en la que entraron obras de tan gran valor artístico como: "La despedida", "Katrusia", "Un hecho imprevisto", etc. En esas pequeñas novelas Stefánik mostró con tan gran fuerza artística la tragedia de la vida del infortunado campesinado, tan profundamente puso al descubierto el drama del alma de sus héroes que sus obras, que con su cruel verdad, con su elevadísimo dramatismo, causaron una profunda impresión en los lectores. La colec-

ción "La libreta azul" tuvo una gran resonancia no sólo en la crítica ucraniana, sino también en el extranjero. La aparición de este librito no muy voluminoso, pero en extremo importante, por su contenido, fue un fenómeno remarkable en la literatura ucraniana de aquellos tiempos.

La colección siguiente de novelas de Stefánik, "La cruz de piedra", apareció en el año 1900 en la ciudad de Lviv. En ella el talento genuino del novelista resplandeció con nuevas facetas. Una gran impresión causó en los círculos sociales, en particular, su estudio psicológico-social "La cruz de piedra". En él, Stefánik, de manera trágica, reflejó los inverosímiles sufrimientos del trabajador aldeano, al que la maldita suerte madrastra lo obliga a huir adonde le lleve el viento para poder ganarse la vida. Con extraordinaria maestría artística, con una profunda comprensión de los más delicados sentimientos del alma de sus héroes, el escritor puso al desnudo la tragedia que es la emigración para el hombre trabajador, el tener que dejar su aldea, su tierra patria con todo lo más entrañable. En Iván Diduj —imagen central de esta obra— Stefánik encarnó los mejores rasgos del campesinado trabajador: el amor al trabajo, su honradez, su delicado amor hacia la madre tierra.

"La cruz de piedra" es una especie de monumento literario a los trabajadores del campo que conocieron el trágico destino del emigrado, a los que el cruel régimen capitalista privó de lo más preciado, la Patria. Esa obra conmovió los corazones de los contemporáneos de Stefánik en Ucrania y más allá de sus fronteras por la grandeza de su verdad vital, por su elevado patriotismo. En el año 1924 el escritor Miroslav Irchan en el periódico "Ukrainski schodenni visti" ("Noticias ucranianas de hoy"), recordando la gran impresión que causó "La cruz de piedra" en los emigrados ucranianos residentes en las praderas canadienses, decía: "Estoy leyendo el relato de

Stefánik "La cruz de piedra". Si lo hubiera sabido, es posible que no lo leyera. Porque suena un llanto tal en la jata, llanto que, como dice Stefánik, es como el viento que, violento, sopla entre afiladas espadas y es penoso ver como las canosas cabezas se humillan hasta el suelo y los ancianos ojos, lloran... Ese llanto quedo se lanza a oleadas sobre las blancas paredes de la cabaña como si buscara para sí salida. Pero no la encuentra y forma nuevas olas que llenan toda la jata".

Sólo Stefánik, que sufría como su propia pena el dolor de los campesinos emigrantes, supo reflejar con tanta fuerza y emoción esa trágica página de la historia de nuestro pueblo.

En 1901 en Lviv se publicó la tercera colección de novelas del escritor, titulada "El camino". Stefánik se convierte en uno de los prosistas ucranianos más populares; sus obras traducidas a idiomas extranjeros son editadas con mayor frecuencia en otros países. El gran escritor y crítico ucraniano Iván Frankó dijo entonces sobre Stefánik esta famosa frase: "Stefánik es un verídico artista por la gracia de Dios, del que ya ahora nos podemos enorgullecer ante el mundo".

Stefánik, escritor que aspiraba a crear una literatura semejante a la música de Beethoven, no podía seguir consumiéndose mucho tiempo en las penas de la creación. Después de la aparición de la colección "El camino", Stefánik, como escritor prosista, estuvo callado durante largos años, puesto que se entregó por completo al trabajo social. En el año 1908 los campesinos de los Cárpatos le eligieron diputado al parlamento austriaco donde defendió los derechos de las masas trabajadoras ucranianas.

Los trágicos acontecimientos de la primera guerra mundial y a los cuales Galychiná sirvió de arena, los cuadros de los sufrimientos del pueblo que dejaron profundas huellas en el alma de Stefánik, le indujeron a

tomar de nuevo la pluma. En el año 1916 escribe la novela "Aventura infantil". En aquel entonces el escritor publica en diferentes ediciones periódicas nuevas obras penetradas de profundos sentimientos sobre la suerte de las masas populares lanzadas al remolino de la guerra mundial, obras llenas de fe en el futuro brillante del pueblo ucraniano. En la creación de Stefánik resonaron con gran fuerza los motivos de la lucha de los trabajadores ucranianos de Galychiná por su liberación nacional y social, por su reunificación con todo el pueblo ucraniano. Entonces él escribió tales obras maestras como "Ella, la tierra", "Mis hijos", "María", "Antigua melodía", "Rocío" y muchas otras. La apasionada palabra del novelista fue dirigida contra la nobleza polaca invasora, la cual, después del derrumbamiento de la monarquía austro-húngara se apoderó de la Ucrania Occidental. Stefánik, como escritor y ciudadano, estaba con aquellos que pusieron todas sus esperanzas de liberación de los trabajadores de la Ucrania Occidental en la Ucrania Soviética.

La colección de novelas "Tierra", que se publica en Lviv en el año 1926, refleja el período de posguerra en la creación de Stefánik y fue un remarcable alcance de la literatura ucraniana de aquellos tiempos.

El retorno de Stefánik a la actividad literaria fue acogido con entusiasmo por la opinión pública ucraniana de ambos lados de la frontera. En la Ucrania Soviética durante la década del 20 y comienzos de la del 30, aparecieron decenas de colecciones de obras del escritor no sólo en lengua ucraniana, sino también traducidas al ruso, polaco y alemán.

La edición de algunas colecciones de novelas de Stefánik en la Ucrania Soviética, el que se le concediera al escritor una pensión personal por el gobierno de la RSS de Ucrania en el año 1929, manifestaba brillantemente en

qué alto grado valora el pueblo ucraniano soviético la creación de tan destacado maestro de la palabra, hijo fiel de su Patria.

En la Ucrania Soviética las obras de Stefánik resonaron con nueva fuerza, ellas fueron magníficamente acogidas aquí por millones de lectores.

Stefánik muere tres años antes de la liberación de la Ucrania Occidental y su reunificación con la Ucrania Soviética, históricos acontecimientos que él no tuvo la dicha de ver. Dejó de existir el 7 de diciembre de 1936 en la aldea Rusove, donde está enterrado

En el año 1941, en la casa donde vivió Stefánik fue inaugurado el museo memorial-literario, santuario de nuestro pueblo. En conmemoración del centenario del natalicio del escritor en Rusove se le ha erigido un grandioso monumento.

La creación de Vasil Stefánik tiene un elevado significado artístico y cognoscitivo. Ella nos ayuda también a comprender más profundamente el pasado de nuestro pueblo, amar con pasión su maravilloso presente.

La inspirada palabra del novelista ucraniano emociona hoy los corazones de los trabajadores de los países de la comunidad socialista. Sus novelas han sido editadas en Polonia, Checoslovaquia, en la República Democrática Alemana, Rumanía. El escritor es honrado por los círculos progresistas de los países capitalistas, por la emigración trabajadora de Canadá, EE.UU, Brasil, Argentina y de otros países que no rompen sus relaciones con la tierra patria, con la cultura de su pueblo.

Cada vez de manera más completa y brillante se abre ante los hombres de buena voluntad la creación de uno de los más destacados escritores ucranianos, maestro incomparable de la novela psicológico social. Stefánik vive en las nuevas ediciones de sus obras, en los monumentos que le erigen sus agradecidos sucesores, en el corazón

del libre pueblo ucraniano, para siempre reunificado, el cual, junto con todos los pueblos de nuestra soleada Patria construye la más hermosa sociedad del mundo.

Stefánik es nuestro, Stefánik está con nosotros, Stefánik está con todos los que aspiran a la paz y felicidad en la Tierra.

FEDIR POGREBENNIK

LA LIBRETA AZUL

¿Ven a Antín? ¿A ése que está gritando allá en el pastizal?... Bueno, ése nunca fue feliz. Siempre lo perdía todo y nunca prosperaba. Cuando compraba una vaca, se le moría, cuando compraba un cochino, se le apestaba. Toda la vida le ocurría lo mismo.

Pero cuando se le murió la esposa y tras ella, sus dos hijos, a Antín no se le podía reconocer. Comenzó a beber, a beber, a beber...

Gastó en vino lo que había obtenido por la venta de sus tierras, se bebió el dinero recibido por el huerto y terminó por vender la casa. La vendió y se fue a lo del alcalde a sacar la libreta azul de trabajo, con el fin de irse a cualquier parte para colocarse.

Ahí está, sentado, enumerando a toda voz para que le oigan, a quién vendió las tierras, a quién el huerto, a quién la casa.

— ¡Lo vendí todo y se acabó!... ¡Dejó de ser mío y basta!... ¡Ya no es más mí-o-o!... ¡Ah, si mi abuelo se levantara de la tumba!... ¡Hombre!... tenía cuatro bueyes bien cebados, veinticuatro leguas de tierra, casas... ¡cómo en todo el pueblo no había otras!... Tenía de todo y en cambio su nieto... ¿ven?...

Y agitaba en el aire la libreta azul.

— ¡Chupo y voy a chupar más todavía!... ¡Tomo por mi plata y a nadie le importa nada!... Imagínese que el alcalde, mientras me ponía el sello y me sermoneaba, va y me dice: “¡Hombre, se te fue en meada toda la plata de las tierras!”... ¡Bah!... Si habré visto alcaldes como ése... ¡Ojalá te mueras con la misma facilidad con que yo estoy viviendo! Me voy de esta casa, la dejo para siempre; ahora mismo beso su umbral y me voy. Ya no es mía y se acabó. ¡Echenme como a un perro!... ¡Háganlo, por favor!... ¡Todo era mío, ahora es ajeno!... Salgo al patio y el susurrar del bosque parece decirme: “¡Vuelve, Antín!... ¡Eh!... ¡Hombre!... ¡Vuelve, vuelve a tu casa!”

Al hablar, Antín daba tales puñetazos en su pecho, que su retumbar rodaba por el pueblo.

— ¿Sabes?... ¡Siento una tristeza... una tristeza tan grande! Entonces vuelvo a entrar en la casa. Me quedo sentado un rato y otra vez vuelvo a salir. Ya no es mía... ¿Qué puedo hacer si ya no es mía?... ¡Así le cueste morir a mis enemigos, como me cuesta a mi dejar esta casa!... Salgo afuera y ni que estuviera alucinado. Veo que la paja del techo se puso verde de musgo. Habrá que techarla de nuevo. La piedra y el agua... Esta vez no seré yo quien te teche. La piedra... ¡pero si hasta la piedra se partiría de angustia!...

Antín decía estas palabras a la par que golpeaba la tierra con las manos, como si estuviese dando mazazos.

— Entonces me senté en el zócalo. Todavía la finada, que en paz descanse, lo había revocado y blanqueado mientras que yo a carretilla-

das le iba trayendo la arcilla. Ni bien quiero levantarme, el zócalo no me deja. Quiero dar un paso, pero el zócalo me retiene. Y siento una gran pena. ¡No!... ¡No siento nada!... Y sin embargo me muero. Sigo sentado, gimiendo, gimiendo como si me estuviesen despellejando. La gente me mira como a un penitente.

— ¿Ven el portón?... Pues allá junto al portón, el cura le echó el último sermón a la finada. Lloraba todo el mundo. Fue una buena esposa, decía el cura, hacendosa...

— ¡Ay, desdichados!... No tienen paz ni en la tumba siquiera, porque ya soy un hombre perdido. Me gasté en vino hasta la última camisa, me chupetié hasta el último trapo. María, ¿me oís?... ¿Y tú, Yurchik?... ¿Y tú, Vasel?... ¿Me oyen?... Ahora el padre va andar en camisa de batista y sirviendo a los señores...

Y señalando la casa del alcalde, Antín seguía diciendo:

— Sin embargo la alcaldesa es una buena mujer. Me dió pan para el viaje, pero sin que la viera el marido. ¡Qué Dios ampare a tus hijos y los ilumine por donde ellos vayan!... ¡Qué Dios los ayude mejor que a mí!...

— ¿Por qué razón tengo que estar sentado sobre un zócalo ajeno?... Me voy. Pero ni bien di un paso, las ventanas se echaron a llorar. Lloraban como unos chiquillos. El bosque les contaba sus quejas y ellas dejaban caer lágrima tras lágrima. La casa también lloró por mí. Igual que un niño por su madre...

— Con el faldón de la zamarra limpié las ventanas para que no lloraran más, porque no valía la pena y me alejé para siempre.

— ¡Ah, qué fácil es alejarse!... ¡Igualito que mascar piedra! ¡Delante mío no veo más que amarguras!...

Antín hizo alrededor suyo un gesto con la mano.

— Me queda dinero todavía, pero igual me lo voy a chupar. Voy a tomar con la gente del pueblo, para que se acuerden de cómo me iba de aquí...

— ¿Ven?... Aquí, debajo de la camisa tengo la libreta azul. Ella es mi casa, y mis campos, y mis huertos. Con ella me voy al fin del mundo. Es la libreta del emperador. Ella me abre todas las puertas. En todas partes. En casa de los señores, de los ricachos, de los judíos y de todo el mundo...

LA DESPEDIDA

Una nube púrpura se había quedado estancada sobre el poniente. A su alrededor el astro rey había extendido sus blanquecinos flecos y la nube aquella comenzó a parecerse a la cabeza ensangrentada de algún santo. Por detrás de ella, se filtraban los rayos del sol.

En el patio de la casa había un mundo de gente. La luz del crepúsculo, cual reflejo de una piedra roja, dura y fría, caía sobre ellos. De la casa continuó saliendo gente. Aparecían tristes, como si volviesen de un velorio.

Tras los vecinos surgió un mozo con la cabeza pelada al rape. Todas las miradas estaban dirigidas hacia él. Les parecía que esa cabeza, que ahora se movía en medio de esa luz sangrienta, debía caer arrancada de sus hombros, en algún punto lejano del camino. La madre del joven estaba parada en el umbral de la casa.

— ¿Ya te vas, hijito?...

— Sí, madre.

— ¿En manos de quién nos dejás?...

Las mujeres rompieron a llorar, mientras las hermanas se retorcían las manos y la madre golpeaba con la cabeza el marco de la puerta.

El padre acercóse al hijo.

— Hay que subir al carro, hijo, porque vamos a perder el tren.

— ¡Hijito, quédate esta noche en casa!... ¡Quédate todavía!... ¡Te mimé tan poco!... Creí que partirías al alba... y ya te me vas. Te despediré tempranito, al despuntar el sol y te juro que no voy a llorar ni un poquito... ¡Hijo de mi alma, dormí esta noche en casa!...

Cogió al hijo por la manga y se lo llevó para adentro.

La gente se dirigió al portón. Muy pronto, salieron de la casa la madre con el hijo. Ella estaba pálida como si fuese de yeso.

— ¡Pobre de mí!... ¿Quién me carpirá ahora el maíz, hijo? — se preguntaba el padre.

Los hombres se echaron a llorar, al tiempo que el padre caía de bruces sobre el carro, temblando como una hoja.

— ¡Eh!... ¡Vamos ya!

La madre no los dejaba partir.

— ¡No te vayas, Mikolaiko!... ¡Hasta que regreses se van a desgastar los umbrales de esta casa y se van a venir abajo todas las esquinas!... ¡A mí ya no me encontrarás viva y quizás tú tampoco vuelvas!...

Se aferró a las piernas del hijo.

— ¡Oh!... ¡Mejor fuera que en este minuto te estuviera vistiendo para el último viaje!...

Salieron.

Los que estaban en el portón formaron la comitiva que iba a despedir al recluta.

Atravesaron el bosque.

Las hojas habían alfombrado el camino. Se habían enroscado cual barquillos cobrizos, que, con las primeras lluvias se irían bogando tras

el soldado. El bosque había aprisionado la voz de la madre, la llevaba al campo y la iba depositando en los linderos para que la tierra supiese, que al llegar la primavera, no sería Mikolai el que iría a ararla.

Cruzado el bosque, se detuvieron en el campo. El recluta comenzó a despedirse de sus paisanos:

— ¡Queden con Dios, parientes y vecinos!... Les pido perdón si alguna vez los ofendí. Olvídenlo y bendíganme antes de emprender yo este largo camino...

Todos se quitaron los sombreros.

— ¡Regresa al pueblo sano y salvo y no te entretengas!...

El hijo y el padre se sentaron en el carro. La madre se agarró a la rueda.

— ¡Hijo, llévame contigo!... ¡Si no lo haces, voy a ir corriendo detrás tuyo por el campo, hasta alcanzarte!...

— ¡Gente santa, llévense a esta mujer porque se va a partir un brazo!...

Los hombres la separaron a la fuerza y la retuvieron. Por fin, el carro arrancó.

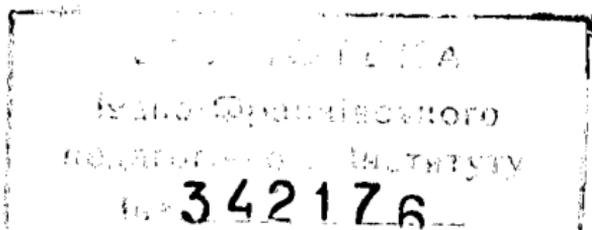
— ¡Qué te vaya bien, Mikolai!...— le gritaba la gente.

Esa noche, sentada en el patio, la voz enronquecida, la vieja madre se la pasó gimiendo.

— ¿Por dónde salir a esperarte, dónde ir a buscarte?...

Las hijas semejaban cuclillos al hablarle.

Sobre sus cabezas se extendió la otoñal cúpula celeste. Las estrellas, cual flores de oro, titilaban sobre esa chapa de metal bruñido...



SUICIDIO

El tren volaba hacia mundos desconocidos. Sobre un asiento en un rincón del vagón, un campesino lloraba. Para que no lo vieses llorar, había escondido la cara en el zurrón bordado que llevaba. Sus lágrimas caían semejantes a la lluvia. A esa lluvia repentina que comienza de pronto y cesa al poco rato.

El ritmo metálico de las vías martilleaba como una maza en lo hondo del hombre.

— ¡Y pensar que lo soñé hace poco!... Estaba yo sacando agua del pozo, cuando lo vi allá en el fondo, con una pelliza toda rotosa, ¡qué ni Dios permítal!... Un poco más y se ahoga. “Mikolaiko, hijo,— le digo yo — ¡qué estás haciendo allí?... Y él me responde: “¡Ay, padre, no puedo aguantar más en el servicio militar!”... A lo que yo le digo: “Aguanta y aprende... y ándate aseado” ¡Vaya si aprendió!...

Una gruesa lágrima bajó rodando por la mejilla del viejo y fue a caer sobre el zurrón.

— Voy para verlo pero sé que no lo encontraré vivo. Y me pregunto: ¿tendré adonde volver?... La vieja iba corriendo detrás mío a campo traviesa, pidiéndome, deshecha en lágrimas, que la llevara conmigo. Había nieve y las piernas se le habían puesto azules del frío. Gritaba como una loca. Le di un latigazo a los caballos

y... me amodorré. A lo mejor se está congelando en medio del campo. Tendría que haberla llevado... ¿Qué nos hace falta ahora?... ¡Ya no nos importa la plata y en cuanto al ganado, que reviente de hambre!... ¿Para qué lo queremos?... Ya no somos más que cadáveres... La pobre vieja coserá un par de bolsas y nos iremos mendigando a la ciudad aquella, donde se encuentre la tumba de Mikolai...

Apoyó la cara contra el vidrio y las lágrimas se fueron deslizando por la ventanilla.

— ¡Ay, vieja!... ¡Qué corona más amarga recibimos de regalo para la vejez!... ¡Ahora rómpete la cabeza contra la pared!... ¡Ahora clama a Dios!...

El viejo sollozaba como un chicuelo. Los sollozos y el traqueteo del tren hacían rebotar su cabeza como si fuese una pelota. Las lágrimas fluían cual agua de un manantial. Le pareció oír la voz de su vieja que iba corriendo descalza pidiéndole que la llevara. Pero él no le hizo caso y acicateó a los caballos con el látigo. Ya sólo se oían sus gritos, pero a lo lejos...

— Seguro que no la encontraré más cuando regrese... ¡Qué bueno sería si me enterraran en la misma tumba con Mikolai!... Por lo menos nos podríamos los dos ya que no podemos vivir juntos... ¡Y que ni los perros nos ladren en tierra ajena, pero con tal de estar uno al lado del otro!... ¿Cómo es que ha de quedar solo entre extraños?...

El tren iba atravesando mundos nuevos.

— Es una lástima... Creciste fuerte como un roble. Cuando tomabas algo entre tus manos, el trabajo ardía. Más valiera haberte cortado una

mano cuando eras chico, para que no fueses al servicio.

El tren llegaba, por fin, a la gran ciudad.

El viejo salió con la gente. Ya en la calle se quedó solo. Paredes y más paredes. Entre aquellas paredes corrían las calles y a lo largo de esas calles, miles de lucecitas parecían ensartadas en una sola hebra. La luz se hundía en la obscuridad, titilando. Un poco más y se apagaría. Entonces la ciudad no sería más que un infierno negro.

Pero las luces se arraigaban a la obscuridad y no se extinguían.

— ¡Ay, Mikolaiko, quisiera verte aunque sea muerto!... ¡Y a mí también aquí me pondrán la cruz, hijo!...

El campesino se sentó en el suelo, arrimado a una pared y puso el zurrón en sus rodillas. Las lágrimas ya no le caían. Las paredes parecían juntarse y las luces se reunían en una sola, centelleando cual un arco iris. Las luces parecían haber rodeado al viejo para observarlo mejor, ya que éste había venido desde muy lejos. Comenzó a lloviznar. El hombre se acurrucó aun más y empezó a rezar.

— ¡Virgen Santísima, que a los buenos amparas!... ¡San Nicolás...! — y se golpeaba el pecho.

Un gendarme le indicó como llegar al cuartel.

— Señor militar, ¿es aquí donde murió Mikolai Chorny?...

— Sí, se colgó en un aliso, fuera de la ciudad. Ahora está en la morgue. Baje por esta calle y allá alguien ya le va a indicar.

El soldado se fue a continuar con su guardia. El campesino se sentó en la acera, gimiendo. Cuando se compuso un poco, se levantó y fue calle abajo. Las piernas se le descalabraban como si las hubieran segado y caminaba dando tropezones.

— ¡Hijito, te suicidaste!... ¿Qué es lo que te llevó a la tumba?... ¿Por qué echaste a perder tu alma?... ¡Ay, mira que alegrón de parte tuya, le voy a dar a tu madre!... Con la vieja, nos vamos a morir de pena...

En la morgue, Mikolai estaba extendido sobre una losa blanca. Sus hermosos cabellos estaban tintos en sangre. La coronilla se le había desprendido como una cáscara. En el abdomen se veía una cruz que le llegaba hasta el pecho, porque lo habían cortado y cosido a lo largo y a lo ancho.

El pobre viejo cayó de rodillas a los pies de Mikolai rezando. Besaba los pies de su hijo y daba cabezazos contra la losa.

— ¡Ay, mi cielo!... ¡Con tu madre ya habíamos arreglado tu casorio y contratado a los músicos!... ¡Y tú te nos fuiste!...

Luego levantó al muerto, lo abrazó por el cuello y comenzó a preguntarle, como si le estuviera pidiendo consejo:

— Dime, hijo, ¿Cuántas misas encargarte?... ¿Cuánto hay que darle a los pobres para que Dios perdone tus pecados?...

Las lágrimas del viejo caían sobre el cadáver y sobre la helada losa blanca. Sin dejar de llorar comenzó a vestir al hijo para el entierro. Le puso la nivea camisa de puntillas, el cinturón multicolor y el sombrero de plumas. El

zurrón bordado lo acomodó bajo la cabeza y en la cabecera puso un cirio para que ardiese por la paz del alma perdida.

¡Qué hermoso y fuerte parecía el mozo, acostado sobre la fría losa de mármol, tocado de plumas y como sonriendo a su padre!...

EN LA TABERNA

Iván y Prots estaban acodados sobre la larga mesa. Las palabras de su empedernida conversación rodaban por la tabla y ellos, parecían escuchar inclinados lo que la mesa les respondía. Se quejaban y bebían. A Prots su mujer le pegaba, en tanto que Iván le aconsejaba cómo imponerse en el matrimonio.

—¡Caray! ¡Que lo parta un rayo al buev si la vaca le pega, —decía Iván— si mi mujer me llegase a tocar aunque sea con el dedo meñique, la dejaría hecha papilla, la molería a palos! ¿Dónde se ha visto que la mujer le pegue al marido como a un caballo? ¡Qué pecado! ¡Qué vergüenza! ¡Ah!... Yo la metería en cintura.. La haría entrar en razón hasta hacerle perder el conocimiento. Bien que lo iría a recordar toda su vida. Afilaría el hacha sobre la piedra de afilar y de un solo hachazo ¡zás! ¡zás!, le cortaría los brazos hasta los codos. ¡Manca la dejaría!...

Dicho ésto, Iván levantó los brazos al aire como queriendo alzar vuelo. Echó la cabeza hacia atrás, clavó la mirada en Prots y quedó esperando la respuesta de éste.

Prots, sin embargo, no decía nada; el infeliz sacudía la cabeza y callaba. ¿Qué podía decir si todo aquello era verdad?

— ¡Eh!... ¡Sarnosol!... Deja de hamacarte sobre las cuentas, como un ahorcado en el árbol. Vamos, danos más bebida. Pago yo, sírvenos de una vez, porque si no te mato, aunque vaya a parar a la cárcel. No andes regateando conmigo y échame pronto ese aguardiente...— gritaba Prots al tiempo que daba puñetazos a la mesa.

El tabernero judío, se reía mientras iba llenando las copas. Los hombres se pusieron a beber. En un vaivén rítmico, se acercaban y se alejaban, igual que dos ramas hamacadas por la brisa.

— ¿Crees, —proseguía Iván— que esperaría a que vinieran los gendarmes para arrestarme? Ni bien le cortara los brazos, me pondría la zamarra encima y rumbearía al comisariato. Sería una verdadera vergüenza, pero no me quedaría otro remedio que decirle a esos señores, que mi mujer me pegaba y que por eso le corté los brazos. Posiblemente tendría que pasármelas un par de días en la cárcel, o a lo mejor me soltarían después de un par de horas...

Acabadas estas palabras, apuraron los vasos. Bebían con desagrado, haciendo muecas de repugnancia, como si estuviesen bebiendo su propia sangre.

— Prots, hermano... ¿Ves?... Estamos bebiendo aguardiente; tú convidas. En realidad, lo que bebemos es nuestro trabajo, nuestro sudor. Despilfarramos lo ganado con tanto sacrificio, para cebar los guachos del tabernero. De alma te aconsejo, hermano, mete en cintura a tu mujer para que no te vuelva a alzar la mano.

¡Pero si te has convertido en el hazmerreír del pueblo! La mujer te pega y te tiene en un puño y, ¿tú te quieres considerar amo en tu casa? A una mujer como la tuya yo la tendría al trote, la engancharía a la noria como a una yegua, la fustigaría con un látigo trenzado de alambres de púa.

Iván sacó dinero para pagar la consumición, pero Prots, enojadísimo barrió las monedas al suelo con la mano.

— Ivanko, hermano, ¿por qué me apuñalas de esta manera, sin arma? Soy yo el que quiere convidarte porque, como se dice, me aconsejas igual que una madre. No me metas el dinero en las narices; mejor bebe.

Volvieron a beber.

— ¿Y si probaras por las buenas? Cuando llegues a casa dile así: “Oye, querida, ¿dónde prometiste ser mi esposa? ¿Sobre un montón de basura o en el altar de la iglesia? ¿Fue un rabino quien nos juntó o nos casó el cura? Tú me pones las manos encima... ¡Cuidadito, porque te las corto!... A ver, trae un banco, un hacha y arreglemos las cuentas...” Háblale de este modo, en una de esas, le entra miedo...

— ¡Ay!, Ivanko... Pobrecito, tú no conoces a mi mujer. Tiene el corazón tan duro que ni siquiera le teme al verdugo. ¡Cuántas veces quise llevarle la contra, pero ella siempre me sacudía con lo que tenía a mano! ¡Ojalá la sacudan así los doctores el día que se muera! “¡Despilfarrador!... ¡Inútil!... —me dice— ¿Te llevas para la taberna todo a lo que le echas mano y encima me quieres pegar?” Te aseguro que no puedo más. Son tantos los golpes, tantos los

sacudones, tantas las tundas que me dió, que tendré que irme de casa. Puede ser que Dios se apiade mí y le seque las manos... A lo mejor si le rezo, Dios me escucha...

— ¡Espérate sentado a que te haga caso! ¡No seas idiota!... ¿Quieres que te siga pegando hasta convertirte en polvo? Tú eres tan dueño en tu casa como lo es la tranca de sauce en el yugo. Hasta da lástima escupirte encima, para no malgastar saliva.

Prots comenzó a toser hasta ponerse morado. Iván se llevó ambos puños a la boca y comenzó a morderlos. Después rechinó los dientes y el ruido se extendió por toda la taberna.

— ¡Ven acá, arrendatario!... Dime, judío, tú que tienes buena cabeza y por eso nos estafas, dime, ¿existe por ahí algún párrafo donde se diga que la mujer le puede pegar al marido?... ¿Hay alguna ley de ésas?... Tú que te la pasas leyendo hasta pudrirte, metido entre esos libros, tuviste que haberlo encontrado. Si el emperador escribió un párrafo así, entonces yo debo saberlo. Si él dictó semejante ley, que siga pegándose mi mujer, no más. Yo no protesto. Pongo los brazos en cruz y que me apalee, yo no voy a chistar siquiera. Si es ley del emperador, que sea como él manda entonces.

El tabernero le contestó que nunca había leído en ninguna parte nada parecido. Y le recomendó a Prots que se fuera a su casa, porque de lo contrario, la mujer lo iba a regañar.

Prots lanzó un escupitajo, abrió bien grandes los ojos y quedó largo rato mirando al tabernero. Quiso discutir, pero luego de pensarlo mejor, se levantó del banco y salió.

Camino a su casa, iba gritando a voz en cuello:

— Pero si no me tiene miedo, ni un chiquitín así me teme...

— En cuanto a los brazos, eso sí, se los voy a cortar, la voy a podar como a un sauce. ¿Adonde vamos a parar?... ¡Cuando recién llegó a la casa, era más tranquila que una cigüeña en el nido!... ¿Y ahora?... ¿Cuándo se acabará todo ésto?...

Ya apenas si se oía la cantilena de Prots: “¿Cuándo, cuán-do-o-o se aca-ba-a-rá todo esto-o-o-o...?”

Al irse acercando a la casa, fue bajando la voz y cuando ya estuvo en el portón, se calló por completo...

LA FAMILIA DE LES

Como de costumbre, Les le había robado a su mujer un poco de cebada y la llevaba a la taberna. No caminaba, volaba a lo del tabernero e iba dándose vuelta todo el tiempo para ver si alguien le seguía.

— ¡Caray!... ¡Ahí viene corriendo con los borregos!... ¡Así se rompan la crisma!... Ojalá llegue cuanto antes a la taberna, porque si me alcanza... habrá escándalo de nuevo, un escándalo que se oirá a unas diez leguas a la redonda...

Siguió corriendo con la bolsa al hombro. Pero su mujer con los chicos ya lo iba alcanzando. Lo agarró por la bolsa justo delante de la taberna.

— ¡No corras, no te escapes!... ¡No despilfarres mi trabajo y el pan de tus hijos!...

— ¡Ah, miserable!... ¿De nuevo quieres armar bochinche delante de la gente?... ¡Miren que hay que tener cara!...

— ¿De dónde voy a tener cara, con semejante marido?... ¡Dáme la bolsa y revientate aquí mismo! De lo contrario te daremos una tunda... ¡Los críos y yo te daremos una zurra aquí nomás, en medio de la calle!... ¡Señores míos!... ¡Qué maldición!... ¡A ver, trae para acá!...

— Vieja carroña, ¿te has vuelto loca?... ¡Pero si a ti y a esos borregos tuyos los voy a colgar todos juntos!...

— ¡Andriyko, hijo, dale bien por las piernas, por las piernas, para que no ande malgastando el pan por las tabernas!... ¡Péguenle fuerte, hasta rompérselas!... A un inválido se le puede mantener, pero con un borrachín no doy abasto...

Así les hablaba aquella madre a sus hijos que estaban parados con sendos garrotes y miraban con temor al padre. Andriyko andaba alrededor de los diez años e Ivanko tendría unos ocho. Ellos no se atrevían a acercarse al padre ni a pegarle.

— ¡Andriyko, pégale, que yo lo voy a retener por los brazos! ¡Dale por las piernas, nada más que por las piernas!...

En eso, ella le dió una bofetada a Les. El le devolvió una más fuerte, haciéndole saltar sangre. Entonces los muchachos se le echaron encima y comenzaron a apalearlo por las piernas.

— ¡Péguele duro, hijo!... ¡Aporréalo!... ¡Rómpele las piernas igual que a un perro, para que las lleve arrastrando!...

La mujer escupía sangre y se ponía lívida de ira, pero no le soltaba las manos.

Los muchachos ya habían tomado coraje y embestían al padre como cachorros, pegándole por las piernas. Otra embestida y más garrotazos. Para ellos eso era casi un juego, una diversión.

Varias personas salieron de la taberna para ver lo que ocurría.

— ¡Hombre, pero si esto jamás se ha visto, desde que el mundo es mundo!... ¡Mira como pegan... y eso que no se destetaron todavía!... ¡Qué barbaridad!...

Los muchachos atacaban como si estuviesen rabiosos, mientras que Les y su mujer permanecían como petrificados, ensangrentados, sin moverse siquiera del lugar.

— ¡Eh, muchachos!... ¡Pero si ustedes se van a estrellar contra el padre!...

— ¡Hubieran cogido palos más largos, para poder alcanzarle mejor!...

— ¡Péguele, péguele al padre!... ¡Por la cabeza, por la frente, por la mollera!...

Así gritaba un borrachín que estaba parado delante de la taberna.

Les, tiró el costal al suelo y se quedó completamente desorientado. Nunca hubiera esperado semejante ataque y no sabía lo qué hacer. Por último se acostó en el suelo y se quitó la zamarra bordada.

— Andriyko y tú también, Ivanko, vengan a pegarme ahora. Yo ni me voy a mover. Ustedes son chicos todavía y les cuesta arremeter. ¡Vamos, peguen!...

Los chiquillos se encontraban parados a cierta distancia, mirando llenos de asombro al padre. Lentamente soltaron los palos y se volvieron para mirar a la madre.

— ¡Por qué no les dices que me peguen?... ¡No ves que me tiré en el suelo?... ¡Péguenme!...

La mujer se puso a llorar a gritos.

— ¡Acaso tengo yo la culpa?... ¡Me rompo trabajando en el campo, vivimos con los niños a pan seco y lo poco que gano, él se lo gasta

en la taberna!... ¡Santo Dios, pero si por culpa suya ahora no puedo ganar nada, porque ni salir de la casa puedo!... ¡Nos dejó sin un trapo! ¡Ni bien nos tapamos un poco, se va por las tabernas para cambiarlo por aguardiente!... ¡A mí no me alcanza para mantener a los hijos y a los taberneros!... ¡Que haga lo que quiera, pero yo ya no puedo aguantar más!...

— ¡Péguenme!... ¡Les juro que ni con un dedo los voy a tocar!

— ¡Qué Dios te castigue, hombre!... ¡Nos arruinaste la vida y desgraciaste a tus hijos!... ¡Pero si nos diste tantos golpes, que los moretones ya no nos dejarán nunca, como no deja nunca el yugo a los bueyes!... ¡Ni un jarro puede aguantar en la casa, porque los rompes todos!... ¡Cuántas veces dormí en invierno con los críos a la intemperie? ¡Cuántos vidrios rompiste, desdichado? ¡No te digo nada más!... ¡Que Dios te castigue por mí y por tus hijos!... ¡Miren que dicha me tocó por haberle rezado tanto!... ¡No se sorprendan, vecinos, porque ustedes no saben nada!...

La mujer se echó el saco al hombro y se fue con los chicos rumbo a la casa, semejante a una gallina aturdida.

Les continuaba acostado en el suelo, sin moverse.

— ¡Aunque me metan en la cárcel, lo dicho, que me metan y que no salga más de ahí!... Pero de seguro que les voy a armar una... ¡que nadie ha visto ni verá jamás!... ¡Hasta la tierra va a temblar!...

Y seguía tirado en el suelo, silbando con rabia.

La mujer de Les sacó todo lo que pudo de la casa y lo llevó a la de los vecinos. Esa noche se acostó a dormir con los niños en el huerto, entre las malezas. Le tenía miedo a Les que vendría tarde y ebrio. A los chicos les tendió una bolsa y los tapó con la pelliza, mientras ella se quedó velándolos, acurrucadita en su vestido burdo.

— ¡Hijos de mi alma!... ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Hubiera sido mejor que los acostase para siempre!... ¡Igual van a morir sin pena ni gloria!... No sirvió para nada lo mucho que recé por ustedes...

Lloraba y prestaba atención de tanto en tanto, para ver si volvía Les.

El cielo titilaba al igual que sus estrellas. De pronto cayó una. La mujer de Les se per-
signó...

EL ARTESANO

A veces, cuando el artesano se emborrachaba ni más ni menos que lo necesario, se ponía a contar algún hecho de su vida. Todos los que estaban en la taberna lo escuchaban atentamente, incluso el mismo dueño.

— Bueno, señores, ahora me pondré a contarles algo que no es mentira. En un tiempo fui artesano, todo un dueño y señor, si no, que lo diga el pueblo... Ahora soy un haragán y que ésto también lo diga el pueblo... Yo me callaré la boca... No diré ni una palabra, porque lo que es cierto... es cierto. ¿Y cómo se me vino a caer encima esta desgracia?... Eso sí, pregunten no más, que yo les voy a contar...

— Llego a lo del patrón, le echo una buena ojeada al material, al terreno, me pongo de acuerdo sobre el precio, tomamos unas copas para arreglar el asunto y... ¡manos a la obra! Me ensalivo las manos, agarro el hacha y... ¡Hombre!... Ya se levantó la casita en medio del patio, linda como un relojito. Por donde no la mires, brilla como un espejo.

— Los domingos al salir de la iglesia rumbo a casa, voy haciendo planes en la cabeza, de que si alcanzo a vivir unos diez años, podré entonces reconstruir toda la aldea. Lo voy a hacer de tal manera que dará gusto mirarla...

— Luego almuerzo y salgo para el campo a mirar como está el centeno. En la cima del monte me detengo y me doy vuelta, echo un vistazo sobre el pueblo y, ¡Señores, qué veol... Mis casitas se levantan cual pájaros ligeros que al volar, apenas si rozan la tierra. Me paro, miro y me pongo contento como las madres que miran a sus hijuelos. Me siento tan liviano, que levantaría vuelo y haría cien millas sin parar...

— Dios me complacía en lo que se me antojaba. Me compré una parcelita de tierra, después otra, me hice de una vaca, de ovejitas. Andaba de buena racha, todo me venía a las manos, fácil como sacar pescados del agua.

— Entonces ocurría que mi madre se me sentaba al lado y comenzaba a sermonearme: “¡Mira, hijito, el lindo oficio que Dios te ha dado; no hay día ni minuto en que yo no le dé las gracias al Señor!” Y agregaba: “Levanta la cabeza de la tumba, viejo; mira lo buen patrón que se ha vuelto nuestro Iván”. Mi mujer al oír estas palabras, se movía por el cuarto como una peonza.

A esta altura del relato, Iván se erguía y su rostro rebosaba una alegría inmensa. Aquellos que lo escuchaban con atención, lo miraban con cierta pena, pero guardaban silencio. Iván los conquistaba con su charla. Y convertía la taberna en púlpito de iglesia.

— Pero después, hermanos, todo se fue patas para arriba. Voló como pluma soplada por el viento. Me quedé pelado...

— Un domingo se me apareció un hombre de Lugovesk y me dijo: “Así y asá, el señor cura lo llama para que vaya a verle. Me vestí

y salí. No eran tan extensos los suburbios como para que yo no llegara a lo del cura de Lugovsk.

— Pero ya por el camino algo me iba royendo el alma. Llegué a lo del padrecito, le besé la mano y él entonces me dijo: “Que ésto, que lo otro, en fin, que había que levantar una iglesia nueva en su pueblo”. Y agregó: “Nosotros no nos hemos puesto de acuerdo con ese gutschul que hace iglesias y como oímos decir que eres un buen artesano, nos aconsejamos y decidimos que seas tú el que la edifique”.

— Cuando lo oí, ¿saben?... sentí que me bañaba en sudor, igualito a un animalejo enfermo. Ni aun hoy me acuerdo de lo que le contesté al cura, ni cómo salí de su casa. Algo me desvarió...

— De vuelta al pago, se me nublabla la vista, primero veía todo negro, después amarillo, el viento me tumbaba. Y en la cabeza como si me anduviera martilleando toda una tribu de gitanos. Pero una idea desplaza siempre a otra idea. Y me puse a pensar. ¡Ay!... Esto no es un galpón; aquí, hermanitos, son miles los que se pueden recibir, la iglesia se va a ver desde todas las aldeas. Me pegué un susto que ni Dios permita. Ni que me hubieran dado un hachazo por la cabeza...

— Cuando llegué a casa, mi mujer y mis hijos ya no me interesaban. No decía una palabra a nadie. Todo lo sufría por dentro. Me acosté a dormir y dormí como una piedra. No había manera de salir de esa modorra. Soñé con que estaba acostado en un jardín de cerezos, tocando la flauta. Los cerezos estaban en

flor y sus blancas flores caían cual gotas de leche. Yo seguía acostado, tocando la flauta. En eso, apareció una iglesia, yo la había levantado en alguna parte y ella se me apareció junto al huerto. De repente hubo un estruendo como si se hubiera desmoronado una montaña. Era la iglesia que se había hecho polvo. La campana que estaba en lo alto, empezó a tañer de tal manera que se me partía el alma. Tañía sola. Entonces me quise levantar, pero los escombros de la iglesia me tenían aplastado. De pronto, empezó a correr agua y en ella había tanto cuervo nadando, que el agua se puso negra. Y la campana continuaba tañe que te tañe. Iglesia ya no había, pero la campana seguía tañendo allá arriba...

— Yo me puse a pedir socorro a gritos y fue entonces que me despertaron y me hicieron volver a la realidad.

— Después no recuerdo nada más... Alcanza con que estuve tirado en la cama tres largos meses y ya no volví a ser el mismo...

— El gutsul, después de todo, edificó la iglesia en Lugovesk, mientras que a mí me quitó la cordura, me la quitó para siempre...

Luego el artesano interrumpía su historia, porque todos sabían lo que había ocurrido.

Además, él no podía seguir contándola, ya que al llegar a esta altura del relato, plantaba la botella de aguardiente delante suyo y bebía por encima de lo normal. Por el contrario, aquéllos que hasta ese momento lo habían estado escuchando sentados en silencio, se ponían a charlar y a compadecer al pobre artesano.

— ¿Ven?... El hombre propone y Dios dispone. El Señor no mira si eres bueno, si eres viejo o si eres pobre; para El, todos son iguales; lo que tiene que dar, se lo da al pobre como al que es rico...

— Bien es cierto que nadie escapa a la voluntad del Todopoderoso, pero también es verdad, que hay tipos que le saben hacer a uno alguna brujería. ¿Se dan cuenta?... El gutschul le hizo algún maleficio, le echó algunos polvos o con algo le nubló la razón. ¿Y qué es lo que quedó del hombre?... Nada. Está hecho una porquería. Así es como un hombre estropea a otro...

— ¡Esa es la religión de los gutschules, así revienten todos!... Este negociante piojoso sólo vive de nuestro trabajo, pero es mejor que el gutschul. El te saca la plata, te roba los bienes pero no te quita el juicio. En tanto que el gutschul te engatusa de tal manera que uno se olvida de todo... ¡Al gutschul hay que echarlo de la casa como a un perro!...

— Tiene razón, le juro que sí, que es la purísima verdad. Después Iván se volvió loco. Por su culpa la mujer fue a parar a la tumba, a las criaturas las echó de la casa y despilfarró todo lo que tenía. Ahora vive en una choza tan horrible y descascarada que hasta da miedo entrar en ella. Dentro de un ratito lo van a ver, saldrá de aquí para su casa; romperá los vidrios de la ventana, cuando llegue; se tumbará sobre el horno y se pondrá a cantar. ¿Creen que anda cuerdo? Si no estuviera loco no se metería a romper vidrios para volverlos a comprar cada quincena. Solamente parece que habla bien, pero es el caso que no está en su sano juicio...

— En balde lo estropeó el hereje. Lo torció de tal manera que ya nadie jamás podrá enderezarlo. Le quebró la voluntad y ya no le interesa ni el trabajo ni nada. Lo poco que gana se lo va a chupar a la taberna...

— Que Dios ampare a los bienaventurados...

LA BEATA

Semén y Semeneja acababan de llegar de la iglesia y se habían puesto a almorzar, embadurnando en crema trozos de polenta fría. El hombre engullía en tal forma que hasta los ojos se le salían de las órbitas; su mujer, por el contrario, comía mesuradamente. Dos por tres debía limpiarse la cara con la manga, pues su marido, al comer, la salpicaba de saliva. Esa era su costumbre: masticar haciendo ruido y salpicar saliva, como si estuviese echando basura en los ojos.

— ¿Qué te parece si entrecierras un poco esa tronera?... No dejas comer ni un poco de pan siquiera...

Pero Semén continuaba sin entrecerrar su boca: continuaba masticando y salpicando saliva. Hasta cierto punto, su mujer lo había zaherido con esa palabrita, pero no le hizo caso y siguió tomando crema de la escudilla.

— Mastica como un chancho en el chiquero. ¡Oh! ¡Santo Dios! ¡Tienes la jeta más repugnante que la de un viejo jamelgo!

Semén se contenía aun. Primero, porque en parte tenía un poco de culpa y en segundo lugar, porque quería hartarse bien. Cuando hubo terminado, se levantó de la mesa y se persignó.

Salió al patio, le dio de beber agua a los puer-
cos y volvió a entrar en la casa con el fin de
acostarse un rato.

— ¡Mírenlo al señor, se llenó la panza y ya
se apronta a echarse como un tronco!... ¿Acaso
le ha dado alguna vez por asomar la nariz por
algún lado? ¡Pero si cada domingo y cada fe-
riado no hace otra cosa que andar tirado en el
catre!...

— ¿Por qué me andas buscando camorra,
mujer?... Si tanto la buscas, la vas a encontrar,
vieja cascarrabias. Te voy a dar una movida,
que no vas a saber cómo salir del baile.

— ¡Yo te comería crudo, cada vez que llega
el domingo!

— ¡Para cuando las ranas críen cola!...

— ¡Cuándo va a la iglesia, pone ojos de car-
nero degollado! ¡A los demás hombres da gusto
verlos, mientras que éste es toda una calami-
dad! ¡Con semejante dueño de casa, la cara se
me cae de vergüenza!

— ¡Cuidado, pobrecita mía, porque sino he
de perder el reino celestial! ¡Lo que faltaba!
¡Pasármela cinchando toda la semana, sin tener
un minuto de descanso, para encima estar de
pie firme en la iglesia! ¡Hazlo tú, que yo puedo
escuchar el sermón, parado como se me antoja!

— ¡Oh!, ya veo como asistes a misa... Escu-
chas con tanta atención la palabra de Dios, que
no podrías repetir ni una sola de las que
dijo el cura en el sermón. Te plantas en medio
de la iglesia como un sonámbulo y no hace fal-
ta que pase largo rato para verte clavar la vis-
ta en una columna; ya estás en babia. Abres la

boca como una tranquera y sueltas la baba. Al verte así, de la vergüenza pido que me trague la tierra.

— ¡Déjame en paz, beata! Quiero pegar aunque sea un ojo. A ti te es lo mismo con tal de darle a la lengua, mientras que yo apenas si puedo mantenerme en pie.

— Lo que quiero es que no te estés parado como un poste en la iglesia. ¡Parece mentira! Ni bien el cura se pone a leer las sagradas escrituras, tú ya estás con los ojos dados vuelta. Después empiezas a cabecear como un jamelgo zopenco y comienzas a soltar un hilo de baba finito como la telaraña. Lo único que te falta es ponerte a roncar en la parroquia. Me contaba mi madre que es el demonio quien se mete en el pellejo de los cristianos para amodorrarlos, así no escuchan la palabra de Dios ¡Bendito sea! ¡A ti ni el Señor te ampara porque te has apartado de El!

— ¡Cruz diablo! ¡Ojalá que el demonio se meta contigo y me dejes en paz! ¡Vaya con la beata! ¿Crees que si te has inscrito en esa cofradía de santurronas ya eres una santa? ¡Cómo sigas así, te lleno el cuerpo de moretones y quedarás negra como un libro escrito!... ¡Mire Ud. a las santas señoras!... ¡Jamás se ha visto nada igual!... ¡Una tuvo una criatura de soltera, otra se la consiguió estando viuda y la tercera lo hizo a espaldas del marido! ¡Se juntaron las señoras más santas y decentes! ¡Si los curas supieran que clase de grey son ustedes, las echarían a palos de la iglesia! ¡Puf, con las beatas!... ¡No hacen otra cosa que menear la cola! ¡Meta leer el misal, comprar cuadritos

santos, como si con todo eso van a parar al paraíso!...

Semeneja rompió a llorar, temblando por la ofensa.

— ¡Ya que tenía un crío, no tenías porque casarte conmigo! ¡Vaya el tesorito que encontré! ¡La última ramera del mundo no te hubiera querido por marido, buey mugriento!... ¡Dale las gracias a Dios que uní mi destino al tuyo! ¡Si no fuese por mí, andarías mugriento hasta el fin de tus días!...

— ¡Bien idiota que fui! ¡Me tentó el campo y traje una bruja a mi casa!... ¡Ahora agregaría parte de mis tierras con tal de sacármela de encima!...

— ¡Oh!... ¡Oh!... No creas que te será tan fácil. Yo bien sé lo que tú querías: casarte con otra que tenga mayor hacienda, pero no te afañes. A mí ni me vas a comer ni me vas a matar a palos. No soy de las que revientan así como así. Voy a vivir mucho, a pesar tuyo. Tendrás que aguantarme y ¡basta!

— Vive cuanto se te antoje...

— Y voy a seguir yendo a las reuniones de la santa hermandad. ¿Qué me harás?... ¿Me lo vas a prohibir, acaso?...

— ¡Eso sí que no! ¡Allá tú no vas más!... A menos que me muera. ¡Tiro al diablo todos tus libritos y a ti te ato en casa! ¡Se acabó!... ¡No quiero que me vengas más con esas enseñanzas mojigatas de la iglesia!...

— ¡Voy a ir, voy a ir y basta!

— ¡Cállate la boca, porque agarro y te largo con lo primero que coja a mano!

— ¡Ay, mama, mamita!... ¡Miren al Calvino

que tengo por marido!... ¡Qué desgracia! ¡Mirenlo! ¡Hasta los domingos me quiere pegar!...

— ¡Justo, justito! ¿Y quién empezó la pelea? ¡Imagínense que clase de beata es ésta!... ¡Bueno, desgraciada, ya que es así, te meto un poco en cintura! ¡Yo te voy a enseñar cuántos pares son tres botas! ¡No faltaba más! ¡Por culpa de una beata santurrona, tener que abandonar la casa! ¡Quieras o no, pero qué linda paliza te voy a dar!...

Semeneja trató de escapar al patio, pero el marido la atrapó en el zaguán y comenzó a zurrarla. No le quedaba otro remedio...

KATRUSIA

En cuanto Katrusia volvía en sí, su madre se sentaba junto a ella y le hablaba con voz lastimera:

— Pobrecilla, ¿hasta cuándo vas a estar enferma, Katrusia? Ya se nos fue toda la plata en remedios y aunque te mejores, igual no vas a poder ir a trabajar. Y yo que gasté tanto en adivinas... Pero esos gastos no sirvieron para nada. Si bien es cierto que ella lo adivinó todo, lo que pasa en casa, el mal que te aqueja... Pero las hierbas que te dió no te ayudaron en nada... Se ve que ya no tienes más remedio...

Katrusia permanecía inmóvil. A ratos se pasaba la mano por la cara. Sus uñas azuladas eran del color de sus ojos y por eso parecía que muchos ojos azules, raros y brillantes, se paseaban por su rostro. Katrusia miraba a su madre con todos aquellos ojos, asintiendo a sus quejas lastimeras.

— ¡Oh, mundo desgraciado!... Tu padre decayó por completo. Solamente le preocupa, con qué dinero va a enterrarte cuando te mueras. Cada vez que te mira, la pena lo pone sombrío. Ya hemos gastado todo, hija. Nos queda apenas un poquitín de harina en el fondo de la barrica, ni un grano de trigo tenemos en toda la casa, ni una miserable moneda nos queda. Si te lle-

garas a morir, no sabríamos lo qué hacer. Si por lo menos Dios esperara hasta el otoño, para llevarte... ¡Mira, muchacha, en qué aprieto nos has puesto a todos!...

La madre se puso a peinar a Katrusia.

— Ardes de una forma y toses tanto que... ¡Dios te guarde!... No se te puede ni vestir, ni peinar, ni lavar. ¡Ay, Señor, con cuánta amargura nos haces sufrir!... En vano te imploro que me dejes compartir este calvario...

Las lágrimas de la madre caían sobre los cabellos de Katrusia y se perdían en ellos, como gotas de agua sobre la tierra sedienta.

— ¿Qué es lo que ha quedado de ti? Eras tan guapa, tan trabajadora, como no había otra en toda la aldea. ¡Qué contentos estábamos!... Creíamos que serías una ayuda y mira que ayudante nos ha salido... Si hubiese algo bueno para comer, pero lo único que tenemos son patatas y tú te nos mueres. Es un martirio andar por las casas de los vecinos pidiendo leche. Estuve tantas veces, que ahora ni cara tengo para ir de nuevo.

La madre le iba trenzando el cabello.

— No sé para qué te compré flores. Son dos lei gastados en balde. Por lo visto, solo servirán para la corona el día de tu velorio...

Las dos rompieron a llorar.

— A ver, mamá, démelas. Quiero verlas.

La madre le dió varias flores azules, blancas, verdes, rojas.

Katrusia las miraba detenidamente una y otra vez. Una leve sonrisa afloró a sus labios, mientras los reflejos azules, blancos, verdes y rojos de las flores, jugueteaban sobre su rostro.

— ¡Devuélvemelas enseguida, querida, que ahí viene tu padre! ¡Lo único que nos falta es que nos diga que tienes la cabeza llena de remilgos domingueros!...

* * *

A Katrusia la acomodaron en el carro para llevarla al médico. Con los ojos llorosos, la madre colocó una almohada bajo la cabeza de la niña.

— ¡Ojalá hubiese muerto de una vez, así no tendría que andar por los médicos para curarla!... ¡Qué bueno sería si reventaran las dos, entonces las enterraría y me quedaría tranquilo!...

Sujetaba las riendas de su jamelgo y se tironeaba los mechones con rabia.

— ¡Recuérdalo bien, desvencijada, que si en vano gasto plata en los doctores, te mató!... ¡Para enterrarte no me hacen falta doctores, yo mismo te curo!... ¿¡De dónde saco yo tanto dinero como para poder mantenerlas, para pagar el médico, los remedios y al mismísimo diablo!?... ¡No, mis callos ya no aguantan más!.. Tuve que alquilar el carro y mejor fuera que te llevara al cementerio. Te volcaría en la zanja y terminaría de una vez. ¡Santo Dios!... ¡Qué me pasa hoy!... ¡Arre, vejestorio!... ¡A trotar con esas ancas huesudas!...

Le zurró un latigazo al animal y salió del patio.

Ya en la calle, Katrusia se puso a mirar con curiosidad alrededor suyo. Todo había cambia-

do desde el otoño. El tío Semén hizo un nuevo cerco, el abuelo Mikolai volvió a techar con listones el galpón. Katrusia sentía tanto interés, que hasta se había olvidado de los regañíos de su padre.

La gente en el campo araba, sembraba. Las alondras cantaban revoloteando sobre ellos. El negro surco de la arada se desmenuzaba bajo el sol.

Las mejillas de Katrusia se tiñeron de carmín y la niña iba pensando: "Voy yendo con la esperanza de que me he de levantar, de que llegaré a la primavera... En cuanto me ponga en pie, salgo a buscar trabajo... ¡Oh, Dios, ayúdame a encontrar remedio para mi mal!"

La pobrecita estaba segura de que esa primavera no se perdería en vano. El padre iba sentado en el pescante, callado, rumiando sus pensamientos. Después de un largo tiempo, dijo.

— ¡Mira, el día es como un sol y uno tiene que andar por los médicos!...

Se volvió hacia Katrusia.

— Dime, muchacha, ¿qué debo hacer contigo? Te pasas todo el tiempo acostada, ni viva ni muerta. Yo no hago otra cosa que pedir dinero prestado y sin resultado ninguno. Si supiera qué remedios te hacen falta, los buscaría. ¿Acaso entiendo yo de esas cosas? Si por fin, fuese o lo uno o lo otro... que te curases o te murieses de una vez. Sería mejor para ti y para nosotros también...

Katrusia lloraba.

— ¡Desdichada, no tienes por qué llorar!... Te estoy diciendo la pura verdad. Tú te mueres y ya no piensan en nada más; tanto da dónde

podrirse. ¡Con lo fácil que es vivir hoy!... Mejor estirar la pata que andar todo el tiempo penando en campo ajeno. Ya pedí mucho prestado y voy a endeudarme más, para poder pagar tu entierro. Cuando llegue a viejo, los propietarios me van a echar de la casa. ¡Ah!... Si supiera que tú no tienes más arreglo, pegaría la vuelta para el pueblo. Lo que tengo en el bolsillo, me alcanzaría para los funerales.

Katrusia se anegaba en llanto y tosía a más no poder.

El padre sacó una manzana que tenía bajo la ropa y con cierto embarazo se la tendió a la hija. Hasta entonces, él jamás le había dado una golosina.

— No llores, pobrecita, que no quiero hacerte nada malo. Yo digo, no más, para no gastar por gusto la plata, para no estropearme la vida en vano y que a ti no te sirva para nada. Tú misma lo ves, hija, que ya no hay de dónde sacar más dinero. Si habría de cortarme un dedo para que te ayude, lo haría sin pensarlo dos veces y no tendría lástima. Me siento orgulloso de ti, como si fueses un varón, porque no hay nadie en el pueblo que trabaje como tú lo hacías. Con cuánto cuidado te trataba, pero veo que igual te nos vas de este mundo. Por los ojos se te ve que no tienes cura. ¡Ay, pobrecilla, cómo vamos a penar sin til!... ¡Cómo vamos a sufrir!...

El viejo se calló.

— ¡Me moriré, sí, me moriré!... ¡Bien veo que de ésta no me salvo!...— se quejaba Katrusia.

El carro entraba en la ciudad.

Volvían al pueblo. Con ellos el vecino Mikolai.

— Me cantó tantas cosas, que, ¡bueno, bueno!... El campesino no tiene por qué andarse entre doctores. Mire que va y me dice: déle mucha leche, que coma carne liviana para componerse el estómago, que coma pan blanco.. Se acordó de todo lo que hay en el mundo. A lo mejor eso ayudaría si fuésemos ricos, pero con nuestra miseria... Bastó con eso. Y cuando él empezó la labia, yo no pude aguantar más y me fui. ¿Acaso me hubiera ayudado en algo si lo hubiese escuchado hasta el final?... ¡Que se muera así no más!... ¡Que se tome la medicina que le compré en la botica y que se cure si quiere, si no, que haga lo que se le antoje!...

— ¿Usted piensa — comenzó el vecino — que los doctores le dan el mismo remedio al campesino que a los ricachones o a los judíos?... ¡Cualquier día!... ¡Al pobre lo que le da, le da y que se las arregle como quiera! ¿Acaso él se va a romper la cabeza buscando un buen remedio para el paisano?... Para su señoría son los buenos días y ¿qué migas puede hacer con el campesino?

— ¡Ah, si tuviéramos el consejo de alguien!... ¿Qué es lo que sabemos hacer?... Besarle la mano y esperar a que nos diga cuánto pagar...

— Lo mejor hubiera sido preguntarle a la vieja Ivaneja. Cuando fue a lo del doctor y él empezó a revisarla, ésta le dijo sin vueltas: “Déme una recetita para algún veneno, señor doctor. Soy una pobre vieja, no tengo a nadie

que me ayude. Déme el último remedio". Entonces el doctor se puso a mirar a la vieja y le dijo: "¿Y tú, de dónde sabes sobre el último remedio?" "¿De donde lo sé, lo sé... usted déme la receta!" Tanto pidió la vieja, que el doctor acabó por darle el remedio. Y hasta el día de hoy anda sana...

— ¡Ah, si hubiera tenido cabeza antes, para preguntarle!... A usted le parece que es fácil hablar con los doctores? En un dos por tres te despachan...

— La vieja se fue entonces con esa receta a la farmacia. Se la dio al boticario y, ¿qué cree usted?... La vieja, de tonta no tiene un pelo. Se puso a mirar cómo le preparaban el remedio. Y cuenta que cuando una gota de ese menjunje cayó en la palma del hombre, le agujereó la mano. ¡Ah, pero a uno entre mil le toca conseguir semejante medicina!... El único remedio que le queda al campesino es curarse uno mismo o reventar...

— ¡Ay, qué desgracia que no le haya preguntado antes a la vieja como pedirle la medicina al médico!... Y así, ¿qué es lo que conseguí?... Perdí plata y no traigo nada... Hice un mal negocio...

— De seguro que su hija ya no tiene ningún arreglo... ¿Ve cómo arde?... Es como esa hoja desprendida del árbol en otoño...

— No tiene arreglo, no... Si por lo menos le hubiera preguntado a Ivaneja...

— ¡Quién sabe!... Según qué remedio para qué enfermedad... El boticario tiene su farmacia, pero también se muere...

COMPLETAMENTE SOLA

Dentro de aquella casita que se empina por la pendiente lo mismo que un escarabajo, en un mal lecho yacía una viejecita. Estaba acostada sobre unas bolsas viejas y tenía una almohada negra y dura bajo la cabeza. En el suelo, junto a ella, había un pedazo de pan y un jarrito con agua. Al irse al trabajo, los hijos se los dejaban allí, para que ella tuviera lo qué comer y beber. Esto era una miseria pero no había nada mejor para dejarle. Dios era testigo, resultaba imposible quedarse junto a la enferma y cuidarla, cuando el trabajo apremiaba.

En el cuarto se oía el zumbido de las moscas. Se posaban sobre el pan y comían, se metían dentro del jarro y tomaban agua. Cuando se hartaban, caminaban sobre la viejecita y se le metían en los ojos y en la boca. La abuela se quejaba pero no tenía fuerzas para espantarlas.

Acostada en el suelo, miraba distraídamente la cruz tallada en la viga. A duras penas lograba despegar los labios para humedecerlos con su lengua afiebrada.

El sol se filtraba a través de los cristales de la ventana. Todos los colores del arco iris jugueteaban sobre el arrugado rostro de la enferma. Daba horror mirarla envuelta en semejante halo. Las moscas zumbaban y junto con

ellas, las luces multicolores se deslizaban por el cuerpo de la viejecita, en tanto que ésta despe-gaba sonoramente sus labios sacando la len-gua, blanca de fiebre. En esos momentos, la casita semejaba a una caverna embrujada con una penitente dentro, expurgando sus pecados, en espera del juicio final.

Cuando el sol resbaló hasta las piernas y se detuvo en el piolín que servía para atar la bol-sa, la vieja empezó a moverse de un lado para otro, buscando el jarrito.

— ¿Dónde está?... ¿A ver?... ¡Ah!...

A duras penas la vieja logró sentarse. No hacía más que espantar con las manos las visio-nes que se le aparecían. Por debajo del horno le salió al encuentro un Diablo de cola larguí-sima y se sentó a su lado. Haciendo un gran esfuerzo ella le volvió la espalda. Entonces el Diablo se sentó frente a la vieja. Tomó la cola entre sus manos y comenzó a cosquillearle la cara. Lo único que atinaba a hacer la vieja, era parpadear y apretar los dientes.

De repente una nube de diablillos salió vo-lando del horno. Quedaron planeando sobre la vieja como una manga de langostas cubriendo al sol o como una bandada de cuervos sobre-volando el bosque. Se le sentaban sobre la ca-beza, se le metían por las orejas, en la boca. La vieja trataba de defenderse y alejarlos. Jun-taba el pulgar con el dedo medio queriéndolos llevar hasta la frente para persignarse. Pero los pequeños diablillos se le sentaban todos juntos sobre el brazo impidiéndole hacer el signo de la cruz. El viejo Lucifer intimidaba a la viejecita para que ésta no hiciese tonterías.

Por más que luchó, ella no logró santiguarse. Al final, el Diablo la abrazó por el cuello y soltó una carcajada tan horrible que hizo incorporar de golpe a la vieja sobre sus rodillas y luego la hizo caer de bruces contra la ventana.

De allí salieron trotando jinetes que se le abalanzaron encima. Pipa en boca, vestían verdes chaquetones y montaban caballos de fuego. ¡Ya el tropel la alcanzaba, le había llegado la última hora!

Cerró los ojos. La tierra se abrió bajo sus pies y la vieja fue deslizándose por la grieta. Se precipitaba cada vez más rápido, hacia las entrañas de la tierra. Allá en el centro la atrapó el Diablo, se la echó al hombro y salió volando cual ráfaga de viento. La viejecita se zafó y se dio de cabeza contra una esquina de la mesa.

Un chorro de sangre borbotó de la herida, un último estertor y la vieja dejó de existir. La cabeza pendía junto a la pata de la mesa y sus ojos, desmesuradamente abiertos e inertes, miraban de soslayo el cuarto. Los diablillos cesaron sus travesuras y solamente las moscas, lamían a sus anchas la sangre fresca. Se habían empapado en ella y el cuarto se iba poblando de moscas rojas. Se posaban sobre los negros cacharros que estaban bajo el fogón y sobre los platos de la estantería, decorados con jinetes de verdes chaquetones, pipa en boca y montados en caballos de fuego.

Las moscas llevaron por toda la casa, la sangre de la viejecita.

OTOÑO

Mitró remendaba las botas de su mujer. Mejor dicho, no las remendaba sino que trataba de coserlas para que no se destartalaran del todo. Era una vergüenza llevar a lo del zapatero semejante porquería y además daba pena gastar plata en esto. Sin embargo, su mujer andaba completamente descalza y no tenía lo que ponerse ni para ir a traer agua. Es por eso que ya desde la mañanita se había puesto a componer las botas. Sentado frente a la ventana, junto a la banquetta, rodeado de recortes de cueros viejos, enceraba el hilo para el cabo y rabiaba como un perro.

— ¡Al diablo con ellas!... Ahora mismo las tiro al fogón, las echo al fuego y me las saco de encima. El cuero está hecho una tabla, no hay manera de meterle hilo porque se rompe. Largarlas al estiércol es lo que hace falta, tirarlas y escupirles encima. ¡Y sanseacabó!...

Refunfuñando así con las botas, Mitró trataba, a pesar de todo, de remendarlas con sumo cuidado. Cada vez que pasaba el hilo por el cuero, lo miraba, con temor de que se hubiera roto. Por eso el trabajo marchaba despacio y el hombre se ponía furioso.

— El hierro también se gasta, ni que hablar del cuero. Hace cuatro años que las compramos,

en otoño acababan de cumplir cuatro años, ya es hora de que se gasten. Pero pase lo que pase, todavía tienen que aguantar un invierno más.

Y se agitaba, caminaba por el cuarto, echaba algunos denuestos y más de mil veces habló de tirarlas al fogón o al estiércol.

Mitreja, su mujer, sentada en el poyo del horno, remendaba unas camisas harapientas.

— ¡No son más que hilachas!... No podemos sembrar cáñamo porque sembramos legumbres para comer; comprar lienzo no podemos porque no tenemos ni un cobre; si seguimos así, tendremos que andar desnudos. No termino de remendar un agujero cuando ya aparece otro. A lo mejor aguantaría más si no las lavara. ¡Aunque ya ni las lavo como es debido!... ¿Qué se puede pretender de una tela de araña?... ¡Dios sabe cómo remendarlas, por dónde empezar!...

Mitreja sumida en estos amargos pensamientos, estaba sentada junto a un atado de andrajos. Su rostro miserable, como hipnotizado por las camisas rotas, traslucía un completo desamparo. La tela burda y deshecha, con los bordados de hilo rojo gastados, hacía recordar la ropa de los soldados vueltos de la guerra, mientras que la mujer, cual humilde hermana de caridad, resignada y triste, quería, aunque más no fuese en algo, ayudar a esos pobres heridos.

— De alguna manera saldremos del paso este invierno, pero lo que es en verano, solo Dios lo sabe.

E iba cosiendo con hilos blanquecinos los remiendos, al tiempo que pensaba en su triste vida gris.

Sobre el horno yacía la madre de Mitró. Era un ser diminuto, de la talla de una niña de diez años, que tosía sin cesar.

— ¡Ay, Señor de las Alturas!... ¡Mándame pronto a la muerte para no revolcarme más!... Bien sabes que hice penitencia por todos mis pecados... Parece mentira, se mueren los que tendrían por qué vivir, dejando bienes y fortunas, y yo me quedo, como las rocas duras que nadie puede romper. ¡Oh, Santo Dios!... ¿Por qué este castigo?...

Y continuaba tosiendo a más no poder.

Junto a la abuela se hallaban las criaturas. Cuando la abuela se ahogaba con la tos hasta ponerse morada, los niños la miraban con ojuelos curiosos y señalándola con el dedo, decían: “Miren, miren, la abuela se muere”. Una vez pasado el ataque de tos, ella les respondía: “¡Ay, nietitos del alma, la muerte se ha olvidado de mí!”

Mitró ya se había cansado de andar a los tirones con esas botas duras como maderos. Las tiró bajo el banco y comenzó a armar escándalo.

— Si se las estuviera componiendo para el entierro, me sería más fácil hacerlo. No hay manera de que alcance para calzarlos, vestirlos, alimentarlos. ¡Andense un tiempito descalzos, a lo mejor revientan más pronto!...

Y se sentó a la mesa.

— ¡A lo mejor, señora mía, me da algo de comer?... ¡Bien sabe que hoy no he tenido ni un bocado en el estómago!...

Mitreja se levantó del poyo y le sirvió patatas. Parecía un corderito asustado.

Mitró pelaba la patatas, las espolvoreaba con sal y mordía un trozo de pan.

— ¡Vaya cómo me alimentas!... ¡El día que sea yo el que te dé de comer vas a estirar las patas!... ¡Ya verás como te voy a alimentar!... ¡Si por lo menos hicieras una sopita o algún guisado o cualquier otra cosa, en fin no importa qué!... ¡Pero lo único que sabes hacer es plantarme patatas delante de las narices para que me atragante con ellas!... ¡Apenas si puedo arrastrar los pies! ¿De dónde, sacar fuerzas?...

— Pero hijo, ¿qué es lo que te puede preparar ella?... Aceite no hay, harina tampoco y entonces, ¿qué quieres que te cocine?

— Usted, madre, mejor cállese la boca. ¡Estése allí sobre el horno y tosa cuanto le dé la gana! ¡Tierras tuyas no recibí, bueyes y vacas tampoco, así que quédese tranquila! ¡Lo mejor sería que se pusiese a pensar con qué la voy a enterrar! No hace otra cosa que esperar la muerte, igual que un buitre espera su presa: “Dios Santo, Dios mío, mándame la muerte”... ¿Nunca se le ocurrió que el dolor de cabeza es para mí?

La abuela quiso llorar, pero rompió a toser.

— ¡Diantre!... ¡Me voy a volver sordo!...— dijo Mitró.

— ¡Granuja!... ¿Por qué te agarras de las varas?... ¿Quieres hacer trizas los cacharros?... ¡Ojalá te quedas ahí prendido para siempre!...

Y comenzó a zurrar a su crío.

Los niños armaron bochinche, entretanto la abuela, no dejaba de toser.

— Sobre esta casa ni los pájaros se posarían — continuaba diciendo Mitró.

— ¿Por qué te ensañas con las criaturas? ¿Acaso tienen la culpa de que las botas ya no sirven?

— ¡Déjate de ladrar, perral!... ¡No los defieras! ¡Alcanza con que los amasaste y los pariste! ¡Los voy a descuartizar a todos!...

Sacó una bota debajo del banco y con ella arremetió contra su mujer. Después se echó la pelliza sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta. Ya en el umbral, antes de salir, gritó:

— ¡Ojalá no tenga que volver más a esta casa!...

A lo que su mujer, en señal de despedida, le replicó:

— ¡Vete no más, vete!... ¡Anda a escuchar lo que dicen del Canadá!... ¿Te piensas que voy a dejar todo y me voy a largar con las criaturas para allá?

* * *

Mitreja encendió fuego en el horno. El cuarto se llenó de humo y ella se limpiaba las lágrimas a cada rato. La humareda le carcomía los ojos.

Encima del horno, se quejaba la abuela.

— ¡Si ya fuese verano!... ¡Cada uno se iría a su trabajo y terminarían de pelear!... El sol enseguidita los sacaría al campo. En cambio así, esto es un infierno y no una casa. ¡Jesús!... ¡Santo Dios!... ¡No me hagas sufrir más!... ¡Bien ves que no hay cómo vivir!...

Los niños correteaban por el cuarto. Pero en cuanto alguien hacía ruido en el zaguán, ellos subían presurosos a esconderse sobre el

horno, junto a la abuela. En sus rostros famélicos, se pintaban el sufrimiento, la humildad y la sumisión. Se quedaban quietecitos, porque temían los golpes de su padre. Y si no era él el que entraba al cuarto, entonces los chiquillos volvían al suelo para continuar con sus travessuras.

Eran como una bandada de palomas que bajaban sobre las eras, pero en cuanto el campesino hacía chirrear la puerta, ellas abandonaban el grano y espantadas, levantaban vuelo hacia el cielo azul...

LA DESGRACIA

A Romaneja se le había enfermado la vaca. El animal estaba echado sobre la paja y sus inmensos ojos grises miraban con tristeza. Los bellos temblantes, el cuero lleno de arrugas, estremecida por la fiebre. Toda ella exhalaba debilidad, dolor torturante aunque mudo. Lo que más pena da en semejantes trances, es que el animal no puede hablar ni quejarse.

— Está visto que de ésta no se salva. A lo mejor yo hubiese podido hacer algo si fuera cosa de la sangre, pero aquí está claro que alguien le hizo un mal de ojo, ¡así se quedara ciego!... y ahora no hay remedio que valga. Confíe en Dios, a lo mejor se compadece de usted...

Estas palabras las dijo Ilash, quien entendía de animales.

— ¡Ay, Ilash!... Bien veo que se va a morir, pero si se muere yo tampoco quiero vivir. Se me fue toda la vida en conseguir una vaquita. Perdí mi marido; mi hijo murió en el ejército, y a pesar de laborar todito el santo día, igual pasaba miseria... ¡Son tan largas las noches de invierno!... Yo me las pasaba hilando hasta la madrugada. Se me hinchaban las yemas de los dedos, me picaban los ojos. Sólo Dios sabe cuanto trabajo me costó juntar la plata para comprarla...

— Está claro que el pobre siempre la pasa igual: mal. Así le dieran más de dos manos,

tampoco tendría arreglo. Así es, ¿qué le vamos a hacer?... De algún modo hay que vivir...

— Vivir... ¿Sin saber lo qué pensar, lo qué hacer ni a quién pedirle consejo?...

— ¿Y si probara fijar un día para pagar una misa y dar un almuerzo?... ¿Y si fuera por la absolución hasta San Juan de Suchavsk?... Dicen que ayuda mucho...

— ¡Ay, pero si yo ya encargué una misa!... Le estuve implorando a la Santa Virgen de Zaranits y ahora le rezo a San Juan de Suchavsk.

— Puede ser que Dios le ayude si se pone en sus manos. ¡Ojalá Dios oiga sus ruegos!... Dichas estas palabras, Ilash se fue.

Romaneja se sentó junto a la vaca y se puso a cuidarla para que no se le muriera. Le daba todo lo mejor que tenía, pero el animal no comía. Lo único que hacía era mirar a la pobre mujer, lo que la apenaba más aun.

— Chiquitina, ¿qué es lo que te duele, chiquitina?... No dejes a la vieja abuela sin una gota de leche... ¡Alégrame un poco más, siquiera!...

Acariciaba a la vaca por la testuz y bajo el pescuezo y plañía en voz alta.

— ¿De dónde voy a sacar fuerzas para poder comprar otra? Ya no estoy para juntar plumón ni para tomar una aguja en las manos. ¿Cómo pensar en otra vaca a la vejez?...

La vaca era toda temblor, Romaneja la tapó con su pelliza al tiempo que, desabrigada, se mantenía acurrucadita, pegada al animal. Le castañeteaban los dientes, pero la mujer no se iba del lado de la vaca.

— ¡A lo mejor es Dios que me castiga por mis pecados!... ¡Mira que más de una vez tuve

que pecar por tu culpa, desgraciada!... Por allí pastamos un poquitín en los linderos, por allá arranqué algunas calabazas, un tanto más allá, algunos brotes frescos. ¡Pero eso sí, nunca a nadie le negué leche!... ¡Si se enferma una criatura o hay alguna parturienta, allá voy yo con mi jarrita de leche!... ¡A la gente también le estuve dando requesón para la polenta! ¡Señor, no te ensañes con esta pobre viuda!... ¡Te juro que nunca más le robaré nada a nadie, lo único que te pido es que no me lleves la vaca!...

Hasta muy entrada la noche, Romaneja se pasó lamentándose junto al animal. La salpicaba con agua bendita, pero esto no le ayudaba en nada. La vaca, extendida a lo largo del establo, resollaba como un fuella y mugía. La vieja la acariciaba, la abrazaba, le hablaba, pero todo era en vano: no había remedio...

A través de la puerta, la luna iluminaba el pesebre y la mujer podía ver los movimientos del animal. Por fin la vaca se paró. Apenas si podía mantenerse sobre sus patas. Miraba el establo como si quisiera despedirse de cada rincón.

Después, la vaca se desplomó sobre la paja y quedó estirada como la cuerda de un arco. La mujer, de rodillas junto al animal, se puso a fregarle con el estropajo. Ni ella misma comprendía lo que le pasaba. De pronto, la vaca comenzó a mugir fuertemente y a patalear. Romaneja sintió una ola de calor, se le nubló la vista y cayó al suelo toda ensangrentada. La vaca seguía pataleando y descuartizando a la vieja.

Ambas lidiaban con la muerte.

UN HECHO IMPREVISTO

En la aldea tuvo lugar un hecho imprevisto: Grets Letiuchiy acababa de ahogar a su hijita en el río. Quiso ahogar a la mayorcita también, pero no lo hizo debido a las súplicas de ésta. Desde que se había muerto su mujer, Grets las pasaba muy mal. Sin la mujer no sabía como arreglárselas con las criaturas. Nadie quería casarse con él. Y la causa no estaba en las niñas, sino que para su desgracia, se hallaba en la miseria. Dos años sufrió Grets con sus chiquillas. Cómo vivía, lo qué hacía, no lo sabía nadie, a excepción de sus vecinos más cercanos. Se decía que Grets a lo largo de todo el invierno, casi no calentaba la casa y dormía con sus hijitas sobre el horno.

Y ahora todo el pueblo comenzó a hablar de él.

A la caída de la tarde volvió a su casa y encontró como de costumbre, a sus chicuelas sobre el horno.

— Papá, tenemos hambre — dijo Gandzuña, la mayor.

— ¿Qué quieren que les dé de comer?... ¡Cómanme a mí!... ¡Ahí tienen pan!... ¡Hártense!..

Les arrojó un pedazo de pan que ellas se pusieron a zarandear igual como hacen los cachorros con un hueso pelado.

— ¡Las largó al mundo y me las dejó para dolor de cabeza!... ¡Ojalá que ni bajo tierra puedas descansar en paz!... La peste anda rondando por ahí, ¡así se rompa la crisma!... y no hay manera de que entre en esta casa... ¡Es que hasta la misma peste nos tiene miedo!...

Las niñas no prestaban ninguna atención a las quejas del padre, porque eran cosa de todos los días y ya se habían acostumbrado a ellas. Estaban sobre el horno, comiendo su pan. Mirarlas, daba miedo y lástima al mismo tiempo. Sólo Dios sabe cómo se mantenían unidos aquellos huesecillos. Unicamente cuatro ojazos negros tenían vida y peso. Esos ojos parecían pesar como el plomo, mientras que el resto del cuerpo, si no fuese por ellos, volaría como una pluma arrastrada por el viento. Hasta inclusive ahora, cuando estaban masticando el seco men-drugo, daba la impresión de que iban a rompér-seles las mandíbulas.

Desde el banco, Grets les lanzó una mirada y pensó: “Son unos cadáveres”. Y fue tal el espanto que sintió, que se bañó en sudor. Tuvo la sensación de que un peso enorme le aplastaba, como si alguien le hubiese colocado una piedra muy pesada sobre el pecho. Las niñas roían el pan y él, postrado de hinojos, rezaba. Sin embargo, una fuerza extraña le hacía volver todo el tiempo los ojos hacia ellas y un constante pensamiento le taladraba el cerebro: “Son unos cadáveres”.

Durante varios días, Grets tuvo miedo de quedarse en casa, por eso pasaba las horas en casa de los vecinos. Aquellos contaban que Grets andaba muy apenado. Estaba hecho una

sombra y los ojos se le hundieron de tal modo en las cuencas, que ya no veía nada a su alrededor, a no ser la piedra esa que le oprimía el pecho y no lo dejaba respirar.

Una noche, de regreso a la casa, Grets cocinó unas patatas, les puso sal y las tiró sobre el horno para que las hijas las comiesen. Cuando terminaron de hacerlo, les dijo:

— ¡Bajen, que vamos de visitas!...

Las criaturas obedecieron. Grets les puso unos vestiditos de tela burda, tomó en brazos a Dotska, la menor, de la mano a Gandzuña y salió con ellas de la casa. Caminó largo rato a través de los prados y se detuvo por fin en una loma. En la hondonada, a la luz de la luna el río era un chorro de plata viva. Grets tuvo un estremecimiento pues le pareció sentir que el brillo de las aguas le helaba y la piedra que tenía sobre el pecho se hacía más y más pesada. Estaba sofocado, se ahogaba, apenas si podía llevar en brazos a la pequeña Dotska.

Fueron descendiendo hacia el río. Grets hacía rechinar los dientes de tal manera que el ruido parecía rodar por los prados, mientras que dentro de su pecho, una larga lengua de fuego le iba quemando las entrañas y llegaba a su cerebro. Cerca de la orilla, el hombre no pudo seguir caminando despacio y se lanzó a todo correr, dejando rezagada a Gandzuña. Llegó al río, levantó a Dotska y la lanzó al agua con todas sus fuerzas.

Sintió un gran alivio y se puso a hablar rápido:

— Diré que no había otro remedio. Que sepan que en casa no había lo qué comer, que

no había leña, ni agua para lavar la ropa ni para bañarse, ni nada. Reconozco mi culpa, mándenme preso y a la horca...

Gandzuña llegó junto a su padre y comenzó a rogarle con rapidez:

— ¡Papaíto, no me ahogues!... ¡No me ahogues!... ¡No me ahogues!

— No lo haré, si tanto me pides. Aunque sería mejor para ti, pues a mí ya me es igual. Da lo mismo penar por una que penar por dos. Te las vas a pasar sufriendo de chica y luego te irás de niñera a casa de cualquier judío y volverás a sufrir. Como quieras, a mí me da lo mismo...

— ¡No me ahogues!... ¡No me ahogues!...

— No, no lo haré, no, aunque Dotska ya es más feliz que tú. Y ahora regresa al pueblo, pues yo voy a entregarme a la policía. Vete por este caminito, ¿ves? para allá arriba y cuando llegues a la primera casa, entra y diles lo que pasó: que tu padre quiso ahogarte pero cuando comenzaste a rogar, se compadeció de ti. Por eso viniste, para que te permitan pasar la noche y si pueden, que mañana te coloquen de niñera en cualquier parte. ¡Vamos, corre, que ya se hizo noche!...

Y Gandzuña se fue.

— ¡Gandzu!... ¡Gandzu!... ¡Toma este palo, porque si te topas con algún perro, te puede hacer pedazos!... ¡Con él vas a estar más tranquila!...

Gandzuña volvió, tomó el palo y otra vez se fue por el prado.

Grets comenzó a remangarse el pantalón para vadear el río, ya que en la otra orilla esta-

ba el camino que conducía a la ciudad. Se metió en el agua hasta los tobillos y quedó petrificado.

— ¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén!... ¡Padre nuestro que estás en los cielos... Hágase tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo...!

Salió del agua y caminó hacia el puente.

LA CRUZ DE PIEDRA

En el pueblo hacían memoria que Iván Diduj desde que se había hecho propietario, los únicos enseres que tenía eran un caballo y un pequeño carro con timón de roble. Enganchaba al caballo de peón mientras que él mismo se metía en el surco. Para el animal, el hombre tenía una correa de cuero y un collar. En tanto que para sí, Iván se servía de una sogá corta. A él no le hacía falta collar, porque con su brazo izquierdo se apoyaba mejor que con ayuda de aquél.

Cuando cargaban los haces del campo o cuando llevaban para allá el abono, tanto a Iván como a su caballo, se les inyectaban las venas de sangre. A los dos, en igual medida, se les ponían tirantes las riendas como cuerdas de arco al ir cuesta arriba y ambos las arrastraban por el suelo, yendo cuesta abajo. El animal hacía el repecho resbalando, como si caminara sobre hielo y a Iván se le hinchaba la vena de la frente en una forma horrible, como si alguien le hubiese dado un garrotazo por la cabeza. Desde arriba parecía que Iván hubiese colgado al caballo por el collar, en castigo por algún delito grave; el brazo del hombre, mientras tanto, se cubría de una enmarañada red de venas azules, semejantes a cadenas de acero azul.

¡Cuántas veces se le vió ir a su campo, antes de la salida del sol, por esa senda polvorienta!... No llevaba puestas las correas, sino que iba del flanco derecho, reteniendo el timón bajo el brazo. Caballo y hombre marchaban con paso firme, porque ambos habían descansado bien durante la noche. Hacían la cuesta abajo siempre corriendo. Dejaban tras de sí las huellas de las ruedas, de los cascos y de los desmedidos talones de Iván. Detrás del carro quedaban agitando los pastos y los yuyales del lindero sacudiendo las gotas de rocío que caían sobre el camino. A veces ocurría que en lo mejor de la pendiente, justo a mitad de la ladera, Iván comenzaba a renquear y detenía al caballo. Entonces se sentaba, tomaba el pie entre las manos, lo levantaba y comenzaba a salivarlo para encontrar el lugar donde se le había clavado la espina.

— ¡A este pie habría que rasquetearlo con la azada y no lavararlo con saliva!...— refunfuñaba con rabia.

— ¡Abuelo Iván, déle un rebencazo al yugero ese, échelo, que se está comiendo la avena!...

Alguien más comenzó a burlarse de Iván, viendo los contratiempos de éste. Pero ya hacía mucho que Iván se había acostumbrado a semejantes burlas, por eso no hizo caso y continuó tironeando la espina. Cuando no lograba sacarla, le daba un puñetazo para clavarla más hondo aun y al pararse, decía:

— ¡No te aflijas, ya vas a salir sola cuando te llenes de pus; ahora no tengo tiempo para andar a los arrumacos contigo!...

En el pueblo, a Iván le habían puesto el mote de "El Quebrado". Era porque tenía un defecto en la cintura, caminaba encorvado, como si dos ganchos de hierro lo estuvieran tirando del torso hacia el suelo. Fue por culpa de una corriente de aire.

Cuando volvió de la conscripción no encontró vivos ni al padre ni a la madre; solamente había quedado en pie una casucha desmoronada. Todo lo que le había quedado por herencia del padre, era un pedazo de tierra en un cerro, el más alto y el más árido que había en la comarca. De sus laderas, las mujeres habían sacado arena, dejando descubiertas cuevas y hondanadas, como si fuesen las fauces abiertas de algún gigantesco monstruo. Nadie araba ni sembraba allí; tampoco había límites. Iván fue el único que se puso a trabajar y a sembrar su parcela. El abono lo llevaba a tiro de caballo hasta el pie de la loma, luego lo cargaba en una bolsa y solo, a cuestras, lo subía a lo alto. A veces su potente voz solía despeñarse por los sembrados de la loma:

— ¡Uf!... ¡Mira que eres pesado!... ¡Mira, que si te largo, de ti no quedarán más que hilachas!...

Sin embargo, jamás llegó a largar el abono cuesta abajo, le daba lástima perder la bolsa y por eso siempre la bajaba del hombro con sumo cuidado. Cierta vez, por la noche, le contó a su mujer y a sus hijos lo que había ocurrido con él:

— El sol picaba, mejor dicho, no picaba sino que asaba. Y yo me arrastraba hasta sangrarme las rodillas, cuesta arriba con el estiér-

col. Sudaba la gota gorda y era tanta la sed que se me hizo amargo en la boca. Subí a duras penas. Ya en la cresta, sopló un vientecillo suavecito, suavecito, ¡y para qué hablar!... Al cabo de un minuto, empezó a dolerme la cintura como que me estuvieran cortando con un cuchillo. ¡Qué puntadas!... Creí que me acababa.

A partir de ese entonces, Iván andaba siempre doblado en dos y en el pueblo lo apodaron "El Quebrado".

La loma, a pesar de haberlo deformado, le daba sin embargo, buenas cosechas. Iván clavó allí palos, estacas, subió panes de pasto y con ellos cercó su parcela para que las lluvias de otoño y primavera no le lavaran la tierra y no se la llevaran junto con el abono hacia las hondonadas. Toda su vida se la pasó labrando en esa elevación.

Con los años se fue haciendo viejo y cada vez se le hacía más difícil descender la cuesta.

— ¡Maldita loma!... ¡Le hace bajar a uno de cabeza a la hondonada!...

Más de una vez, cuando la caída del sol lo sorprendía allá en lo alto, se proyectaba sobre los sembrados la sombra del hombre fundida con la de la loma. Y esa sombra extendida sobre los campos, parecía la de un gigante doblado por la cintura. Iván señalándola con el índice, decía en voz alta:

— ¡Me has doblado en dos, desgraciada!... ¡Pero mientras pueda arrastrar los pies, tendrás que darme pan!

La mujer con los hijos trabajaban en otras parcelas, aquéllas que Iván había comprado con el dinero que trajo del reclutamiento. En cuanto

a él, la mayor parte del tiempo se la pasaba en la loma.

Otros rasgos particulares de Iván, conocidos en el pueblo, era que iba a la iglesia una vez al año, para Pascuas y que tenía amaestradas a las gallinas. Lo había hecho tan bien que ninguna se metía en el patio para escarbar en el estiércol. La que se atreviese no salía viva, la mataba con un golpe de pala o sino de un garrotazo. Y nadie ni nada lo detenía, ni su mujer, aunque se lo pidiera de rodillas con los brazos en cruz.

Queda por decir que Iván nunca comía en la mesa. Siempre lo hacía en el banco.

— Primero fui bracero, después estuve diez años en el ejército y jamás vi una mesa. Junto a la mesa la comida no me baja al estómago.

Así era Iván: raro de carácter y raro para el trabajo.

II

La casa de Iván se llenó de gente, vinieron los hacendados con sus esposas. Iván vendió todos sus bienes porque a su mujer y a los hijos se les había metido en la cabeza irse al Canadá y el viejo no tuvo más remedio que ceder.

Había invitado a todo el pueblo.

Parado delante de las visitas, con la copita de aguardiente en la mano, apenas podía hablar, porque se le trababa la lengua.

— Un millón de gracias, amigos, por respetarnos como dueños y señores a mí y a mi mujer...

Dejaba la frase sin terminar y no bebía a la salud de nadie; se limitaba a clavar la vista delante suyo y sacudía la cabeza. Parecía como si rezara, asintiendo con un gesto a cada una de sus palabras.

Así suele ocurrir a veces: una ola arranca del lecho una inmensa piedra y la deposita en la orilla. Y esa piedra queda allí, pesada e inerte. Poco a poco el sol va descascarando la costra reseca del limo que la cubre y la tachona de diminutas estrellitas fosforescentes. Refulge la piedra aquella con rayos sin vida, reflejos del alba y del crepúsculo, mientras que su pétreo mirada ve correr las vivas ondas del agua y siente nostalgias porque no la oprimen como antes y desde tiempo inmemorial. Y desde la orilla mira a la corriente, como si se tratara de la dicha perdida...

Del mismo modo que la piedra mira el río, así Iván miraba a la gente. Sacudió su cabellera cana como crines de plata vieja y prosiguió su interrumpida frase:

— Una vez más, gracias a todos. Que Dios atienda vuestros ruegos. Dios le dé salud, abuelo Mijail.

Iván ofreció una copa al viejo Mijail y brindaron mutuamente.

— ¡Qué el Señor le guarde muchos años, compadre Iván y que bienaventurado lo guíe a puerto seguro y que su gracia infinita le ayude a prosperar!...

— Si Dios quiere... Tomen, señores, por favor... Pensaba invitarlos para el casamiento del hijo, pensaba que estaríamos todos juntos a la mesa, pero ya ven que resultó de otra

manera. ¡Ni lo que nuestros abuelos, ni nuestros padres han visto, lo tenemos que ver nosotros! ¡Dios, hágase tu voluntad!... Sírvanse, señores y perdonen por lo demás...

Tomó la copita de aguardiente y se acercó a las mujeres que estaban sentadas en la otra punta de la mesa, junto a la cama.

— Comadre Timofija, quiero brindar con usted. La estoy mirando y como quien dice, me acuerdo de mis años mozos... ¿Cuánto tiempo hace de esto?... ¡Mire que usted era moza guapa y brava!... Más de una madrugada me la pasé cortejándola, y... ¡cómo bailaba! ¡Derechita como un trompo!... ¡Ay, comadre!... ¿Dónde han ido a parar aquellos años? Que Dios la ampare y perdone que a la vejez le hice recordar aquellos bailes. Por favor, sírvanse...

Miró a su vieja, toda llorosa entre las mujeres y sacó un pañuelo del chaleco.

— Toma el pañuelo, vieja y sécate bien los ojos; que yo no vea más lágrimas. Atiende a las visitas y déjate de lloriquear, que para eso ya vas a tener tiempo. Los ojos se te irán en llanto, ya habrá por qué.

Se acercó a los hacendados moviendo la cabeza.

— Quería decirles algo, pero mejor me callo, por respeto a los Santos de la casa y a ustedes también, pecadores. Les juro que no hay nada peor que ponerse a pensar con la cabeza de su mujer, ¡que ni Dios permita!... ¿Ven cómo llora? ¿Y con quién anda enojada?... ¡Conmigo!... ¿Te enojaste conmigo, mujer? ¿Acaso, vieja, soy yo el que te arranca de raíz de esta casa? ¡Cállate, no gimotees más, porque te arranco esas tren-

citas canas que tienes y te vas para América, pelada como una judía!...

— Compadre Iván, deje tranquila a su mujer, ella no quiere hacerle a usted ningún mal, ni a los hijos tampoco. Lo que siente es pena, pena por los parientes y por el pueblo.

— Timofija, si no sabe, no hable. Ella es la que siente pena, ¿y yo qué?... ¿Estoy que salto de alegría por irme?...

Hizo rechinar los dientes como si fuesen piedras de molino, amenazó con el puño a su mujer, un puño grande como una maza y comenzó a golpearse en el pecho.

— ¡Ay, denme un hachazo por el hígado, a lo mejor se me desparrama la bilis, porque no aguanto más! ¡Siento una angustia tan grande, pero tan grande, que ya ni sé lo que me pasa!...

III

— Sírvanse, señores, sin cumplidos. Sírvanse y perdonen si falta algo, pero es que ya estamos sobre las maletas. Tampoco se extrañen de mis chocheras de viejo ni de la fregada que le estoy dando a mi mujer, ¡bien que se la merecel... Si no fuera por ella y los hijos, no nos iríamos nunca. Los muchachos saben leer, ¿verdad?... pues... desde que les cayó en las manos una carta y un mapa, empezó el serrucha que te serrucha, hasta que terminaron por convencer a la vieja. Después, durante dos largos años, lo único que se oyó en la casa fue: “que el Canadá”... “que en el Canadá”... Cuando vi que no había otra salida, puesto que me habían agarrado por el cuello y me taladrarían hasta el

fin de mis días si no les hacía caso, decidí vender todo, hasta el último grano. Mis hijos no quieren ser braceros después que me muera y por eso me dijeron: "Tú, padre, llévanos a una tierra fértil y danos pan, por que si nos repartes el campo, no tendremos con lo qué empezar". Ojalá Dios les ayude; a mí me es igual, lo único que me queda es morir. Pero díganme, señores, ¿acaso yo, todo quebrado como me ven, estoy para viajes? Me siento desgastado, mi cuerpo es puro callo, los huesos andan tan desvencijados, que para levantarme por las mañanas y ponerlos en juego, lanzo más de cien ayes de dolor.

— Ahora no le haga caso a esto, Iván, porque de lo contrario se apenará más aun. A lo mejor, si abre camino, nos iremos todos detrás suyo. Por estos parajes no vale la pena romperse el alma... Estas tierras no pueden soportar tanta miseria ni abrigar tanta cantidad de gente. Ni el campesino puede aguantar a la tierra, ni la tierra puede aguantar al campesino. Ninguno de los dos puede aguantar más. No hay trigo, aunque no hubo langosta. Mientras tanto los impuestos suben. Si antes se pagaba un leu, ahora hay que pagar cinco. Si antes se comía tocino, ahora solo engullimos patatas. Nos tomaron en un puño y nos apretaron tan fuerte, que no hay manera de zafarse, a menos que nos escapemos del todo. ¡Ah!... pero ya caerá una maldición sobre estas tierras y la gente se va a matar. Le aseguro que no tiene por qué lamentar...

— Le agradezco sus palabras, pero no estoy de acuerdo con usted. Estoy seguro que habrá

matanza, sí. ¿Acaso Dios se enfada con los que negocian la tierra?... La tierra no le hace falta a nadie hoy en día, todos quieren sólo cheques y bancos. Los muy inteligentes señoritos de ahora, se han vuelto tan mañeros que no quieren saber nada con el surco. Miren a esa vieja viola, ¿acaso se la puede vender? No es más que un tronco de sauce podrido, si la tocas con un dedo, se hace polvo. ¿Creen ustedes que llegará a destino?... Más que seguro que se vuelca en una cuneta y será un festín para los perros; éstos nos acometerán para que sigamos adelante y no nos volvamos para ver como la están destrozando. ¿Por qué Dios debe bendecir a esos desalmados?... ¡Vieja, ven aquí!...

Se acercó Ivanija, su mujer, viejita y arrugada como una pasa de uva.

— Katerina, ¿qué pensamientos bullen en tu cabeza?... ¿Piensas dónde te voy a enterrar o que si te van a comer los pescados? ¡Pero si aquí ningún pez tiene de lo qué prenderse!... ¿Ven?...

Tomó la mano de su mujer y comenzó a pelliscarle la piel, mostrándosela a la gente.

— Es puro hueso y pellejo. ¿Para qué, digo yo, señores, tiene que moverse ella del horno?... Fuiste una buena dueña de casa, trabajaste duro, no perdías el tiempo ni malgastabas el dinero y ahora que llegó la vejez, se te ocurre largarte de viaje. ¿Ves cuál es tu camino?... ¿Ves dónde está tu Canadá?... ¡Pues, allí no más!...

Se acercó a la ventana y señaló en dirección al cementerio.

— Yo no quisiera irme al Canadá, ya que si nos movemos del lugar para la vejez y nos echamos a vagar por el mundo, andaremos como hojas sueltas rodando por el campo. ¡Sólo Dios sabe qué será de nosotros!... Por eso quiero despedirme de ti en presencia de esta, nuestra gente. Al igual que cuando nos casamos ante ellos, ante ellos me despediré de ti yendo hacia la muerte. Puede ser que arrojen tus restos al mar y yo no llegue a verlos o quizás arrojen los míos y seas tú quién no los veas.

Por eso, perdóname mi vieja, si alguna vez te reproché o te ofendí. ¡Te pido que me perdones, que me perdones una segunda y una tercera vez!...

Se besaron.

La vieja cayó en brazos de Iván, quien continuaba diciendo:

— Pobrecita, te llevo a una tumba muy lejana...

Pero estas palabras ya nadie las oyó, puesto que desde la mesa donde estaban sentadas las mujeres, llegó un llanto, un llanto que como ráfaga de viento por entre filosos sables, hizo abatir las cabezas sobre los pechos de los hombres.

IV

— Ahora, vieja, vete con las señoras. Cuida de que estén bien servidas y emborráchate bien, que quiero verte borracha aunque más no sea una vez en la vida...

— En cuanto a ustedes, compadres, quiero pedirles dos cosas. Si de mis hijos llegara a

venir correo al pueblo, diciendo que nos hemos muerto con la vieja, entonces por favor, encarguen una misa de gracia. Reúnanse como hoy para una comida de difuntos y récennos un padrenuestro. En una de esas, el Señor nos libera de algún pecado nuestro. La plata para los gastos se la dejo a Yákov, él es mozo honrado, joven y sé que no se apropiará de las monedas de un pobre viejo.

— Desde luego que encargaremos la misa, sí, y el padrenuestro se lo vamos a rezar también...

Iván se puso pensativo. En su rostro se dibujaba cierto rubor.

— Ustedes no se extrañen ni se ríen de las rarezas de este viejo. A mí mismo me da vergüenza decírselos, pero sería un pecado si no lo dijese.

Todos saben que en mi loma clavé una cruz de piedra. Sudé mucho para acarrearla y subirla, pero la clavé en lo alto. Es tan pesada que la loma no podrá quitársela de encima, como no se pudo librar de mí. Con ello quise dejarle este recuerdo de mi parte.

Crispó sus puños apretándolos contra la boca.

— Siento un apego tan grande por esa loma, que solo puede compararse al que siente un crío por la teta. Toda mi vida la pasé allí arriba y fue allí donde quedé quebrado. Si pudiese me la metería en el pecho y me la llevaría al otro lado del mar. Siento lástima por cada piedrita del pueblo, por cada una de sus criaturas y en cuanto a mi cerro... ¡jamás voy a dejar de penar por él!...

Los ojos parpadearon su angustia tremenda y se estremeció su rostro, como se estremece el negro surco bajo el calor del sol.

— Esta noche, acostado en el galpón, me la pasé pensando. Señor misericordioso, ¿qué pecados tan terribles cometí que tú me echas más allá del lejano mar?... En mi vida no hice más que labrar y labrar. ¡Cuántas veces, durante el ocaso, caí de bruces sobre los sembrados rezándole a Dios: Señor, haz que nunca me falte un pedazo de pan negro y yo te juro que voy a trabajar siempre, a menos que ya no pueda mover los brazos ni los pies!...

— Después me vino una pena muy grande, tan grande que me puse a morder las muñecas y a mesarme los mechones, revolcándome en la paja como las bestias. No sé por dónde se me apareció el Demonio. Tampoco sé de qué manera y cuándo fui a parar bajo el peral, con la soga de los bueyes, atada al cuello. Por poco me ahorco. Pero el Señor es misericordioso y tiene tino en lo que hace. Me acordé de mi cruz y se me pasó la enajenación. ¡Salí corriendo rumbo al cerro!... Al cabo de una hora ya estaba sentado bajo la cruz. Allí estuve largo rato, hasta que me sentí aliviado...

— Estoy aquí parado, hablando con ustedes, pero la loma no se me quita de la cabeza. La tengo siempre presente y cuando me esté muriendo, también la tendré ante mis ojos. Me olvidaré de todo, pero de mi cerro, no. Sabía canciones y me las fui olvidando todas allá arriba; tenía fuerzas y también allí arriba las fui perdiendo.

Una lágrima rodó por su rostro, como una perla en el peñasco.

— Por eso les pido, compadres, que cuando salgan a bendecir los campos, en Semana Santa, no dejan de lado mi loma. Aquél que sea más joven, que suba hasta la cruz y que la salpique un poco con agua bendita, porque bien saben que el cura no va a subir. Les pido, encarecidamente, que lo hagan y que jamás dejen de lado mi cruz. En el otro mundo yo voy a rogar por ustedes, pero no dejen de cumplir la voluntad de este viejo abuelo.

Parecía como si quisiera desahogarse ante la gente y los miraba como queriendo clavar su súplica muy hondo en el alma de los invitados.

— Compadre Iván, deje de lado esa nostalgia, arránquela del pecho. Nosotros siempre los recordaremos. Usted fue siempre un hombre honesto, nunca se metió con nadie, a nadie le melló los terrenos ni los sembrados, a nadie le robó una espiga. ¡Lo que es cierto, es cierto! La gente lo va a recordar siempre y jamás dejará de lado su cruz los días de Semana Santa...

De esta manera, Mijailo tranquilizaba al viejo Iván.

V

— Bueno, señores, ya les dije todo y ahora todo aquél que me aprecie va a brindar conmigo. El sol ya va bajando sobre el cementerio, pero ustedes no han bebido ni una copa conmigo. Mientras esté en mi casa y tenga invitados a mi mesa, voy a beber con ellos. Y aquél que no me odie, lo hará conmigo.

Y empezó la borrachera. Esa borrachera que transforma a los hombres en muchachotes locos. Al poco rato, Iván, completamente ebrio, mandó a llamar a la orquesta para que les tocara a los jóvenes que habían llenado el patio.

— Bailen hasta que tiemble la tierra, bailen lindo, para que no quede ni una hierba en la era...

En la casa todos bebían, todos hablaban y nadie escuchaba. Se hablaba porque sí, por hablar, porque debía decirse algo, obligatoriamente, aunque más no fuera para largar palabras al viento.

— Cuando rasqueteaba a los caballos, éstos quedaban relucientes; los negros relucían como si los hubiesen salpicado de plata, mientras que los blancos, ¡ni que los hubiesen espolvoreado de nieve!... Yo siempre los tenía en orden y hasta el mismo emperador hubiera podido montarlos. ¡Y cuánta plata tenía entonces!...

— Si pudiese ir a parar a un desierto, donde estuviéramos Dios y yo, los dos solitos, andaría como los animales salvajes, con tal de no ver a estos judíos, ni a estos ricachos, ni a estos curas. ¡Entonces sí que sería dueño y señor de mí mismo! ¡Así se hunda la tierra, así se abra ahora mismo! No lo lamentaría. ¡Lamentar qué? Anduvieron maltratando y castigando a nuestros antepasados, los uncían al yugo como a bueyes y a nosotros no nos dan de comer ni siquiera un mendrugo de pan... ¡Oh!... ¡Si todo pudiera ser como yo lo deseo!...

— En la historia no ha habido todavía un cuestor al que le cobrásemos los impuestos. Tuvimos a los checos, tuvimos a los alemanes,

tuvimos a los polacos y m... se llevaron, con el perdón de ustedes; ¡ah!... pero cuando llegaron los mázures, éstos sí que supieron encontrar la pelliza hasta bajo los guindos del huerto, donde uno la había escondido para que no se la llevaran. Lo que les digo, el mázur es una calamidad, es capaz de quemarle a uno los ojos con hierro candente, sin temer el castigo de Dios...

Se habló mucho y de todo, pero estas charlas se desparramaban sin ton ni son, como los árboles a medio podrir en un viejo bosque.

El canto de Iván y del viejo Mijailo se entremezclaba desafinadamente con el barullo, los gritos, el bullicio y la nostálgica alegría del violín. Era uno de esos cantos que a menudo se oyen en las bodas, cuando los viejos cobran entusiasmo y se largan a entonar estribillos de antaño. Las estrofas de la canción salían de sus gargantas a borbotones, como si las gargantas estuviesen llenas de callos, semejantes a los de sus manos rudas. Las palabras se desprendían como hojas marchitas que en otoño el viento arrastra por entre los cascotes de tierra helada, mientras que ellas, deteniéndose a cada instante, deshilachadas, se estremecen ante la muerte.

Iván y Mijailo cantaban aquellas coplas de sus años mozos, años que apenas si pudieron alcanzar sobre el puente de cedro, pero que de ninguna manera querían volver a ellos ni de visita siquiera.

Cuando entonaban una nota alta, se apretaban las manos hasta que crujían las coyunturas y cuando llegaban a un pasaje melancólico, juntaban sus cabezas y se ponían tristes.

Se echaban los brazos al cuello, se besaban, se golpeaban en el pecho y daban puñetazos en la mesa; y había tanta nostalgia en sus voces roncas que al final ya no podían pronunciar nada que no fuera: “¡Ay, hermano Ivanko!...” “¡Mi querido amigo Mijailo!”...

VI

— ¡Oye, papá?... Ya es hora de salir para la estación y usted se puso a cantar como si hubiera que sé yo cuanto tiempo...

Los ojos de Iván, abiertos desmesuradamente y de manera muy estraña, hicieron retroceder a su hijo, pálido de susto. El padre apoyó la frente en sus manos y estuvo cavilando largo rato, recordando algo. Después se levantó de la mesa, se acercó a su mujer y la tomó por la manga.

— ¡En marcha, vieja, en marcha!... ¡Un — dos, un — dos!... ¡Vamos a cambiarnos de ropas, nos vestiremos a lo gran señor y saldremos a señorear!...

Ambos salieron de la habitación.

Cuando volvieron a entrar, todos los presentes rompieron a llorar. Era un llanto semejante a la descarga de una nube de lágrimas, cernida hasta entonces sobre el pueblo; parecía que el dolor humano hubiera roto los diques del Danubio. Las mujeres entrelazaron los brazos para mantenerlos por sobre la cabeza de la vieja Ivanija, como defendiéndola de algo que podría caérsele encima y aplastarla en el lugar. Mijailo, a su vez, había cogido a Iván por las solapas y lo sacudía enloquecido, gritando desafortadamente.

— ¡Si de verdad eres un hacendero, quítate esos trapos de encima!... ¡Si no, te cacheteo como a una ramera!...

Pero Iván ya no miraba para aquel lado. Tomó a la vieja por el cuello y se lanzó a bailar con ella.

— ¡Tócame una polka, como a su señoría!... ¡Tengo dinero!...

La gente quedó clavada en el lugar, en tanto que Iván sacudía a su mujer como no queriéndola soltar viva de entre sus manos.

Entraron corriendo los hijos y los sacaron a la fuerza de la casa.

Ya en el patio, Iván continuó bailando no se sabe qué clase de polka, mientras Ivanija, aferrada al umbral, no hacía más que repetir:

— ¡Mira que gastadito estás!... ¡Cuántas mellas te hice con estos pies!...

Y hacía con la mano señas en el aire, para mostrar la hondura de las huellas que sus pasos habían dejado en el umbral.

VII

Los cercos que bordeaban el camino crujían y caían al suelo. Todo el pueblo salió para despedir a Iván. El marchaba junto a su vieja, todo encorvado, vestido en su traje de paño gris y a cada rato se ponía a bailar la polka.

Solamente cuando todos se detuvieron delante de la cruz que Iván había clavado allá en lo alto de la loma, el hombre se despabiló un poco y señalándosela a su mujer, le dijo:

— ¡Ves, vieja, nuestra crucecita?... Allí está grabado tu nombre. No te asustes, también lo está el mío... El tuyo y el mío.

EL CONSEJO

Poco a poco los consejeros iban llegando al escritorio. Antes de entrar, en el zaguán, cada uno de ellos se sonaba las narices con el faldón de la pelliza terminando de limpiárselas con las palmas de las manos. Hecho esto, los hombres se reunían con los demás. “Gloria a Cristo”—“Eterna sea su gloria”, era el saludo de costumbre, luego de lo cual iban a sentarse sobre el banco que estaba adosado a la pared de la habitación.

Ya había llegado casi la mitad de los consejeros; los de más edad estaban sentados junto a la mesa mientras que los más jóvenes se encontraban un poco más alejados. En un rincón junto a la estufa había una pila de colchones de heno y junto a ellos, una lata negra. El recinto aquél era el hospital. Cuando al médico se le ocurría escribir una o dos veces al año, una carta a la comunidad anunciando que llegaría a la aldea tal y tal día, el alcalde llamaba a Tomá, el policía y le decía:

— Mañana, infeliz, debes poner en orden el escritorio porque llegó una carta avisando que viene el doctor. Friegas un poco el piso, esparces un poco de arena, colocas los colchones sobre el suelo, los cubres con bolsas, echas un

poco de esa agua pestilente por los rincones y con eso le tapamos los ojos. Hay orden de que haya un hospital en caso de cólera y ¡tiene que haberlo!...

Era así que una o dos veces al año el policía transformaba el escritorio del ayuntamiento en hospital. Y cuando los miembros iban llegando para reunirse en Consejo, todos estornudaban y decían: “¡Vaya con el olorcito, como apesta!” Los que habían hecho el servicio militar, opinaban que el médico hacía “reperaciones” y anestesiaba y que por eso sentían cosquilleos en la nariz. Pavló Dziño, sin embargo, se sentía a sus anchas. Siempre cabeceaba en las reuniones. Cuando los consejeros estornudaban, a causa del olor de la adormidera que usaban en el hospital, decían siempre:

— Pavló está flojo de la cabeza, nosotros no hacemos más que estornudar, mientras que él ya está dormido. Hay que decirle al médico que no nos anestesie a los consejeros, de lo contrario las reuniones no nos servirán para nada.

Pavló no se defendía de estas chanzas. Miraba a todos con aire espantado y su rostro se ensombrecía aun más. Cierta vez lo tildaron de “tonto” en una reunión y a partir de entonces, todo el mundo se burlaba de él.

Todos los consejeros ya estaba en su sitio y charlaban pausadamente, con pereza. Cada uno se había instalado como le era más cómodo y según su costumbre. Iván Pavluk, el que más cerca de la mesa estaba, era el más anciano de los presentes; inclinado hacia adelante, apoyado sobre su propia barriga, con las manos juntas como en un rezo y metidas entre las rodillas,

escupía a cada rato y movía su pipa de un lugar a otro. Las palmas, la nariz y las rodillas se hallaban en ameno vecindario. Sentado así, discurría sobre las ferias:

— ¡Déjenme tranquilo con las ferias de hoy en día!... Los judíos y los hacendados se adueñaron de todo. ¿Quién es el que vende? El judío... ¿Quién es el que compra? El señor... En cuanto a la gente pobre, de vez en cuando vende algo grande. Algún ternero o alguna vaquita puede ser que vendan, pero lo que es bueyes... ¡Son cosa rara!

— ¡Todos andan en aprietos!... Cada uno conjetura que si compra un novillito, si lo cuida, si le echa un poco de afrecho caliente y le da unas calabazas, entonces tendrá algo para los gastos... ¡Se ha hecho difícil vivir!... La verdad es que se está mal. Hace mucho tiempo atrás, los curas se desgañitaban para que el pueblo no bebiera, no despilfarrara sus bienes y ahora... ¿ven? la gente no bebe, no gasta, pero igual no tiene ni un cobre. El pueblo está en la miseria y hasta para Pascuas raro es aquél que tenga un pedazo de tocino. Les juro que cuesta mucho juntar unas monedas.

— Todo fue trocado en pagarés. Hasta el ganado era completamente distinto, no como el de hoy. Ahora todos los animales son overos, tiroleses, mientras que antes eran albinos. No hace mucho que soy propietario, pero tengo memoria que mi mujer trajo por dote dos bueyes blancos como la nieve y con unas astas que no entraban por el portón. Y trotaban como si fuesen caballos. Cuando iba para la ciudad hasta tenía que frenarlos. Dicen que aquel ganado era

húngaro, como ahora andan diciendo que los de hoy son tiroleses. ¡Entonces sí que estaba barato el ganado!... ¡Ni qué decir!...

— Se vendía barato y barato se compraba, pero igual era más fácil vivir. Y no sólo el ganado vacuno cambió, ¿acaso antes había cerdos como éstos? Los había de toda clase y color: los de cerdas luengas y patas largas y fuertes, mientras los de hoy son nada más que lisos y blancos. Cuando te metes en el mercado de los cochinos, aquello parece una alfombra sembrada de flores blancas. Los únicos que se pasean entre ellos son los barrigudos polacos de Mazowsze.

— El asunto es que son varios los tipos. ¿Acaso toda la gente es igual?... No hace mucho estuve en Kolomía y de repente veo que se me viene encima algo parecido a un diablo, que Dios me perdone. Todo negro, la cara y las manos. Entonces pensé: Si se llega a parar a media noche en mitad de algún puente, habría que santiguarse en cuanto pasara y alumbrarle el camino. ¡Por Dios, que sí!... Cierta judiíta me dijo que gente así vive bajo el sol.

— Es muy cierto que tipos y clases hay muchas. Cuando mi Vasil estaba en Viena sirviendo en el ejército, dice que allí había unos chanchos a los que no se les veían ni las orejas, ni el hocico ni las patas. Eran puro cuerpo...

— En el mundo hay de todo, pero miseria es lo que más hay...

La conversación decayó porque acababa de llegar el alcalde.

— ¿Qué es lo que hay de nuevo por la ciudad, mi alcalde?

— Si uno tiene dinero, en la ciudad se vive bien... Los señores ni bien llegan al restaurante, beben y comen de lo mejor y tienen dinero en los bolsillos. ¡Oh, si uno se pudiera convertir en señor aunque sea por una semanita!...— dijo suspirando el alcalde.

— Según en qué señor. Porque los hay quienes duermen sobre la paja y se rascan los piojos con los dientes, como los perros. Por encima mucho chaleco y por debajo ni camisa tienen. ¡Apenas si se tapan con una servilleta y ya creen estar vestidos!... Más de uno anda tan muerto de hambre que comería galletas de orujo — dijo Prots, quien hacía mucho tiempo que servía en la hacienda.

— También estuve en lo del secretario por el asunto de las tierras de pastoreo. Entre el montón de pavadas que estuvo diciendo, me recomendó que la gente de la aldea deje de recibir tanto periódico por correo. Dice que eso es puro engaño ya que los paisanos son muchos y alcanza con que uno de cada veinte pague un leu por periódico, para que eso se convierta en un platal llovido del cielo. Un señorito de esos —dice— se pone a escribir, por que sí no más, larga humo para nublar la vista, adornándolo y lustrándolo y el idiota del paisano les cree, lee toda esa mentira y se relame de gusto pensando que van a repartir entre los pobres, los campos de los hacendados.

— Y usted, con seguridad, no protestó y lo apoyó en todo, ¿verdad? — le preguntó de sope-tón el joven consejero Petró Antóniv.

— ¡No, que esperanza!... Me iría a trenzar con él para defender a un miserable de esos

que andan embaucando a la gente... Bien lo decía el cura de Grushev, que el pueblo se deja engañar por cualquier presidiario. Después, cuando llega el momento de responder, ellos se esfuman y el pueblo, imbécil, va a parar a la cárcel. ¿Acaso fueron pocos los lastimados y apaleados?... A mí no me gusta que me restriguen las cosas por las narices. ¿Acaso alguna vez engañé a la comunidad o la traicioné?... ¿Acaso yo hago fuerza para que me elijan?... Elijan al que les dé la gana, que yo no me meto.

— ¡Vaya si se metería!... Pero es que nosotros le gritamos: ¡un momento!... Y si pudiese, acomodaría a todos los suyos — le replicó Petró Antóniv.

— ¡Cállate!... — vociferó el alcalde — porque si no lo haces, te mando a encadenar, mocososo de porquería... ¡Mírenlo, señores, me trata como si hubiéramos comido del mismo plato!...

— ¡No se propase, porque usted nunca me limpió los mocos y en cuanto a lo que le digo, puede ponerse de acuerdo conmigo como lo hizo con el secretario!

La discusión subía de tono y podía terminar en pelea, por eso se entrometió el viejo Iván:

— ¡Petró, infeliz, no te encocores como un gallo! Tú bien sabes que los jóvenes deben hacerle caso siempre a los mayores. Hay gente que no le tiene miedo a nada y hay otros que le tienen miedo a todo. Yo mismo, señores, siempre estuve y estaré con la comunidad, pero les juro por Dios, que esta vez no hubiera venido a la reunión. No hace mucho, a principios de otoño, estuve en la ciudad. Por allá me encontré con el guardabosque, quien me dijo: “Vayamos a la

reunión y usted verá aunque sea a la vejez, como se asocian los campesinos.” A lo que yo le respondí: “¡Por Dios, que por las buenas no iré!... Está muy bien que se unan, yo no tengo nada en contra, porque según dicen, la comunidad es un coloso, pero igual yo no quiero ir.” Y agregué: me hice hombre, me puse viejo y canoso y nunca pisé la cárcel. ¿Para qué necesito ahora pasar esa vergüenza? Ya me parece estar viendo a los chicos del pueblo señalándome... ¡Miren!... ¡Miren, ahí va el tío Iván, aquel que estuvo en la cárcel!... ¡No iré, caray, no iré, ya se lo dije! Mi Mikola concurre a esas reuniones, pero yo no iré...

Barruntando de esta manera, el viejo Iván logró apaciguar la disputa. Pero la atmósfera quedó cargada de rencor.

— Nosotros meta charlar y charlar y usted, alcalde, no nos dice para qué nos llamó — dijo Iván tratando de impedir que se renovara la rencilla.

— En cuanto consiga lo que necesito, no los voy a reunir más. Me río del gobierno. Que manden no más, los mocosos...

— ¡Hola!... ¿Y usted piensa que no vamos a encontrar otro alcalde?... ¡Pero si nuestro pueblo puede abastecer de alcaldes cien leguas a la redonda!... — le acicateaba Petró.

— ¡Atención!... El hermano diácono tiene que decirles algo — dijo el alcalde.

Y el diácono de la iglesia, comenzó a hablar.

— Ya no recuerdo si fue el jueves o el viernes, que vino a mi casa el chiquillo del escribiente. “Si supiera, tío — me dijo — acabo de ver

como la vieja Romaneja se llevó una tabla del patio de la iglesia." Al día siguiente fui hasta el lugar y ¡justo!, faltaba una. Era una de esas que habían quedado del campanario. Es cierto que las tablas esas ya no sirven para nada pues están todas podridas, ¿pero es que se pueden robar los bienes de la iglesia?... Además, que una mujer de su edad se haga la desentendida... Enseguida me fui corriendo a lo del señor cura y se lo conté todo y el Padre me encomendó que diese aviso al Consejo, pues, ¿dónde se ha visto robarle a la iglesia?... Si lo robado fuese mío, ¡maldito sea!, yo no diría nada, pero cuando se trata de los bienes de la iglesia, ¡hay que defenderlos!...

Todos callaban. ¿Quién hubiera pensado que la vieja Romaneja era una ladrona? Nunca se había oído hablar en el pueblo de que ella hubiera hurtado algo.

Al instante se presentó Romaneja. Vieja, andrajosa, de rostro morado. Se detuvo junto a la puerta y con voz llorosa, comenzó a hablar atropelladamente.

— ¡Sí, señores, yo robé la tabla!... ¡La robé para que sepan como mi hijo me cuida en la vejez!... ¡Ni una brizna de paja tengo para encender la lumbre!... Me la paso sobre el horno, muriéndome de frío. Le coso y le hilo a todo el pueblo y los dedos se me entumecen. Mis ojos se llenan de lagañas. Todo lo que gano cosiendo se me va en comida y no me queda un céntimo para comprar leña. Toda la casa le cedí a mi hijo, me dejé un rinconcito no más, pero él ni siquiera una vez al mes viene a verme. Si por lo menos entrara y me dijera: ¿cómo estás,

bruja o demonio?... Pero no, ni se aparece siquiera...

— Pero, ¿robarle a la iglesia!?... Piense que sus días ya no son tantos y cuando tenga que irse para el otro mundo, tendrá que ofrendar algo. Usted ya es vieja y no la vamos a encarcelar ni castigar. Pero eso sí, tendrá que dar su óbolo, un leu para la iglesia. Vaya con Dios y que yo no vuelva a oír que anda robando algo...— sentenció el alcalde.

La Romaneja gritó como una escaldada.

— ¡Ay, señor alcaldito!... ¿De dónde saco yo un leu?... ¿De dónde?... ¡Ni que me muera, podré conseguir un leu!... ¿De dónde? ¿De dónde?...

— Lo juntarás,— fue la respuesta.

Los consejeros callaban. Habían oído decir que la vieja estaba muy en la miseria y sabían que no tenía dinero. ¡Pero había robado, lo que es cierto es cierto, y robó nada menos que a la iglesia!... Estaban prontos a decir que ella fuese pagando de a poco, un sestercio, o dos, cuando me puso a hablar Petró Antóniv.

— Yo propongo, señores, que no se castigue a esta pobre viuda. La iglesia no se hará más rica con el leu de esta pobre mujer. Cuentan que hace muchísimo tiempo atrás, las iglesias se hundían bajo tierra y en ese lugar se formaba un lago profundísimo. Si se pusieran a juntar los lei de las viudas, ganados a costa de tantos sacrificios y los guardarán en los cofres de la iglesia, ningún templo sería capaz de contener las lágrimas de estas desdichadas. Y eso, ¿saben?, no sería justo. En lugar de ayudarle a la vieja, la iglesia quiere sacarle ese mise-

rable leu. Hace poco estuve en su casa para llevarme mi hilado. Entré y en el cuarto hacía más frío que en el establo de la hacienda. En la repisa del horno parpadeaba un quinqué tan chiquito, que la mecha no pasaba del tamaño de un grano de trigo y ese era todo el fuego de la casa. La vieja no hacía más que frotarse los dedos, duros de frío. Por eso pido, señores, que no la obliguen a pagar el leu.

El alcalde miró con rabia a Petró. Los consejeros se sintieron aliviados, como si se hubieran quitado una enorme piedra de encima. Todos comenzaron a hablar a la vez, atropelladamente y cada uno decía que no hacía falta que la vieja pagara. También decidieron llamar al hijo de la vieja mujer y cuando llegó, el abuelo Iván lo increpó de este modo:

— ¡Miren al desgraciado!... Pero si tu madre cuando tenía que ir a trabajar al campo, cargaba contigo... Siempre te guarecía bajo los arbustos, buscando sombra. Ella te lavaba la ropa, te la remendaba, y, ¡cuánto lloró cuando te reclutaron!... ¿Ahora no quieres darle ni una brizna de paja?... ¡Ah, si yo fuera alcalde, ya verías que paliza te daba!..., ¡Te haría arder las nalgas! — le amonestó Iván...

VOLVIENDO DE LA CIUDAD

Un hombre:

— Solamente de tela, quedaron unas cincuenta piezas después de su muerte. Un ricacho como éste, había que buscarlo. Tenía grano sin moler, desde hacía unos diez años atrás. ¡Eso sí que es una fortuna! ¿Y en dinero contante y sonante?... El difunto vendía todos los años un par de bueyes por cuatrocientos lei. ¿Y dónde han ido a parar ese dinero y esas riquezas?... ¿Acaso no se puede averiguar quién se untó las manos con esas monedas?... Se apareció la muerte y hubo que abandonarlo todo.

Más de una vez fuimos a su casa a cantarle villancicos. Cantáramos lo que cantásemos, él siempre salía afuera y nos invitaba a entrar: “Por favor, hermanos, entren; quiero agradecerles muy bien por los villancicos”. Entrábamos al aposento, nos sentaba a todos alrededor de la mesa y nos decía: “Sírvanse de lo que hay, si no fuese viudo, sería mi mujer, que en paz descanse, la que los agasajaría. Ustedes perdonen.” Y él mismo se ponía a servirnos. Sobre la mesa aparecían panes tan grandes como piedras de afilar y tan blancos como la harina candeal. Y el tocino que nos daba, era de unos cuatro dedos de grueso. Hoy ni los car-

niceros tienen nada semejante. Había tanta bebida, que todos quedaban conformes. Ya en tren de comer y beber, nos convidaba como en los casamientos: "Tomen, hermanos, en cuanto se acabe, traigo más. Emborráchense en esta casa." Entonces nosotros bebíamos y nos poníamos a cantar:

...Mucha salud tengas, señor Maxim, el domingo,
El domingo que temprano la verde vid plantaron.
Dicha y salud te deseamos el domingo,
El domingo que temprano la verde vid plantaron.
Honesto, magno, por gracia del Señor, el domingo...

— En cuanto terminábamos de cantar, el dueño brindaba a nuestra salud y se secaba las lágrimas. En vida de mi vieja, —decía— ustedes también le cantaban villancicos, ahora no hay a quién cantarle y ni hay quien le lave las camisas a este pobre diablo. Yo, —decía— no sé contra que rincón darme de cabeza, no sé dónde arrimarme. Cuando él se ponía a hablar de su soledad, ¿saben?, nos hacía saltar las lágrimas. Infinidad de veces estuvimos sentados así, más de tres horas en casa de Maxim. Ocurría que ya nos aprontábamos para salir, pero él no nos dejaba. "En esta casa hay lo qué comer, hay lo qué tomar; como dice la gente, hay pan y hay con qué untarlo; diviértanse mientras pueden, porque de seguro que cuando me muera no van a volver a beber dentro de estas cuatro paredes. Ni bien terminen de enterrarme, mi Timofiy lo despilfarrará todo, hasta el último centavo. Soy viejo, —decía—, y no estoy para mentiras; ustedes son jóvenes, van a vivir

largos años y ya lo verán.” ¡Vaya si se cumplieron las palabras del finado!...

Otro hombre:

— Hace unos días, la sacristana estuvo contando en el campo cuando fueron a zapar, que al difunto no le gustaba ir a la taberna. Dice que solamente una o dos veces al año el hombre se ponía el cinto de cuero, metía en el monedero un billete de a cinco y se largaba para la taberna. Es cierto que no le gustaba ir allí, pero cuando lo hacía, entonces tomaban hasta los bichos de la comarca, bebían hasta aquellos que no querían. Allá por la medianoche volvía a su casa bastante en copas. Era así que todos los vecinos se enteraban de su llegada. A veces se detenía en el portón y se ponía a gritar: “¡Haré un testamento en favor de los huérfanos, de los pobres, pero lo que es a ti, no te dejo nada, ni para que te calces un dedo!” Y se iba a acostar sobre el poyo. Porque cuando andaba borracho jamás entraba en la casa, sino que dormía allí, fuese verano o invierno. Cuentan que era en ese lugar donde le llegaban los aparecidos y le torturaban. Se quejaba y gemía como un animal, después se levantaba de un brinco, salía corriendo y empezaba a dar vueltas alrededor de la casa dando gritos: “¡Ladrones!... ¡Bandidos!... ¿Por qué despilfarran el fruto de mi trabajo?” Y agarraba un palo y se metía a recorrer toda la hacienda; parecía un perro espantando a los malhechores con sus ladridos. Luego, miras, y ya está otra vez en el poyo dormitando. Pero al cabo de un minuto ya se le oye de nuevo, pega unos alaridos que rompen los tímpanos: “¿Eres tú, sarnoso, el que

quieres sacarme la vaca del pesebre?... ¡Te mato aquí mismo!” Y volvía a correr como un loco por la era. Contaba la sacristana, que el pobre hombre se pasaba todita la santa noche a las corridas y que algo lo atormentaba todo el tiempo. Durmiendo sobre el poyo no hacía más que vociferar: “¿Ven?... ¿Ven?... ¡Ya están rematando, ya están poniendo el sello, ya llaman a tambor batiente!” A lo mejor es cierto que en su juventud haya pactado con el diablo. Era medio agorero y entendía de brujerías con el ganado y si no, acuérdense de que sus vacas daban vasijas llenas de leche durante el ordeño...

Un tercero:

— Al poco tiempo de morir Maxim, se me enfermó el muchacho. Fue entonces que pensé: hay que buscar algún remedio. Si se me muere el crío, no sé en qué ni con qué enterrarlo. Y me fui a verla a la curandera, la vieja Kasiánija, para pedirle que salve a mi hijo. Cuando fue preciso llegó la vieja, le dijo un par de exorcismos al chiquillo y luego se sentó a contar las novedades del pueblo. Ustedes saben que ella es como el correo. Anda de casa en casa curioseando y luego chismosea lo que sabe. Así fue que se puso a contarle a mi mujer lo que había pasado con Maxim. Resulta que una semana antes de su muerte, el finado había estado en casa de la curandera. A mi me interesó el caso y me puse a escuchar con atención. La vieja dijo que todavía no había despuntado el día cuando Maxim llegó a su casa. Ella oyó que alguien había hecho chirriar la puerta y se levantó presurosa, creyendo que venían a

buscarla para que ayudara en algún parto. Pero no fue así. En la puerta estaba parado el viejo Maxim, quien le decía: “¿Todavía estás roncando, mujer?... ¡Levántate que ya es de día!” Maxim se sentó en el banco y estaba tan desfigurado que daba miedo mirarlo. Después de un rato, dijo: “Tú eres un poco bruja; descíframe este sueño... Justo a medianoche, soñé que salí al patio y que desde el sur se acercó un negro nubarrón con los bordes azulados. ¡Va a caer granizo —pensé— se van a perder las mieses! Enseguida me volví a la casa, saqué el badil y la pala y los puse en cruz. Ni bien lo hice, veo que por uno de los rincones empieza a brotar agua. Quedé pasmado por la sorpresa. Pero, ¡Santo Dios!... veo que en este rincón, y en aquél, y en el de más allá, en fin, por todos los rincones aparecían pozos y se transformaban en manantiales. Y tuve miedo. Eché un vistazo para el lado de la era y con horror vi que allí también el agua brotaba lo mismo que en los pastizales del bañado. Fui corriendo en busca de otra pala y me puse a cavar cunetas para que el agua bajase al estanque. Pero el agua arrastraba las gavillas, socavaba los establos. Me metí a salvar los haces con tanto empeño que quedé empapado en sudor y fue en ese momento que me desperté... Tú eres un poco adivina, mujer, explícame lo que significa este sueño... ¿Qué significado tienen esos pozos?...” ¡La curandera luego de una pausa, agregó: “Le dije lo que le dije, pero es el caso que a la semana se murió...” ¡Ah, esa bruja le ayudó tanto a Maxim como a mi hijo!... ¡Si me llego a topar con ella, la zurro como a una perra!...

¡Se llevó mi dinero, bebió mi aguardiente, pero al muchacho no lo alivió en nada!... ¡Al tercer día estaba en el ataúd!...

El primer hombre:

— Eso es señal de que el difunto era medio agorero, ya que se cumplió todo lo que había soñado. Ahora bien que pueden brotar manantiales en el patio de su hacienda. No quedó ni una hacina, no hay ganado. Timofiy lo vendió todo. Las riquezas se fueron como arrastradas por el agua.

El segundo hombre:

— Es el caso que en vida el viejo nunca quiso a su hijo y jamás le dijo una palabra cariñosa, por eso cuando su vástago pudo echarle mano a los bienes, armó un entrevero tan grande que ahora ni el mismo demonio puede desenredarlo. Se ligó con los bancos, con no sé que cheques, con los judíos prestamistas y con toda suerte de desgracias. Mientras tanto las espigas se pudren en el campo. Y eso que Timofiy no bebe, simplemente que todo le sale mal. ¡Vaya uno a saber!...

El tercer hombre:

— ¿No oyeron sobre el lío que Timofiy tiene con su mujer? La está acabando. Para peor, llegó una comisión del banco que les planteó: o pagan la hipoteca o les rematan los bienes. Anduvo dando vueltas y más vueltas hasta que terminó por echarle mano a la parte de su esposa. La muy idiota fue a lo del notario y firmó la autorización para la venta de las tierras de su pertenencia. Recibió un pagaré, pero el pape-lucho aquél le está sacando canas verdes.

El primer hombre:

— ¡De verdad que es una idiota!... Es su segunda mujer, además, hijos no tiene... Si el marido se encaprichara por algo, a la pobre no le quedaría otra cosa que vagar por el mundo. Los hijos de la primera le echarían de la casa en un santiamén y entonces, ¿dónde y con qué, iría la desdichada en busca de justicia?

El segundo hombre:

— Parece que ella le dio el documento al hermano y ahora debe pagar, porque le vence el plazo y se las ve negras. La casa se convirtió en un manicomio y ni los bichos quieren vivir en ella. Cuando el marido se enteró en la ciudad de que el pagaré ya estaba allí fue volando a la casa y sin desenganchar los caballos siquiera, entró como una tromba en el cuarto.

— ¿Dónde está el pagaré? — gritó.

— ¡Ay, se lo di a mi hermano!...

— ¿Quién es tu marido, yo o tu hermano?...

— Y empezó a pegarle. La zurró hasta romperle las costillas, porque cuando oyó lo que ella dijo, perdió la razón.

— Pon la cabeza sobre el umbral para que te la corte de un hachazo. ¡Irás a la tumba para festín de los gusanos, yo iré a la horca y las criaturas irán de aguateros a casa de los judíos negociantes!...

Ella no hacía más que rogar e implorar.

— ¡Ah!... ¡Si por lo menos hubiera tenido un hijo contigo!... El día que te llegue a pasar algo, ¿qué voy a hacer yo?... ¿Cacarear en gallinero ajeno?...

— ¡Vas a cacarear como gallina sorda, hasta que no vayas a parar a la tumba!...

Después se acostaron a dormir, él en el borde de la cama, ella arrimada contra la pared. Al cabo de cada hora, se levantaba y golpeaba a la mujer. Cuentan que ella quedó hecha una masa deforme. Por la mañana quiso escaparse, pero el hombre la retuvo, la ató y la empezó a pisotear. Parecía estar amasando arcilla. ¡Dios me libre y guarde de cosa semejante!...
El tercer hombre:

— El hombre se volvió loco y basta. Después la desató, le dijo que se endomingara porque irían a la iglesia. El hereje la llevó casi a la rastra, así, toda magullada, al pueblo vecino. Dice la gente, que cuando en el templo ella se quitó la zamarra, vieron que tenía la blusa toda ensangrentada. Las mujeres la rodearon y comenzaron a preguntarle lo que había pasado. Y la infeliz rompió a llorar. Todos los feligreses la miraban como si fuese alguna imagen pasmosa. Timofiy no aguantó más, saltó del banco y le dijo: “Mujer, ¡márchate a casa!” Así fue como rezaron la misa. Sólo Dios es testigo de como hicieron juntos el camino de vuelta...

El primer hombre:

— Por todos lados la gente se despeña, como si alguien les empujase en el borde de un precipicio.

El segundo hombre:

— Miren que el finado Maxim barruntaba algo en estas cosas. ¿Ven?... Los pozos agujerearon su fortuna y la espalda de la nuera se llenó de manantiales...

El tercer hombre:

— Para mí, que entendía tanto como noso-

tros... ¿Acaso no perdimos nuestras propiedades?... ¿O es que Maxim fue el único? ¿Para qué ir más lejos?... Su padre tenía campos y bueyes, y usted, ¿qué es ahora?... ¡Un bracero!...

El segundo hombre:

— Tenía, sí, pero... ¿Cuándo se acabará todo esto?... ¿Cuándo?... ¿Cuándo?... ¿Cuán-do?...

— ¿Ven?... Ya vamos entrando al pueblo. Dale que dale a la sin hueso, patatín, patatán y ya llegamos al pago. Habla que te habla, las pobres piernas marchan. Digan, ¿ustedes adonde van mañana?...

El primer hombre:

— ¿Yo?... A la hacienda.

El segundo:

— Yo a lo del sarnoso Srulkó, ¡qué lo parta un rayo!... Todavía tengo que pagarle las deudas del verano.

El tercero:

— Y yo a lo del cura...

NOCHEBUENA

Morada de frío, la vieja se hallaba sobre el horno apagado, en medio de un montón de harapos, dando cabezadas contra la pared, sin parar. Su hijo se había sentado en el poyo del horno.

— Aunque me vendiese, igual no tendría de dónde conseguirle leña; y si la robo, me meten preso. Quédese allí sentada, arrebújese de alguna manera en esos trapos y espere a que llegue el calor. Mis críos son muy pequeños aun y con estos fríos, los pobres se me están congelando. Mire, aquí le traje un poco de pan, unos tragos de aguardiente y una camisa de lienzo blanco, así pasa las fiestas como Dios manda. A lo mejor los vecinos todavía le traen algo. Pare de dar cabezazos contra la pared, porque igual no va a sacar nada de allí.

— Lo que pasa, hijo, es que no puedo aguantar semejantes heladas. El frío me cala hasta los huesos. Si me doy contra la pared es para no quedarme congelada.

— ¿Sigue con las piernas hinchadas?

— ¡Ay!, las tengo como morcillas, no las puedo mover ni doblar.

Y mostróle sus piernas moradas, lisas como madera lustrada.

— Por las noches ya no puedo dormir. Se me hacen tan largas, pero tan largas, que parecieran ser diez noches amontonadas en una sola. Me rezo todos los padrenuestros, repaso en mi memoria todos los recuerdos, hasta aquellos lejanos, lejanos... de mi más tierna infancia, pero no hay manera de que llegue la luz del día. ¡Qué doloroso es estar sola en esta covacha helada!...

— A lo mejor Dios, que es misericordioso, se apiada de usted y no la hace sufrir mucho tiempo ni permite que se clave en el lecho, pudriéndose poco a poco. ¡Ojalá la lleve a su reino lo más rápido posible!...

— ¡Ay, hijito del alma, si supieras como espero a la muerte! ¡Cómo a una madre la espero!... Por las noches no hago más que atisbar los rincones de la casa para ver si se me aparece, porque según cuentan, si uno la llega a ver, entonces ya no tarda en venir. Pero es inútil. No se me aparece.

— No se preocupe, ya llegará quien sabe cuando. ¡Oh! Afuera están los caballos. Vamos, quítese esa ropa sucia y deje que le ponga esta camisa limpia.

— ¡Hijito, voy a sentir frío si me vistes con la camisa blanca! Me contenta el haber calentado la que tengo puesta, y como dijo un fulano, le estoy agradecida a los piojos que andan caminando por mi cuerpo, pues siento un calorcito en el pellejo, cada vez que me pican en algún lugar.

— ¡Eh!... ¡Déjese de chocheras! ¡No es para estar piojosa en Navidad!...

Comenzó a vestir a la madre.

— No está lejano mi día. Los huesos parecen pinchos saliéndose del cuero. ¡Ojalá sea pronto!...

— ¡Felices fiestas, madre!

— Ve, vete, hijo. Debes cumplir con tus obligaciones en lo del amo.

La pobre temblaba de frío sobre el horno y daba cabezazos contra la pared.

— ¡Qué bueno es mi mozo! Siempre viene a verme. Nunca lo olvida. Y no se avergüenza de que su madre anda mendigando con una bolsa al hombro. Bendito seas, hijo, que la suerte te acompañe.

Y con la mano, hizo la señal de la cruz. Contenta de tener un hijo tan bueno, suavizó los golpes que daba con su cabeza contra la pared.

— ¡Gloria a Cristo!

— ¡Eterna sea su gloria!

— Aquí le traigo, abuela, un poco de trigo dulzón y unos bizcochos para que rece un padrenuestro por mi María.

— ¡Dios la perdone!... ¡Pobre de ti!... Enseguidita rezo el padrenuestro por el alma de tu María.

La anciana comenzó a santiguarse con su mano débil y sarmentosa.

— ¡Gloria a Jesús!

— ¡Eterna sea su gloria!

— Aquí le traigo, doña, unas empanadas para que diga un padrenuestro por la finadita, mi primera esposa.

— Que Dios te perdone, Andriy. Ahora no más lo digo por tu Katerina.

Sus rezos eran un susurro.

— ¡Gloria a Cristo!

— ¡Eterna sea su gloria!

— Aquí le traigo unos pescaditos, abuela, para que usted haga votos, por la paz de nuestra madrecita. La gente ya se ha puesto a festejar la Nochebuena, pero a nosotros nos parece que todavía tenemos a la finada en casa, tendida sobre el banco. No hacemos más que llorar. En la Nochebuena pasada, fue ella quien nos preparó la cena.

— Cálmense, huerfanitas; yo haré los votos por mamá.

La niña salió llorando de la casa; la viejecita sopló el polvo que había sobre el poyo del horno y entre besos fervientes dados al suelo, oró sus oraciones.

La gente le había traído muchas escudillas.

Caía la tarde velando la vista con su oscuridad y la anciana ya no se distinguía sobre el horno. Tan solo bajaban desde allí sus rezos y se desparramaban por el cuarto.

Las ramas del peral chocaban contra la ventana haciendo temblar los cristales.

— Cántame un villancico, peralito, cántame tú, porque nadie vendrá a cantármelo esta Nochebuena, sólo tú... sólo tú...

En sus manos apretaba una botellita de aguardiente.

— Mientras yo me voy tomando esta agüita fuerte, tú entóname un lindo villancico de Navidad. Y también uno para mi hijo, porque él no se avergüenza de su madre.

Se puso a beber.

— Si no fuera por él, recién me encontrarían para la primavera, cuando ya el olor a podrido llegase hasta la calle.

Volvió a apurar unos tragos.

— A ver peralito, cántame aquel villancico, el de las mujeres, aquel que dice:

Reinó una alegría inusitada:
una brillante estrella alumbró la morada...

Con la voz quebrándose a cada rato, la anciana cantó todo el villancico.

— En este momento está cantando todo el mundo, toda la gente festeja la Nochebuena y entona villancicos. Yo estoy sola con el peralito. Quedamos nosotros dos, los dos solitos. Ahora vamos a cantar uno antiguo, antiguo... para mi Mitró:

Que tengas dicha y salud te deseo, sopló
la brisa y al arce inclinó suavemente...

Se desgañitaba como si la estuviesen desollando.

— Este es el villancico que gustaba cantar mi viejo. ¿Ves, viejo? Tomo, canto y me divierto sin ti. Tu peralito me hace compañía. ¡Ay, ay!... Ya no festejo la Nochebuena contigo, ¡no...! ¡Ya no soy más tu señora...!

Siguió bebiendo.

— No, ya no lo soy. Cuando me quedé sin ti, me di mañas para vivir sola. Cosí unas bolsas y salí a mendigar por el mundo. Al franquear el umbral de tu casa para salir a pedir

limosna, en ese mismo momento dejé de ser tu señora. No podía ser de otro modo.

Volvió a beber.

— Pero el día que salí por primera vez con la bolsa, ¿sabes, Mijailik?... sentí como que algo se hubiera movido en tu tumba. En aquel minuto tuve vergüenza hasta de la luz del sol y volví para la casa. Una vez adentro, me recé todas las plegarias, hasta aquéllas que tenía olvidadas desde hacía mucho tiempo. ¿Te das cuenta la clase de señora que dejaste al morir?

Volvió a beber otro poco.

— Hoy ya me conocen todos los perros de la comarca y yo los espanto con tu bastón. ¿Crees que hice mal? ¡No! Con el pan de la limosna pude criar a tu hijo. Y ahora es él quien me trae de comer, me viste, no se avergüenza de mí. Por él, Dios debiera perdonarte todas las culpas. Por él, no más ¿Oyes, viejo? Porque lo que es por tu mujer, ninguna gracia esperes del Señor.

Acabó por embriagarse.

— ¡Mira que borracha estoy, viejo, estoy echa una basura!... ¡Qué contento te pondrías si me vieras en este momento!... ¡Cómo me azotarías!... ¡Qué paliza me darías!... Me agarrarías por las crenchas y doblándome en dos, meterías mi cabeza entre tus rodillas para pegarle mejor a esta pedigüeña, que con sus malditas bolsas arrastró tu honra por el suelo. ¡Dale fuerte a esta ramera, zúrrala para que no acarree más a tu casa estos asquerosos mendrugos pordioseros!

Terminó de vaciar el resto de la botella.

— ¡Aprieta fuerte, no le aflojes las trenzas,

azota bien a tu señora, castiga a esta vieja...!

Y empezó a dar terribles cabezazos contra la pared, como si hubiese perdido la razón.

— ¡Así!... ¡Así no más!... ¡Viva la bolsa limosnera!...

SOLILOQUIO

Puso el rastrillo a un lado, luego se sentó en el lindero del campo, encendió la pipa y en su cabeza se amontonaron los recuerdos desplazándose entre sí. Más tarde, comenzó a hablar en voz alta, a los cuatro vientos.

— Voy a descansar un poco aquí, con tranquilidad, porque ni bien se aparece el abuelo por casa, enseguida le encuentran trabajo. La nuera, ¡qué Dios le conserve la salud!... no termina de darse vuelta que ya se pone a rezongar: “¡No se esté allí sentado!...”

— Dios, que está en los cielos, bien ve que apenas si puedo arrastrar los pies. Mis manos están hechas unas rasquetas, hace un mes que no me afeito y ya perdí la cuenta de cuando fui a misa... ¡Y con qué ropa he de ir, si me la han quitado toda?

La voz del abuelo fue rodando por el lindero y se extendió por el campo. Todo el mundo se daba vueltas para mirar al anciano. Aquél no cesaba de quejarse.

— ¡Ah, los hijos de hoy!... Pero yo, gracias a Dios, todavía no estoy chocho, me acuerdo muy bien de la conversación que tuvimos en lo del notario. Era un señorito delgadito, de barbita, que le decía así a mi hijo: “Mientras viva el abuelo, debes darle cama para que duerma y

descanse hasta que despunte el día. Cuando se muera y lo entierren, entonces tú puedes pasar de tu catre a su cama. La abuela ha de estar en su rinconcito sobre el horno y déjenla que se caliente, que rece. Recién cuando haya lanzado el último suspiro, esté bañada y con los brazos en cruz, la nuera puede ocupar el lugar de la anciana en el horno, porque éste ya le pertenece”.

El viento otoñal jugueteaba con los cabellos canos del viejo abuelo.

— Pero si el notario pasase por casa cualquier noche de éstas, vería a mi hijo acostado en la cama, a la nuera sobre el horno y a mí con la vieja, tirados en el suelo sobre un montón de paja. ¿Acaso eso es justo?... ¿Dónde está Dios?... Lo que pasa es que ellos ya no creen en Dios... ¡Ay!... Ya no creen en él...

Y movía la cabeza como negando que los jóvenes tuviesen un Dios.

— ¡Revienten, viejos, que nos da lástima de la cama y la comida!... Se toman todita la leche, se comen todito el queso y nosotros, igual que cachorros, nos quedamos con las ganas y mirándolos. Y pensar que yo les entregué todo: les di una vaca, les di ovejas, les di el arado, les di todo, todito. Hice lo que acostumbra hacer la gente. Y hoy nos salen con que ya somos viejitos, enclenques para el trabajo y que por eso tenemos que comer poquito. Eso es lo que nos dicen nuestros propios hijos...

La voz del viejo se quebró y el abuelo interrumpió el soliloquio.

— Y nos han de enterrar como a los perros. Por Dios, que ni las botas nos van a calzar...

Una bandada de cigüeñas se posó en los juncos agitando ruidosamente las alas, con lo que asustaron al viejo. Las aves se aprontaban a emigrar hacia países más cálidos.

— ¡Ajá, ya se nos vino el otoño!... Un poquito más y encima tenemos a la Navidad...

— Mire que son inteligentes estos pájaros, lo único que les hace falta es hablar. En cuanto se encuentran mal, buscan algo mejor. En invierno no hay ranas, además hiela y ellos lo saben de antemano. No son como la gente, que lo poco que le toca vivir se lo tiene que pasar en un mismito lugar...

El viejo se levantó del lindero, guardó la pipa, tomó el rastrillo y rumbeó hacia la casa. Se volvió varias veces para mirar a las cigüeñas. De pronto se detuvo.

-- ¡Ah!... ¿Quién pudiera decirme si las volveremos a ver con la vieja, cuando regresen?... ¡Quién sabe!... En una de esas se muere cualquiera de nosotros y ya nunca más volveremos a ver las cigüeñas...

LA FIRMA

La pequeña Dotsya se paseaba detrás de los paisanos sentados en fila tras una larga mesa, mirando por encima de sus hombros como aquellos estaban aprendiendo a firmar. Cada uno trataba de copiar el modelo que tenía delante suyo. Alumnos de manos torpes, no sabían por dónde empezar para que les saliese mejor. Apoyaban el pecho con tanta fuerza contra la mesa, que ésta chirriaba bajo su peso. El aprendizaje marchaba lentamente y el silencio del cuarto se veía interrumpido de vez en cuando por el chasquido de las lenguas, al meter los hombres la mina de sus lápices de tinta en la boca. Por su parte, la rubiecita Dotsya los iba controlando para ver si escribían bien.

— Toma, Dotsya, mira, ¿qué tal está?...

— Las letras están todavía muy desparejas, como lana sin cardar. Siga escribiendo.

El paisano volvía a meter el lápiz en la boca y empezaba a escribir de nuevo.

— Ven aquí, muchacha, échale un vistazo a la mía, pues va la segunda noche que me paso garabateando y ya me duele el pecho de tanto escribir. A ver, lee lo que he escrito.

— Pavló Lazirenko.

— ¡Justito!... ¡Soy yo!... ¿Y así no más está puesta mi firma que cualquiera puede entenderla?...

— Si sabe leer, ¿por qué no?... Puede entenderla...

Pavló enrojació lleno de satisfacción y no cesaba de mirar la hoja de papel por los cuatro costados.

— Voy a probar de ponerla de nuevo.

Volvió a reclinarsse sobre la mesa, mojando una vez más con saliva la punta del lápiz.

Dotsya se paseaba con mucho aplomo por detrás de los paisanos; desde el horno, su madre la seguía con una mirada atenta y no dejaba de regañar a los muchachos para que no gritasen y se quedaran tranquilos, pues los hombres podían equivocarse de letra.

El viejo Yákov Yarímiv se hallaba sentado sobre un banco y miraba con sumo placer el estudio de los mayores.

No podía aguantar más sin hablar. Se había pasado dos horas enteras sin pronunciar palabra mirando con gran atención las clases y no pudo contenerse más.

— Señores... dejen un poquitín para mañana, porque les va a reventar el pecho.

Los paisanos levantaron la cabeza y parecían aturridos.

— Yo les hice un bien y deben estarme agradecidos; en cuanto a Dotsya, a ella habrá que hacerle un regalito.

— ¿Y a usted, quién le dio esa idea?

— La desgracia es buena consejera.

— ¿Qué desgracia?

— Los cheques.

Y el viejo se puso a contar, por centésima vez, cómo ocurrió aquello.

— Bien saben ustedes que yo no empeñaría la tierra en el Banco para gastármela en tragos. La culpa de todo la tiene la vieja.

— ¿Su vieja?... ¿Cómo?...

— ¡Ah!... Ustedes son jóvenes todavía y aunque están aprendiendo a escribir, veo que no saben nada. Cierta vez salió de la despensa y me dijo: “¿Te das cuenta, viejo, que no hay más harina? Sólo nos quedan un par de escudillas en el costal.”— Después de pensarlo un rato me largué para la ciudad, al Banco Hipotecario, para firmarles un cheque a cambio de un billete de cien... Llegué allí y les conté lo que me pasaba: que se me había terminado el pan, que no tenía con que alimentar a las criaturas y que por eso les pedía, por amor a Dios, que nos tuvieran compasión y que me prestaran los cien que me hacían falta.

— ¿Tienes tierras?

— Está claro, señor, ¿si no quién me prestaría plata?...

— ¿Las tienes a tu nombre?

— A nombre mío.

— ¿Está todo en orden?

— Todito.

— ¿No tienes ninguna deuda?

— Algo le debo a los judíos prestamistas, pero eso ni deuda se puede llamar, apenas una nada. Con los cien que reciba le doy de comer a mis hijos y saldo la cuenta con los judíos.

— Entonces trae un papel sellado y un formulario de hipoteca y llévalos a la sesión.

— ¿Y cuándo tengo que venir a la sesión?

— ¡Mire que son brutos estos paisanos!... ¡Tú no haces falta en la sesión, lo único que debes presentar son los papeles!...

— Perdone, señor, que no lo haya entendido. Los papeles los tengo aquí. Los saqué de debajo de la camisa y se los alargué. Ahí tiene que estar todo —le digo— porque yo siempre guardo juntas todas las escrituras. Como yo de eso no entiendo nada, por lo mismo las tengo todas juntas. El hombre ojeó los papeles, encontró lo que le hacía falta y me dice: “¡Vuelva dentro de una semana!” Estuve unas tres veces, hasta que por fin me dijo que ya habían asignado el préstamo.

— Oiga, viejo, ¿usted sabe firmar?

— ¡De dónde, señor! A la escuela no fui, en el servicio militar no estuve y en ese sentido, soy completamente ciego.

— Entonces el contrato se ha de firmar en lo del Notario.

— ¡Por favor!... ¿Para qué?... Yo hago una marca, pongo una crucecita con mi propia mano y usted firma...

— Así no se puede. En los cheques no se permite poner cruces.

— Entonces me puse a calcular. Si me cobran por la escritura, si me descuentan de antemano el tanto por ciento, si le pago al notario, será poco y nada lo que me quede del billete de cien.

Anduve dando vueltas por la ciudad en busca de garantes y me topé con el zapatero Lapchintsky, el muy ladrón. Ese pillo se la pasa todo el día husmeando por la ciudad. Me paré y comencé a contarle mis apuros.

— El paisano es un idiota —me dijo después de escucharme— durante todo el invierno se está pudriendo en la aldea y no sabe aprovechar el tiempo para aprender a escribir las cuatro letras locas de su apellido.

“A pesar de ser un ladrón toda tu vida y un alcahuete de los judíos, en esto, ¡caray, que tienes razón!” — pensé para mis adentros y seguí de largo.

Traje a los garantes, firmamos en lo del Notario y de los cien que pedí prestados, me descontaron trece lei.

— Voy camino a casa, con los billetes en el bolsillo y las palabras del zapatero no se me salen de la cabeza. Es bien cierto que el muy pícaro es un ladrón, pero en este caso tiene razón. ¿Ven cómo se aprovechan?... Nos despellejan como a animales. Pedí cien ¿y qué es lo que llevé a casa?...

A esta altura del relato, Yáktiv siempre escupía y esta vez hizo lo mismo.

— Todos quieren coima, todos quieren sacar algún provecho y todo eso es porque se ha vuelto difícil la vida. Cada vez se está poniendo más dura...

— Guardé el dinero en el cofre y le dije a Dotsya: “Querida Dotsya, enséñale al abuelo a escribir su nombre, para que este pobre viejo deje de llenarle el buche a los señorones, pues ya están más que llenos. Prefiero comprarte una sayita a ti...”

— Fue así como ella me enseñó a firmar, mientras ustedes hacían correr la bola por el pueblo y se burlaban de este viejo. Ahora les llegó el turno a ustedes de poner la firma en

un cheque porque están en aprietos. Se han venido corriendo a la casa del abuelo, a lo de Dotsya. Ya les mostré lo que hacer para no gastar más plata en balde.

— Ya no la gastaremos —respondían los paisanos— gracias a usted y a Dotsya, nuestra maestraita...

— Sí, pero no se olviden de hacerle cada uno un regalito...

— Seguro... Claro está...

Sentada en el horno, Dotsya estaba radiante de alegría, mientras que su madre esbozaba una sonrisa de satisfacción...

UNA CARTA

A los presos políticos,
en la Nochebuena.

En el cuarto estaba tan claro, que la abuela Gretsija podía ver cada uno de los dedos de Ivanko, en el lugar donde éste se había apoyado contra la pared.

El sol caía, primero sobre el bosque que crecía en la loma frente a la casa e iba dejando en las ramas de los árboles todas sus relucientes piedras preciosas y el bosque, a su vez, proyectaba esos rayos contra las ventanas de la casa.

— ¡Eh, Iván, que yo no te vea más sobre el banco!... ¡Mira lo que hiciste con las paredes!...

Ivanko, correteando del umbral a la mesa y arrastrando un carretel de hilo atado a una hebra, le decía a la abuela:

— No tema, no lo haré más... ¡Se lo juro por Dios, que no lo haré más!...

Al lado de la abuela, encima del horno, estaba sentada la pequeña Mariyka, una chiquilla de trenzas finitas como cola de ratón. “¡Oh, Dios!... ¡Santo Dios!... ¡Qué pesado se hizo el vivir y sin embargo, cuando llegan las fiestas, la gente igual se divierte!”— pensaba la abuela.

El rostro cubierto de arrugas, los labios morados, las manos huesudas, el cabello cano. Así era ella.

— ¡Buela!... Ahí viene el tío Vasel con Mikolai, el hijo de don Semén, ése que estudia en la escuela.

— ¡Quítate del suelo y sube corriendo al horno, junto a la abuela!...

Vasel entró en la casa, acompañado del escolar.

— Madre, ¿qué tiene usted en el horno?... ¿Todo un pesebre de Navidad?... Muchas felicidades y salud tenga usted y que viva largos años entre nosotros — saludó el hijo a su madre, mientras le besaba la mano.

— ¡Ay, hijito!... ¡Si ni pienso en la Navidad!... Queridito, me las paso llorando toditos los santos días, tanto los días de fiesta como los de semana — se lamentaba la abuela y los ojos se le llenaban de lágrimas.

— ¡Y yo que vine para traerles la carta de Fédir que ayer llegó al correo!... Ya mismo se la leerá el hijo de Semén.

— ¿Qué es lo que escribe?... ¿Está sano o anda enfermo?...

Vasel sacó la carta del cinto, se la tendió al escolar y éste comenzó a leerla:

“Querido hermano Vasel y querida mamá: Vayan mis respetos y mis saludos con estas fiestas de Navidad. Les cantaré aquí, desde la cárcel, unos villancicos pero tengo miedo que ellos se pierdan por el bosque y el viento no los lleve hasta las ventanas del hogar”.

La vieja madre estalló en lágrimas, mientras que Vasel permanecía en silencio.

“Aquí, cuando los presos se ponen a cantar, las sudadas paredes se descascaran y hasta el orín se desprende de las rejas. Cuando entonamos los villancicos, los mismos guardianes se ponen a escuchar. ¡Qué triste y horrible es el villancico en el penal!... Justito por la noche me acordé de ellos. Me acordé de cuando los cantaba de niño y de como usted, mamá, le había pedido al padre que me dejase ir a cantarlos y de como más tarde, siendo ya mozos, íbamos con los violines a dar serenatas navideñas. A veces nos plantábamos bajo una ventana. Empezábamos a cantar y el violín se ponía a llorar como una criatura; tomábamos más voz y entonces el violín sonaba con mayor celo. Nunca lo pudimos tapar con nuestros villancicos. Ahora mismo me parece estar oyendo llorar aquel violín lo mismo que lloraba entonces...”

— ¡Ay, hijo de mi alma!... ¡Dejaste huérfanos a los tuyos!... ¡Huerfanitos!...— gemía la abuela.

“¡Oh, madre!... Hay días que siento tanto miedo dentro de estas paredes, que no puedo estar más tiempo acostado solo y me voy a la cama de otro, para no morirme. Cuando me acuerdo de la pobre Nastia que se fue a la tumba por culpa mía y dejó huerfanitas a las criaturas, el corazón se me hace pedazos. Por entre las rejas se ven las estrellas. Yo me paso mirando como detrás de las estrellas grandes van las chicas. Entonces me imagino que la grande es Nastia y ésa que está juntito a ella es Mariyka, la otra, Ivanko y aquélla de más allá, Vasselko...”

— ¡Ay, hijito, no te atormentes así!...—exclamó la anciana como si Fédir, en lugar de haberle escrito, le estuviera hablando en persona.

“Siempre se me presenta el entierro de Nastia. Veo el cajón rumbo al cementerio y detrás de él, van usted, los críos, la gente. Los pendones undulan al viento que parece preguntar: “¿Y dónde está el hombre de esta mujer?”— Y el viejo pendón desflecado le responde: “¡En Stanislav, en la prisión!”

— ¡Ay, lijo mío!... ¡Te han enterrado vivo entre las paredes de esa cárcel!...— suspiró hondo la abuela.

“Yo creí que iba a arrancar de raíces la mentira y resultó que son ellos los que me arrancaron de cuajo, mataron a mi mujer y dejaron desamparadas a mis criaturas. Por eso les pido a los dos, a ti, hermano Vasel y a usted, mamá, que cuiden de mis hijos. No se olviden de lavarles la cabeza todos los sábados y de ponerles la camisa blanca los domingos. Para que no anden sucios y no se los coman los piojos. Y usted, madre, fíjese bien en Mariyka, la más pequeña. Que la pichona no se babee y no llore, porque la baba se mete adentro del pechito. ¿Saben ustedes que cuando un huérfano llora, todos los angelitos también lloran?...”

— ¡Pero si a tus criaturas las peino todos los sábados y toditas las semanas les lavo las camisas; y voy soltando en el agua estas lágrimas de vieja!...— murmuró suspirando la abuela.

“Y tú, hermano Vasel, cuida a mis mocitos.

No los dejes andar desabrigados bajo la lluvia, hazles coser unas chaqueticas. Enséñales el tino de las cosas, como si fuera yo mismo y no les permitas mendigar. Ayúdales a ser buenos amos y diles que no se olviden de su padre y de su madre, porque su padre no fue un reo, sino un hombre de verdad...”

— ¡Ay, Fédir, no permitiré que tus hijos vayan a mendigar!... ¡Los voy a criar como si fuesen míos!...— dijo Vasel.

“Siembren trigo en esa parcela que está a un costado del campo, porque esa tierra es buena, hace poco que la aboné. Traten de que no ofendan a mis chicos, porque tengo el presentimiento que de aquí no saldré jamás. Escribanme todo lo que pasa en casa.

Vayan mis respetos a ti, hermano, a usted, mamá, y a mis hijos.

Fedir”

La abuela lloraba a lágrima viva y con ella los dos chiquillos.

— Toma esta moneda, Ivanko... Tómala y deja de llorar... ¿Oyes lo que dice papá?... Que le hagas caso a la abuela y que no seas pillo...

Diciendo esto, el tío Vasel le dio a Ivanko una moneda nuevecita, reluciente...

LA HORA VESPERTINA

No había manera de quedarse quieto, algo lo hacía ir y venir de un lado a otro. Paseaba por el cuarto. Los muebles, los rincones de la habitación, en fin todo se diluía en la semipenumbra vespertina, mientras en su mente iban delineándose cada vez con mayor nitidez, las remotas imágenes de su pasado.

— Esta es la hora en que los chiquillos salen corriendo de las casas y se ponen a jugar alborozada y nerviosamente en las eras. A esa hora, las muchachas tampoco quieren arrear el ganado para los establos diciendo que es cuando aparece el lucero en el cielo y es entonces que la voz parece corretear por el rocío. Precisamente es la hora en que ellas cantan para que sus voces rueden. En las tardecitas de invierno nuestras madres hilaban los cerros y entonaban las canciones de sus años mozos, pero lo hacían con unas voces tan tristes, como si estuviesen sintiendo nostalgias por su ida juventud. Los chiquillos se reunían en el cuarto, subían al horno y cuchicheaban allí hasta quedar dormidos sin haber cenado siquiera. Maravillosa hora vespertina...

Andaba por la casa y se acariciaba la frente con la mano, como queriendo retener en su

mente todos sus pensamientos para que no se le escaparan, ya que deseaba volver a recordarlos.

— ¿Quién sabe dónde andará?... ¡Era tan buen compañero!... Me acuerdo muy bien de aquel día que estábamos sentados en su jardín. Él hablaba sobre las nubes blancas. Decía que las nubecillas blancas de bordes dorados flotaban por el cielo y dejaban tras de sí una estela de azucenas níveas. Ellas no se detenían, sino que seguían sembrando esas flores sobre el azul del cielo. Al cabo de una hora no había más ni nubes ni azucenas. El cielo se encrespaba como un mar azul. Es cierto que aquel día, él estaba algo triste.

Proseguía caminando y sus ojos irradiaban bondad como los de un niño.

— ¡Oh!... ¡Me olvidé del final! ¡Qué cosa, llegar a olvidarme hasta de las coplas de mamá!... Hasta hace poco, bien que me acordaba. Trataré de recordarlas. Con Mariyka habíamos llevado a pastar las ovejas al prado. Mariyka bordaba las mangas de una blusa. El dibujo era una especie de frijolito rojo con cabito azul. El espacio que quedaba entre los frijoles lo rellenaba con estambres negros. Como Mariyka era mayor que yo, a mí me tocaba cuidar que las ovejas no se dispersaran. En el rebaño había una de cabeza blanca que se metía por cuanto sembrado se presentaba a su paso. Entonces me quité el cinto bordado y le atamos las patas para que no se escapara. Respiramos tranquilos. Con los pantalones flojos, me eché a correr por debajo de los sauces, silbando y gritando a voz de cuello. Más tarde Mariyka me

llamó a comer. Comíamos pan con queso que trajéramos envueltos en hojas frescas...

Otra vez se sentó en el sillón y los recuerdos de sus años infantiles, como entre sueños, lo hacían correr por praderas en flor. ¡Flores! .. Las había tantas, que hubiera podido pasarse todo el día recogién-dolas...

— Después vino mamá. Regresaba del campo después de llevarle la comida a los braceros. Nos dió de beber leche y empezó a inspeccionar la labor de Mariyka. Le recomendó no tomar nunca tres hilos, sino dos, porque de lo contrario los gusanillos saldrían muy rellenos. A mí me amonestó para que no bajase corriendo de la loma, ya que podría ocurrir que me rompiera la camisa o me lastimara la barriga. “Tú, mocito, no andes trotando por el campo como un potro salvaje, quédate sentado con Mariyka, cuidando de las ovejas”. Tirado en el pasto, junto a mi madre, yo no hacía más que patear contra el suelo. Ella me dijo entonces: “¿Será posible que no puedas quedarte ni un minuto quieto?” En ese momento, muy cerquita de nosotros, una cigüeña levantó vuelo hacia el bañado. Mi madre me alzó en brazos, luego me sentó sobre sus rodillas y comenzó a cantar:

No siegues pasto cigüeñita,
El rocío te mojará todita,
Que lo siegue esa gaviota
De gorra ladeada y mota...

Grande fue el esfuerzo para recordar el final de la copla, pero no pudo. Sus pupilas se velaron de tristeza.

— Ya, ya... Mamá volvió para la hacienda y

yo continué correteando hasta el atardecer, sin dejar de perseguir la cigüeña hasta la noche y sin parar de cantar: "No siegues pasto cigüeñita..."

Sus pensamientos se atropellaron como un niño que quiere saltar la acequia y se detiene justo en el borde. Repetía las primeras estrofas del verso y no lograba recordar qué es lo que seguía. Suspiró hondo y el aro de sombra que rodeaba sus ojos se hizo más oscuro.

— ¡Dios del alma!... No hay manera de añadir la hebra rota... Ella había comenzado a romperse hace ya mucho, todavía cuando mamá me lavaba los pies y, rasgando la vieja camisa de mi padre, me los envolvía en peales limpios, en tanto que papá se ocupaba de lustrarme las botas. Ese día lloramos todos, porque a mí me mandaban lejos, a estudiar. Y vagué por el mundo. Doblé el espinazo, como un flexible sarmiento, con tal de obtener un pedazo de pan. Fue allí que sentí clavada en mis espaldas la mirada orgullosa y despectiva de miles y miles de ojos.

Hizo un gesto con la mano como queriendo espantar esos ojos de mirada altanera.

— Volví al hogar después de muchos años. Papá había muerto. Encorvada, doblada en dos casi, viejita, con un bastón en las manos, mi madre se hallaba sentada en el poyo de la casa, calentándose al sol. No me reconoció. Después me saludó y me dijo: "Se nos fue al Cielo nuestra Mariyka, hijito. Yo no te escribí nada para que no te pusieses triste. Antes de morir, no hacía más que preguntar por ti. Y nosotros la engañábamos diciéndole que estabas por llegar

de un momento a otro. El día de su muerte, repetía sin cesar que quería verte, aunque más no fuera por un minuto, detrás de la ventana o en el umbral de la puerta. Y se nos murió no más la pobre.

Así fue rompiéndose la hebra...

Inconscientemente se había puesto a silabear la cancioncilla de su madre: "No siegues pasto cigüeñita..."

— Fuimos con mamá al cementerio. Le costó mucho trabajo llegar hasta allí. "¿Ves, hijo? Ya planté ruda y algunas matas de hierba doncella y también pinté la cruz. Lo que no hice, fue plantar un cerezo, pero lo haré sin falta en otoño". Nos sentamos junto a la tumba y mamá se puso a contarme la desgracia de Mariyka. Su marido era muy mala persona, las criaturas muy chicas aun, en la casa reinaba la miseria. El viento arrancaba las níveas flores de los cerezos haciéndolas caer sobre la tumba y sobre nosotros mismos. Los pétalos, parecían fundirse con los cabellos canos de mi madre y el rocío de las flores, rodar por sus mejillas. Mientras tanto yo me acordaba de cómo pastábamos las ovejas con Mariyka...

Unas lágrimas ardientes cayeron sobre la mesa.

— Más tarde murió mi madre. Su tumba no está lejos de la de Mariyka. Las flores del cerezo de mamá caen sobre la tumba de Mariyka y las del cerezo de Mariyka caen sobre la tumba de mamá. Estuve allí una sola vez. Sentado entre ellas me vino a la memoria la canción de mi madre, aunque sin embargo, no hubo forma de recordarla hasta el final. Luego de estar un

rato, salí del cementerio. Los pétalos de los cerezos volaban tras mío como implorando, haciéndose eco al ruego de mi madre y de mi hermana, a que no me fuera de aquel lugar...

Estuvo largo tiempo aun paseándose por el cuarto, repitiendo inconscientemente en un susurro:

No siegues pasto cigüeñita,
El rocío te mojará todita,
Que lo siegue esa gaviota
De gorra ladeada y mota...

EL CAMINO

— ¡Me voy, madre, me voy!...

— ¡No te vayas, hijo, no te vayas!...

Y se fue, porque ante él se extendía un camino luminoso y largo.

Iba dejando atrás todos los portones, todas las ventanas blancas.

Le tenía un gran apego a su camino, nunca se apartaba de él.

De día era infinito, cual un rayo de sol y por la noche, parecía que todas las estrellas reposaban sobre él.

La tierra florecía y le sonreía al mozo con todas sus flores. El las arrancaba y las iba prendiendo a su abundante cabellera.

Cada una de las flores dejaba caer a sus pies una perla.

Sus ojos rebosaban alegría, su frente estaba despejada, clara como un brocal a la vera de un camino polvoriento.

Fue yendo por el camino hasta que se encontró con gente.

Metida hasta las rodillas en la tierra, esa descomunal muchedumbre caía al suelo y se levantaba.

Con las palmas de sus manos ennegrecidas

enjugaban el sudor de sus frentes y se aferraban a la tierra.

El cansancio los tumbaba; al caer, asfixiaban a sus hijos y rugían de dolor.

Se levantaban y volvían a caer.

Y la noche los echaba a dormir, como piedras, pegados los unos a los otros.

Sus angustiados rostros, vueltos al cielo, semejaban un mar de cabezas enfrentando a un mar de estrellas.

La tierra gemía bajo el latir de sus corazones, mientras que el viento huía más allá de las montañas.

El veía esos rostros y leía el gran canto de combate que ellos entonaban.

De los labios sorbió palabras, de las mentes extrajo ideas y se emborrachó con la pasión de sus corazones. Y cuando el sol nació tinto en sangre, besando los ojos de los hombres a través de sus largas pestañas, el corazón del mozo concebió su himno.

Retumbó en su alma como un fragor tempestuoso, fue arrullador cual una canción de cuna.

Y sintió fuerzas, orgullo. El viento inclinó a sus pies todas las flores.

Siguió marchando hacia adelante, yendo su camino.

Era como una alfombra mullida.

Dejó atrás todos los portones y refulgieron las últimas ventanas blancas.

Y otra vez volvió a ver gente.

Se alzaban como una ola. Delante de ellos se extendía un mar de espigas de oro; detrás de ellos los niños descansaban a la sombra de de los haces.

El sol los quemaba y el hierro de sus hoces parecía llorar entre sus manos.

Tenues celajes policromos flotaban lánguidamente sobre la gente.

Todos lucían níveas camisas, como en las fiestas de Pascua.

Pero de pronto los haces comenzaron a desaparecer, dejando al desamparo a los niños, mientras el fuego se inflamaba en sus rubias cabecitas.

Los hombres se hundían de nuevo en los campos resecos.

El leyó en sus ojos la desesperación y la impotencia.

Sus frentes se fueron cubriendo de surcos apretados. Los labios se les reseocaban y se ponían lívidos. Los corazones se colmaron de hiel.

Y el himno de su alma se volvió amargo, como trigo putrefacto.

Turbios se volvieron sus ojos y se le ensombreció la frente; así se enturbia a veces, el agua de algún pozo a un costado del camino.

Su fuerza y su orgullo se estrellaron contra el suelo.

Se envenenó su alma.

Siguió por su senda como aquel pájaro que no siente ya sus alas.

En medio de un surco fresco, rodeada de un nimbo de luz, se hallaba su amor. Sus huellas purísimas llenaban de regocijo la tierra.

Como un niño sin fuerzas, extendió hacia ella sus brazos.

— ¡Ven!...

— ¡No puedo, porque tú eres veneno!...

Vaciló y cuando acabó de tragar esta amarga sentencia, dejó caer sobre el negro surco jirones de su canto, dando tropezones, continuó yendo hacia adelante. Avanzaba como la sombra de un árbol hueco a la caída del sol.

El camino era oscuro, semejante a esa sensación de oscuridad que siente aquel que perdió la vista.

Cierto día tropezó con la tumba de su madre.

Sollozó sin lágrimas y cayó de bruces.

Posó su frente en la tierra y comenzó a rogarle a la madre que lo llamase como cuando él era un niño.

¡Qué le dijese aunque más no sea una palabrita!

Estuvo rogándole largo rato.

Luego apoyó la cabeza sobre la cruz y sintió que su frío húmedo le recorría el cuerpo.

Tuvo un estremecimiento, besó la tumba y siguió su camino, solitario y sin nombre.

— ¡Oh, Dios!... Suprime lo que me queda de camino, porque no puedo proseguir más.

Y rodaba de tumba en tumba como los cardos de otoño.

Recién al franquear cien tumbas, la ciento una resultó ser la suya.

Se reclinó sobre ella como lo había hecho tantas veces y mucho tiempo atrás, sobre el regazo de su madre...

SON OTROS LOS TIEMPOS

Los tres han muerto ya. Hace tiempo que florecen y dan fruto los cerezos plantados en sus tumbas y las cruces clavadas en la cabecera se han inclinado con los años. Hace mucho que los tres murieron. El abuelo Dmitró, la vieja Dmitrija y el sacristán Bazo.

El abuelo Dmitró instaló a sus cuatro hijos en tierra propia. Los instaló y se quedó solo en la vieja casona. Bueno, solo no, pues con él estaban su mujer, los bueyes, la vaca y algunas áreas de campo. El viejo atendía el patio, la vieja se ocupaba de los quehaceres de la casa, los hijos sembraban los campos y los pobres les recogían las cosechas a cambio de un tercio del diezmo. El viejo cuidaba los bueyes, les daba de beber, los rasqueteaba, barría el establo con el mismo cuidado que al patio y arrancaba los cardos que crecían entre las estacas del cerco. Pero su principal faena cotidiana, consistía en subir al altillo del establo y cambiar de un lugar a otro arados y yugos ya en desuso, viejas rastras y escaleras; en sus cincuenta años de propietario, allí se le habían juntado muchos enseres de madera. Y siempre bajaba algo del altillo y lo llevaba a la rastra hasta el césped que crecía delante de la casa. Allí lo inspeccionaba, lo probaba y lo reparaba si era preciso. Esta era

su faena predilecta. Aquellos enseres le recordaban su trabajo de antaño y por eso les había tomado tanto cariño. Si no se le veía rasquear los bueyes, con toda seguridad estaba arreglando algún viejo yugo o algún viejo arado.

Criaba sus bueyes por espacio de tres años. Después los llevaba al mercado del pueblo. Los vendía a un precio de cuatrocientas coronas y luego compraba otros bueyes, unos bueyes jóvenes, por doscientas. Las doscientas coronas de diferencia las ponía en la libreta de impuestos y guardaba ésta en el cofre.

El grano no lo molía enseguida sino que luego de varias cosechas y era por eso que tenía el patio repleto de gavillas. Las gavillas más viejas ya estaban negras, luego les seguían las gavillas grises, después las grisáceas, las del año anterior lucían blancas y únicamente las de la presente cosecha eran amarillas como la cera.

Todos los meses inspeccionaba las gavillas para cerciorarse de que no las habían roído los ratones o para ver si no se habían picado los granos. Sacaba de cada una de las gavillas un puñado de espigas, las olía y buscaba si las pániculas no estaban pulverizadas. Si debido al mal estado de conservación, había que moler de inmediato, en el acto llamaba a los trilladores y una nueva porción de dinero iba a parar a la libreta de impuestos y ésta a su vez, era guardada bajo llave.

A misa concurría domingo por medio. En las demás fiestas de guardar, se turnaba con su mujer; por ejemplo, cuando ella iba para la Anunciación, él lo hacía para la Nochebuena;

cuando ella asistía en Navidad, él lo hacía para Pascuas. El domingo que le tocaba ir, subía al desván de la casa y bajaba de allí un par de botas grandísimas y varios pares más pequeños. Las grandes eran suyas, las de sus años mozos, aquéllas que había usado el día de su casamiento y en los primeros años de su heredad; las pequeñas habían pertenecido a sus hijos, cuando aquellos aun eran niños. Se sentaba sobre el poyo de la casa con ese montón de botas, les quitaba el polvo con un trapo y luego las embetunaba. Se calzaba las suyas y a las demás las ponía en hilera, al sol, para que el betún impregnara mejor el cuero. Al salir de la casa siempre le encargaba a la vieja que aparte de rasquetear a los bueyes, no olvidara de echarle de vez en cuando un vistazo a las botas, porque el perro las podría arrastrar a cualquier parte. Ya en la iglesia, hacía sus votos y reverencias frente al altar, echaba en la bandeja algunas monedas mohosas y, sudoroso, salía junto con la gente.

— Abuelo, usted se va a olvidar de hablar — decían los vecinos.

— Algunos de mis coetáneos han muerto, a otros se los llevó la guerra, yo no tengo con quien hablar.

De vuelta a su casa, comía pan con ajo, también tocino, si no había vigilia. En la despensa tenía tres barricas con tocino: una barrica añeja, de tres años, con un tocino amarillo y blando como la mantequilla, era la del abuelo; otra de dos años, con un tocino de color blanco, apenas amarillento, era la de la abuela y por último, la barrica del año corriente, con un

tocino blanco como el papel, era la barrica de los hijos, porque a los pequeños les gustaba el tocino fresco. Terminado el almuerzo, el viejo iba a ver a los bueyes, tiraba las botas al desván y marchábase a dormir bajo el guindo. Así transcurría la vida tranquila y calma de aquel hombre. Nunca le dolieron las muelas ni le aquejó ningún mal y jamás consultó a ninguna curandera.

La vieja Dmitrija, más que mujer era una chispa. Le encantaba conversar, charlar de la mañana a la noche y sin ello no podía comer ni dormir. Sin embargo, ella apenas si se acercaba al marido. Este callaba constantemente y las veces que ella intentaba decirle una palabra, el viejo abandonaba la rastra o los aparejos que tenía en las manos y escapaba de la casa.

— ¿Qué es lo que habrá pensado este viejo espantapájaros? ¿Que a lo mejor quiero besarlo?

Echaba un escupitajo y salía hasta el portón o iba al estanque para ver si encontraba alguna mujer gustosa de charlar un rato. Recién entonces el viejo volvía a su trabajo, murmurando con enojo;

— Se ha puesto vieja a ojos vista. La cara como cuero de bota usada, el cabello blanco como la leche, sin embargo la lengua no se le envejeció. Es capaz de darle a la sin hueso durante todo el día, sin parar siquiera un minuto y por si fuese poco, continuar hablando en sueños también...

A la vieja, Dios no le quiso dar una hija mujer. De joven no perdía las esperanzas de tenerla y por eso le iba preparando el ajuar y la dote. No la tuvo nunca y como había hilado

y bordado tanto, los estantes se doblaban bajo el peso de las telas y los tapices. Más de una vez el viejo preguntaba con rabia, para quién se la pasaba ella cosiendo y tejiendo semejante cantidad de ropa.

— Mira, viejo, no me hables. No me digas nada. Es mejor que te vayas, porque de lo contrario agarro esos cachivaches tuyos, apolillados ya, que tienes en el altillo y te los quemo. ¡Ni bien me toques algo de estos estantes, te juro que tus arados y tus carros van a parar al fuego!...

El viejo se encogía como un gorrioncito y escapaba de allí. ¿Acaso podía él, llegar alguna vez a un común acuerdo con su mujer? La vieja se sentaba frente a la estantería y comenzaba su soliloquio:

— En cada estante hay igual cantidad de lo mismo; en este, en aquél y en el de más allá. Mis nueras pueden elegir la pila que quieran, ya que todas son iguales. En cuanto a la quinta, ¡ah!, ésa es la de la iglesia, para que al viejo y a mí nos dé los santos sacramentos. ¡El estante de la iglesia que no me lo toque nadie porque soy capaz de cortarle las manos a la primera que se atreva, aunque sea mi nuera!...

Los domingos por las tardes llegaban sus nueras con los nietos, unos chiquillos de cachetes rosados y de cejas negras como el carbón. La abuela los sentaba alrededor de la mesa, les daba tocino fresco y andaba a su alrededor como una gallina clueca en medio de sus polluelos.

— El día que me muera, cada una se llevará el estante que se le antoje, porque todos son

iguales, como lo son ustedes para mí, hijas mías. Si por casualidad yo me muriera antes que el abuelo, cuidadito con tocar algo, no cojan nada en vida del viejo, pues se moriría de pena. Recomiéndenle también a sus maridos de no tocarle ni un clavo en el altillo, porque él le tiene tanto apego que sin sus cosas no podría vivir. Eso sería capaz de llevarlo a la tumba, ¡no permita Dios! Para mi entierro no se olviden de venir a ayear las cuatro y a gemir como corresponde. Y cuando se muera el abuelo llorarán con más fuerza aun y se lamentarán con mayor desesperación. El les dejará mucha plata, ¡tanta, que hasta podrán jugar con ella!...

La abuela se anegaba en llanto, las nueras lloraban a su vez. Después, la vieja las besaba y las conducía al cuarto vecino para mostrarles los tapices. Mientras tanto, los nietos jugaban con el abuelo en el patio y cada uno tenía en su mano una manzana o un panecillo de los que le había dado la abuela. Los chiquillos miraban con gran interés y curiosidad el viejo yugo de arce blanco que les mostraba el anciano, así como los arados, los bueyes y los picaneros tallados en él. El abuelo les aseguraba que muy pronto ellos también irían a labrar los campos.

A la caída del sol, las nueras tomaban a sus hijos de la mano y se iban para sus casas. La abuela las acompañaba hasta el portón y allí, todavía se quedaba un buen rato charlando con ellas.

La tercera tumba era la del sacristán Bazo.

El no estaba emparentado con ellos. Tan solo era su vecino y vivía en la hacienda lindera,

tras el huerto. La abuela Dmitrija siempre le llevaba algo para el almuerzo y la cena, ya que el hombre vivía solo y estaba viejo. Aunque no valía la pena hacerlo, ya que el sacristán jamás comía y andaba continuamente borracho.

— Bazo, ¿por qué toma tanto aguardiente? ¡Cualquier día se le va a prender fuego en la barriga!...

— ¿Cómo quiere que no beba, abuela, si los libros me saltan en la cabeza como liebres en el bosque? Cada versículo, cada párrafo, hace fuerza para que lo recite o lo lea en primer lugar y la cabeza parece que quiere reventar. Cuando se reúnen, son como un corro de niños juguetones que quieren pasar todos a la vez por una misma puerta angosta, con el fin de hacerse oír. Pero mi cabeza es pequeña y encima está pelada, ¿dónde los voy a meter a todos? Usted hizo bien en colocar a cada uno de sus hijos en terreno propio, pero, ¿qué puedo hacer yo, si los míos los llevo amontonados en mi cabeza? ¡No tengo más remedio que amamantarlos con aguardiente, para que se emborrachen y me dejen tranquilo, aunque sea por un minuto!

La abuela movía la cabeza con aflicción.

— Vaya, ¿qué terrible es esa sabiduría!... ¡No es lo mismo que revolotear con el trillo!...

Y le volvía a dar a Bazo, dinero para el aguardiente. Como recompensa, el viejo sacristán los visitaba un domingo que otro para leerles algunos libros gratuitos. Los hijos y las nueras se desternillaban de la risa oyendo las aventuras de Luts Zalevaiko y las de aquel pavo cuya inteligencia estaba toda en la cola.

Cierta vez, Bazo les leyó un libro tan terri-

ble que la misma abuela y sus nueras rompieron a llorar del susto y hasta los hijos, fuertemente impresionados, sintieron que se les humedecían los ojos.

“La tierra no dará los frutos suyos, se apesará el ganado vuestro y se morirá; la gente, en tanto, perecerá ahogada. No habrán de caer las lluvias, la tierra reseca semejará de piedra y quedará yerma...”

Bazo se dio cuenta de que había exagerado y por lo tanto se apuró en buscar algo distinto en el libro. Entonces les leyó estas palabras:

“Aquel que consigo lleve estas escrituras, o que las lea seguido, o que las oiga con atención, o que las copie, ése obtendrá la gracia del Señor... A la casa donde esté este libro ni el fuego ni el agua, ni el rayo, ni ningún mal podrá causarle daño...”

Esto reanimó un poco a Bazo, a la abuela y a las nueras. Las mujeres se apuraron a darle dinero al sacristán para que les comprara el libro aquél. Tras la vieja y sus nueras, acudieron corriendo con sus monedas en las manos las demás mujeres de la aldea, seguras que de este modo apartarían el maleficio del fuego y de los rayos y de que sus casas quedarían intactas. El sacristán trajo de la ciudad todos los libros que le habían sido encargados y aprovechó la ocasión para comprarse con el resto del dinero un nuevo chaquetón de paño grueso y también una pipa de porcelana. A partir de entonces, Bazo se presentaba cada domingo en una casa distinta y leía el libro sagrado, cobrando por ello dos sesteracios destinados al aguardiente, más una rosca de entremés.

Ya faltaba bien poco para terminar de recorrer el pueblo, apenas si un par de miserables casuchas levantadas en el lindero del bosque, cuando Bazo amaneció enfermo. Primero tuvo calofríos, luego se sintió con fiebre, después, según cuenta la gente, de su boca salió una llamita azul y Bazo entregó su alma a Dios. Con seguridad que era el alcohol que se inflamó en su interior. Esto fue suficiente para que todas las mujeres de la aldea lloraran por él como por un hermano carnal.

La abuela Dmitrija no demoró mucho tiempo en seguirlo, pues llegado el otoño, emprendió tras el sacristán el largo camino... En cuanto al abuelo Dmitró, no aguantó mucho sin su vieja y al venir la primavera, también se fue a la tumba.

La gente hace mucho que se ha olvidado de ellos, pues murieron en tiempos idos ya...

Los únicos en recordarlos, a veces, son los asiduos al círculo de lectura, especialmente cuando se ponen a hablar de los primeros lectores.

— Nuestro círculo tiene por fundadores al abuelo Dmitró, a la abuela Dmitrija y al sacristán Bazo. Ellos echaron las primeras raíces, pues, fue justamente en la casa de los viejos que el sacristán leyó por primera vez sus libros. Aun hoy es posible encontrar una que otra hoja de las “Palabras de Dios” o de los “Luts Zalevaiko”, metidas entre las vigas del techo; pero ahora ya nadie lee libros así, no interesan, pasaron de moda, son otros los tiempos...

— ¡Sí, sí!... ¡Son otros!...

— Ya nadie conserva tres clases de tocino...

— A lo pasado, pisado...

EL INCENDIARIO

Andriy Kúrochka, el ricacho más grande del pueblo, se hallaba sentado a la mesa, almorzando; mejor dicho, no almorzaba sino que se atragantaba con cada bocado. La gente de la casa entraba en el cuarto, acarreaba los enlodados dornajos, se peleaba, andaba a los apurones y los sacaba afuera para llevarlos al establo. Los hijos del ricachón, al igual que los sirvientes, vivían churrientos y famélicos. Cargaban sobre sus hombros el tosco y pesado yugo de las haciendas ricas que nunca dan un minuto de descanso ni hacen feliz a nadie. El que más sufría esta opresión era el mismo dueño, que no hacía más que maldecir su suerte y aguijar a sus hijos y a la servidumbre.

Junto a él, sobre el banco bajo la ventana, estaba sentado el viejo Fédir, un bracero que hacía ya mucho trabajaba en su casa.

— Jamás tengo un momento libre para engullir tranquilo un pedazo de pan. Me las paso corriendo de un lado a otro y un buen día me van a ver caer y reventar. ¿Acaso me puede hacer algún provecho la comida, cuando sin mí no hacen nada en el establo? Lo único que piensan es embuchar y haraganear todo el día. ¿Qué hablar de los ajenos si mis propios hijos no quieren mover un dedo? ¡Demonios! No sé

cómo va a vivir esta gente. Más que seguro, se harán vagabundos.

Y gritaba hasta desencajársele los ojos.

— Fédir, ¿usted a qué vino?...

— ¿Acaso no sabe para qué? Ya se acerca el invierno y yo ando completamente descalzo. Deme dos leu a cuenta de mi trabajo.

— ¿Es que usted todavía puede laborar? Sus tareas ya se acabaron, Fédir.

— Si me dieran de comer de balde, yo no trabajaría.

— ¡Eso sí que no! Hoy no dan de comer así porque sí. Hoy no vale la pena de alimentar ni por el trabajo siquiera. ¿Es que hoy saben trabajar, acaso? Mire que yo le había dicho: mándeme a su hija moza, en calidad de sirvienta. Usted no quiso. Ahora usted tendría plata.

— ¡Ah!, pero ella no quiso y se fue a la hacienda.

— Claro está, el que no quiere trabajar trata de meterse en la hacienda, porque aunque coma poco, en cambio puede haraganear a gusto. El pobrerío de hoy se conforma con comer una vez al día con tal de no hacer nada y encima se cree que está en el paraíso. Cuanto hacen, tanto tienen. Así los bendice Dios. Hoy uno se retorcería como una sogá con tal de tener algo... Los dos leu que me pide, se los daré ¡qué más remedio!... A lo mejor me los recompensa de alguna manera. Pero no pase más por aquí ni me llore porque no le voy a dar más plata. Bien ve que su trabajo no sirve para nada.

— ¿Y qué quiere que haga, Andriy?... No me queda otra salida que arrimarme a la gente. ¿Dónde me voy a meter?

— ¡Métase dónde se le antoje, pero no se aparezca por la casa de los hacendados! Búsquese un trabajo entre los judíos o entre los amos de la ciudad. Allá el trabajo es menos pesado.

— ¡Lindo consejo que me da!... Después de haberme chupado todos los jugos, me echa a la calle para que vaya a acarrearle agua a los judíos.

— ¡Usted no me trabajó gratis!...

— ¡Lo que faltaba!... ¡Adiós!...

Y Fédir salió de la casa.

— ¡Estos pordioseros son capaces de llevarse hasta lo último! ¡Miren lo gallito que se hace el infeliz y no es más que pura tos y baba y encima, ni puede aguantar el mayal entre sus manos! ¡Qué se vaya a embromar a otra parte! ¡A lo mejor se cree que yo las monedas las acuño o las robo?

Fédir se fue chapoteando hasta su casa sin cesar de repetir por lo bajo:

— Entonces, ¿dónde perdí mis fuerzas, Andriyko? ¿Fue acaso en farras o en borracheras? Todos mis esfuerzos los fui dejando en el patio de tu hacienda. ¿Dónde, dónde perdí mis fuerzas, Andriyko?...

Ya en la choza, se quitó las botas y se tiró en el lecho. Así estuvo hasta muy entrada la noche y se durmió sin haber cenado. No habían cantado aun los gallos cuando se levantó de un salto, se dio de caderas contra las tablas, se volvió a acostar y de un brinco se levantó de nuevo. A través del pequeño ventanuco lo estaba espiando la noche otoñal. Pero no era la noche, sino una tristeza negra quejándose por

los rincones de la choza, mirándolo con sus despiadados ojos grises. Esa mirada lo había encadenado de tal manera, que no le permitía moverse del lugar haciéndole ver con sus espejismos, cuadros santos en los cristales de las ventanas y fantasmas en el aire.

Le parece estar sentado en medio de unos niños judíos ocupado en cuidarlos, atenderlos, mientras que ellos le tironean del cabello, le escupen la cara...

...Ora parece estar de rodillas en la iglesia, en ese rincón donde los mendigos, haciendo penitencia, se dan de cabeza contra las losas del suelo. Sin embargo él es el que se golpea con más fuerza y todas las mujeres se le acercan para darle un pedazo de pan. El se los va metiendo entre la camisa y el cuerpo y queda tan relleno que la gente se hace a un lado para dejarlo pasar. El siente una gran vergüenza, una vergüenza enorme y la cabeza le duele terriblemente...

...¡Oh!... Se ve caminando por el huerto de Kúrochka, mejor dicho, no camina sino que se arrastra hacia el granero. Arranca un manojo de paja del techo, le prende fuego con la lumbre de su pipa y se echa a correr, a correr... Siente detrás suyo, cual si lo estuviera viendo con sus propios ojos, una roja lengüita de fuego que sale del techo para volverse a esconder.

— ¡Huy, huy, huy!...

La llama aquella le llegó hasta el cerebro. Haciendo un esfuerzo supremo, el hombre logró librarse de esas cadenas invisibles, de un salto se levantó de la cama y se puso a mirar por

la ventana. Ni que lo hubiera estado azotando un verdugo. La negra tristeza lo volvería a tumbar para atormentarlo con sus visiones. Espantado, sin ver ninguna salida a su desesperación, se puso a dar vueltas buscando un lugar por donde escapar. Le pareció de pronto que un portón se abría delante suyo; se sintió aliviado y con paso rápido, se dirigió hacia él.

II

Quizás, tendría unos dieciséis años cuando abandonó su pueblo natal. Nunca más hubo de ver en su vida un día tan soleado y tan alegre como aquél. El sol acariciaba lleno de ternura los verdes prados, los umbríos bosques y las cristalinas corrientes. Se dio vuelta para mirar por última vez la aldea. ¡Ay!, si alguien lo hubiera alcanzado y le hubiera dicho una palabra siquiera, no lo hubiese dudado ni un instante y volvería en el acto...

— Me azota, me martiriza, no me da de comer ni me viste — rodaba su voz por los prados verdes.

— ¡Lástima que se lo tragó la tierra, tatal!...

Y apuró el paso. Dejó atrás los campos de su pueblo, después, otras dos aldeas más y desde la loma, divisó la ciudad que relucía al sol como una serpiente de oro.

Todos admiraban su fuerza y le temían. Los judíos no pendenciaban con él y los obreros no se burlaban ni le jugaban malas pasadas. Lanzaba las bolsas como si fuesen plumas. Y así

todos los días, del carro al granero y del granero al carro.

— ¡Estas bolsas me parten el espinazo!...

— Bebe aguardiente para que se te pase.

Y de verdad, el alcohol aliviaba su dolor como si se lo quitasen con las manos.

Los domingos y días feriados iba a la taberna con sus compañeros. Aquel establecimiento se encontraba fuera de los límites urbanos, a mitad de camino entre la aldea y la ciudad. Los que no tenían donde meterse en la aldea, iban en primer lugar hacia la taberna y aquellos que no tenían lo qué hacer en la ciudad, también se dirigían al mostrador del despacho de bebidas. El lugar estaba, por así decirlo, en terreno neutro: ni ciudad ni aldea.

¡Había que ver las fiestas que se armaban en aquellas tabernas!

Al comienzo eran los señorones de la ciudad los que llevaban la delantera. Hablaban de sus riquezas de antaño, de cuánto dinero cobraban en la tesorería del rey todos los primeros de mes, de los costosos vestidos que usaban. Los aldeanos los escuchaban y respetuosamente, convidaban a los amos. Pero ni bien el paisanaje bebía un poco, inmediatamente se liberaban del dominio psicológico que ejercían sobre ellos el grupo de señores y era entonces que éstos, la pasaban muy mal.

— ¡A ver, señores, ánimo!... ¡Agárrense por los cogotes y bailense una polka, para que sepamos como se hace entre los grandes señorones!...

Y los amos bailaban, tenían que hacerlo. Los paisanos los rodeaban en círculo, reían a

mandíbula batiente y sus risotadas retumbaban en toda la taberna.

— ¡Hopa, hopa, hop!...

— ¡Otra vez!...

— ¡Despacito!... ¡Con suavidad!... ¡Juntitos, así!...

— ¡Bueno, basta! ¡Beban aguardiente, méntanse sus monedas piojosas en los bolsillos y mándense a mudar de la taberna, porque ahora la paisanada quiere divertirse sola!

Y los hacendados comenzaban a escurrirse como liebres.

— Yo sé como arreglármelas con estos señores. Ellos son livianitos como el plumón y es suficiente soplarlos para que salgan volando.

— ¡Eh!... ¡Judas!... ¡Tráenos aguardiente, vino y cerveza, rápido, porque ya estamos en familia!...

El tabernero atendía con presteza a sus parroquianos, ponía todo lo encargado sobre la mesa y cobraba en el acto.

— Oye, Descaderado, ¿por qué gimoteas tanto? ¿Buscas tu cadera? Bebe y cierra el pico, que hoy pago yo.

El Descaderado se puso a gimotear más fuerte aun.

— ¡Cállate, porque te pegol!...

— ¡No lo toques!...

— ¿A quién le importa algo?...

— ¿Y tú, qué clase de señor eres?

Fédir se levantó de la mesa y le dió una bofetada al insolente.

— ¿Los domingos también le das a las manos?... ¡Pero si eso es pecado!...

Un bancazo hizo rodar a Fédir por tierra.

En el acto se formaron dos bandos. La taberna se convirtió en un remolino. El tabernero huyó, el aguardiente se desparramaba por el suelo a borbotones, las mesas y los bancos, tintos en sangre, yacían hechos trizas. Y en medio de toda esa mezcla de saliva, aguardiente y sangre, yacían los dos bandos, quejándose. El único que permanecía en un rincón era el Descadurado, mugiendo como un buey, sin saber por quién ni por qué.

Al cabo de un rato llegó la policía y se dio de lleno a la tarea de refrescar al pobrerío borracho. La policía levantaba a los paisanos trabajosamente, para enseguida hacerlos caer de un golpe. Los borrachos se desplomaban como troncos y trataban de ponerse en pie, con torpeza. Cuando terminaron de despabilarlos, se los llevaron al calabozo.

Carreteaba por el camino sobre un carro cargado de sacos. Los trigales y los sembradíos de centeno semejaban un ondulante mar de oro y plata mecido por la suave brisa. Sobre esa superficie áurea y argentina, bogaban etéreas unas nubecillas oscuras, finísimas como una redcilla de seda. Era todo un mar de sol en medio de un mar infinito de espigas. Y debajo de éstas, la tierra parecía hablar, cantar, acariciar...

— Toma las riendas, Moshko, porque me marchó...

Saltó del carro y se fue por entre las mieses. Al atardecer llegó a lo de Andriy Kúrochka.

— Con seguridad que eres un ladrón o un

holgazán, porque la gente honesta no escapa de su aldea ni vaga por el mundo.

— Ya lo verá. Mi tata lo que no se gastó en aguardiente, en sus buenos tiempos de propietario, lo tuvo que vender cuando cayó en la miseria. Después, recibió bajo el mismo techo al yerno —al marido de mi hermana— y terminó por morirse. Mi cuñado me pegaba tanto, que me vi obligado a escaparme de casa.

— Entre ustedes, según dicen, ¿hay quienes aran con las vacas?

— ¡No!... Los que aran con las vacas son los alemanes, los que viven más allá de donde vivimos nosotros.

— Quítate las abarcas y cuelga la pelliza en el zaguán, no sea cosa que desparrames aquí tus piojos y acuéstate. Dime, ¿la iglesia de ustedes es igual a la nuestra?... ¿Tienen cura?...

— Igualita a la de ustedes.

— Ya veré lo que vales. Si te vas a portar bien y no le temes al trabajo, entonces te conchabo.

Lo contrató. En el pueblo vieron que no robaba nada, que era buen labrador, que trataba de prosperar y lo consideraron de la familia, hombre suyo. Él, a su vez aprendió cómo se llamaba cada una de las parcelas, a quién pertenecían, si conservaban la humedad o al contrario, si se secaban pronto; se enteró de quién era el mejor ladrón de la aldea y supo quién era el ricacho más acomodado. Entonces se sintió del pueblo, paisano.

Estuvo varios años de bracero, después, la buena gente comenzó a aconsejarle que se convirtiera en propietario.

— No seas tonto; si te dan un pedazo de tierra como dote y si la moza es hacendosa y vale la pena, no te quedes a la zaga. Ya tienes un poco de plata ganada con el sudor de tu frente, ahorras un poquito más y te haces una casa. Aunque no sea más que una covacha, ¡pero será tuya! Si llueve, si hiela en invierno, si llega a no haber trabajo, no tendrás que andar piando bajo el alero del patrón ni estarás pudriéndote en sus pesebres, porque tendrás tu rinconcito propio. Hazle caso a este viejo...

Se casó. Empezó a levantar su casa; reventaba de tanto laborar para sí mismo y para los demás. A cuestras desde la ciudad, traía tirantes y tablones de madera; trabajaba para pagar las deudas que había contraído por las gavillas de paja para el techo y ganaba dinero para comprar ora las ventanas, más tarde las puertas. Al cabo de dos años pudo terminar la casa. La suya era una casita pequeña, de pobre figura y entre las demás casas del pueblo se parecía a un patito feo en medio de una bandada de hermosos cisnes. Así y todo, Fédir sentía un gran cariño por ella...

Pasaron varios años. Delante de la casa de Fédir se congregaron los vecinos, portando estandartes rojos. Sobre el lecho yacía Katerina, su mujer, corpulenta y gruesa. Fédir abrazaba a sus dos criaturas: Nastia de once y Mariyka de ocho años, y no hacía más que preguntar:

— ¿Qué vamos a hacer ahora, hijitas, sin la mama? ¿Cuál de las dos me va a hacer la comida?

Cuando colocaron a la muerta en el ataúd, el hombre estalló en sollozos:

— ¡Cójnla con cuidado, porque todo su cuerpo no es más que un sufrimiento!... ¡Ay, Katerina, pensar que no alcancé a hablar contigo como es debido; tú te enojaste y te fuiste de mi lado!...

Se abrazó a la difunta y comenzó a besarle la cara.

— ¡Oh!... ¡Dios, nunca fui tierno con ella, por culpa del trabajo la tenía olvidada, hasta dejé de hablarle!... ¡Perdóname, Katerina, perdóname, mi buena compañera del alma!...

En la casa brotó un manantial de llanto femenino y echó a correr por el pueblo.

— Cuando la pobre se casó conmigo, ni que se hubiese zambullido en el río, nunca más nadie la vio entre los vecinos. Recién ahora apareció entre ustedes, tendida sobre el lecho. ¡Jamás la ofendí ni con media palabra siquiera, ni con un poquitín así!...

Pasaron unos cuantos años. Una noche llegó Nastia de la ciudad. Cuando Fédir la vió, se puso pálido.

— ¡Nastia!... ¡Infeliz de tí!... ¿Viniste sola?... ¿Dónde está tu marido?...

Nastia se echó a llorar y a quejarse en voz alta. El padre no le dijo ni una sola palabra más. Lo hizo recién cuando fue a despedirla el día que volvía a su trabajo en la ciudad. Antes de separarse le dijo:

— ¡Qué Dios te ampare, hijita!... Ten cuidado de no perder a la criatura, ya es tarde para

ocultar la deshonra, pero el pecado será mayor aun si la matas. Hazme saber como marchan tus cosas...

Los años pasaban sin detenerse. Fédir, no soltaba el mayal de entre sus manos durante todo el invierno, la mancera del arado durante toda la primavera y la guadaña durante todo el verano. Los huesos le dolían, las coyunturas se le desgastaban y le ardían. Pero los domingos eran su salvación ya que esos días iba a acostarse bajo el guindal, sobre el pasto verde y este le succionaba el dolor para sepultarlo bajo tierra. Pero llegó el día en que el domingo ya no pudo remediar el mal causado por el resto de los días de la semana y la hierba no estuvo en condiciones de quitarle el dolor que tenía enclavado en sus viejos huesos. Para peor, cogió una tos que no lo abandonaba ni junto a la guadaña, ni junto al arado, ni junto al mayal...

Amaneció. Clareó la ventana y Fédir regresó a duras penas de su largo viaje por el pasado. Se lavó la cara, rezó sus oraciones y se preparó para ir a la hacienda.

— Cuando llegue la primavera me conchabo; le pediré plata a cuenta para las botas y también un poco en especie. De algún modo pasaré el invierno, hasta que pueda colocarme en algún empleo...

Los angostos y blancos senderos de la aldea habían hilvanado entre sí todas las casas, solamente la de Fédir había quedado fuera de esa red de senderos, cual si no existiese. Fédir pasaba el invierno, al igual que los osos. Por las mañanas levantábase por una hora, con el fin de caldear la casa y preparar la comida, después se pasaba todo el día y toda la noche tirado sobre el horno. Cuanto más avanzaba el invierno, tanto más su mentalidad se tornaba infantil.

— Ahora, desdichado Fédir, levántate y córtate una rebanada de pan, pero que sea delgadita, como la que cortan los señores, porque veo que estás hambriento. Fédir se reía, bajaba del horno, cortaba el pan y lo miraba al trasluz para ver si la rebanada era delgada como la de los señores.

En las oscuras noches de invierno, hablaba solo, en voz alta y decía cosas terribles.

— En la aldea se han muerto todos, reventó hasta el último bicho, pero yo no me hago mala sangre, ¡ni miro para aquel lado!

Sin embargo, sus propias palabras lo espantaban; bañado en sudor a causa del miedo, saltaba del horno y corría hacia el ventanuco para cerciorarse si había luz en la taberna. Tranquilizado, volvía al horno.

Las veces que se despertaba por las noches, volvía en sí despaciosamente, perdía la noción de su propia persona y sólo después de golpear con los puños contra las vigas, recobraba el sentido.

Aquel invierno su casa se había llenado de espectros, fantasmas y aparecidos. Como niños revoltosos jugaban por la casa. Volaban al zaguán enfriando la habitación; subían al desván por la chimenea y allí se ponían a patalear hasta llenar de rajaduras el techo; tamborileaban en la ventana para hacerlo salir a la calle. Pero él no cedía y trataba de no tener miedo. Entonces las fantasmagorías aquellas, subían al horno y comenzaban a pellizcarlo, a asfixiarlo, metiéndole trapos en la boca. Una noche se aparecieron todos los diablos del infierno. Bailaron hasta hacer temblar las paredes de la casa y las ráfagas de aire que levantaban, eran tan frías que lo helaban aun sobre el horno. Después, rendidos, los diablos aquellos se instalaron alrededor de la mesa. Sus lenguas a causa del cansancio, semejaban a la lengua de fuego dejada por él en el establo de Kúrochka. Estuvo como muerto hasta que empezaron a cacarear las gallinas, recién entonces se levantó a duras penas y se puso a rezar. Mas los diablos no lo dejaban tranquilo ni durante las oraciones. El hombre no podía recordar aquellas que sabía muy bien, olvidando incluso, de como había que persignarse. Las pesadillas lo extenuaron por completo y al llegar la primavera, estaba blanco como un papel y apenas si respiraba.

— Mientras todavía no he perdido la cabeza, voy a que me presten dinero para bendecir la casa, porque aquí se me juntaron todos los demonios de la aldea. Me chuparon tanta sangre, que me caigo al menor soplo de aire.

Con los primeros rayos del sol primaveral, el viejo Fédir embetunó sus botas, le puso unos

remiendos a la camisa, trenzó unos cordones para sus gruesas abarcas y sintióse alegre, porque al fin iría a contratarse.

— Me visto y me calzo como es debido, y... ¡a la hacienda! ¡Su señoría, aquí vengo a conchabarme para servirle a usted!...

— Está bien, Fédir, —le contestaría el patrón— veo que eres un hombre obediente, pues vienes a contratarte de acuerdo a lo que dicta la ley.

Y, mientras remendaba su camisa, Fédir sonreía pleno de beatitud.

IV

Parado en medio de la era, Fédir miraba con tristeza la larga fila de arados que salía por el portón como si fuese una cadena, donde cada eslabón soldaba la carne humana a la carne de los bueyes.

— ¡Ya se acabó mi aradura!... ¡Hierro viejo, que para nada sirves y por eso te tiraron a un rincón, porque sino la cadena se rompería en medio del camino!...

Meneó la cabeza y se dirigió al granero en busca de alimento para los puercos. Durante toda la jornada reinó el silencio en la era. De vez en cuando los gritos de las mujeres o el llanto de las criaturas, llegaba desde las casas donde vivía la servidumbre.

Si alguien eligiese las peores chozas de una aldea, metiese en ellas a los hombres más andrajosos y a las mujeres más demacradas y agregara a ellos una sarta de niños famélicos y desnudos, hacinándolos, recién entonces ten-

dría una imagen fiel de lo que eran esas miserables moradas y sus habitantes.

Fédir observaba aquellas viviendas desde la era y movía negativamente la cabeza:

— ¡Ni que fuera loco me metería en ese infierno! Mientras no llegue el invierno, prefiero dormir en el establo. ¡Por nada del mundo iré a ese abismo!

Al anochecer marchó al establo. A lo largo de los pesebres había dos hileras de bueyes que rumiaban perezosamente el heno. Cada cuatro animales, un picanero cuidaba que las bestias no desparramasen el forraje por el suelo. Entre ellos, sentados en el piso, se hallaban los aradores y los sembradores remendando sus abarcas, zurciendo con piolas sus zamarras y reponiendo sus púas. Cada uno estaba ocupado en hacer algo y Fédir se sentó junto a ellos. Unos tras otros, los bueyes fueron tumbándose sobre la paja; siguiendo su ejemplo, se dejaron caer en los pesebres, primero los aradores y luego los picaneros. El establo se hundió en una somnolencia pesada como una piedra; era la somnolencia de los establos, esa que sigue al cansancio de los campos labrados. Fédir se acomodó entre los bueyes.

— Porquerizo, ¡sal de entre los bueyes y ve-te a tus puercos! ¡No faltaba más!... ¡Tenderte una cama aquí!... ¡Alcanza con que tu Mariyka nos ha embromado de lo lindo! Se acopló con el cochero como una ramera, entregándole lo mejor y ahora para nuestra desgracia, llegas tú. ¡Fuera de aquí!... ¡Apártate de los bueyes!...

Fédir se levantó del pesebre y se fue a acostar junto al portón, sobre un haz de paja. En

ese instante despertó en su alma, su antiguo rencor.

— ¡Ofenderme es un pecado, Andriy!... ¡Un pecado!...

Mientras tanto el establo gemía, bostezaba, hablaba en sueños. Respiraba con tanta dificultad, como si en las entrañas de la tierra se estuvieran asfixiando miles de personas.

— Reza por mí, para que Dios me ampare, me guíe y me aparte de la demencia, porque si no, te aso como a un lechón y vas a andar tres días seguidos juntando las cenizas de tu hacienda...

Cerca del amanecer, también él cayó en el negro abismo somnífero del establo...

V

Después de aquel incidente, Fédir no volvió a pisar el establo ni trabó conversación alguna con el resto de la servidumbre. Dormía en el granero y trataba de pasar desapercibido. Pasadas las Pascuas, María se casó con el cochero y ambos se conchabaron en otra hacienda. Fédir salió a acompañarlos hasta el portón y se despidió de ellos:

— María, no lo olvides, delante de los vecinos yo donaré la casa a Nastia. Espero que tú no la echarás de allí. ¡La pobre infeliz está tan sola!

Retornó a la hacienda. Ya en el granero, buscando que nadie lo viera, dio rienda suelta a sus lágrimas.

— ¡Ahora vive como quieras!...

Aquel mismo día se emborrachó y fue hasta el establo.

— ¡Señores... señores míos!... ¡Ahora ustedes no pueden echarme de aquí!... ¡Mi Mariyka acaba de largarse!...

— ¿Y quién es el que lo echa?... ¡Acuéstese y duerma, si es que está borracho!...

— Cierto, el borracho duerme bien, ya que así lo mandó el mismo Dios. Tú dices que me eche a dormir y yo te pregunto a ti: ¿dónde debo echarme?... Ya que tienes una cabeza tan sabia, dime: ¿dónde tengo que echarme a dormir?...

El viejo se arrimó a Prots de tal modo que chocaron sus narices.

— Donde caiga, allí duerma...

— ¿Y si me metiera en el pesebre?... ¿Eh?...

Rió con sorna.

— Yo me meto en el pesebre y tú me agarras de los mechones, me das algunos golpes en el pescuezo, luego un par de mazazos y... ¡fuera de aquí, perro viejo!...

Los picaneros habían asomado las cabezas desde los pesebres para gozar del espectáculo.

— ¡Echame, échame a palos! Aquí empezaste y aquí terminarás por pudrirte, porque tú no sabes lo que es ser persona. ¡Tú no eres más que buey, nunca tuviste casa!... ¿Cómo te atreves a echar a garrotazos del pesebre, a un hombre de bien como yo?... Me preguntas: “¿Dónde ha estado su señoría hasta ahora?”— Yo te contesto: “Estaba entre la gente y me sentía bien”. Vuelves a inquirir: “¿Y por qué te echó la gente?”— ¡Aquí no sé que decir! A esta pregunta no puedo responderte nada, lo único que te diré es que la gente ya no cree en Dios. Tú eres cabeza cuerda y bien que lo sabes todo.

— ¡Váyase a dormir, viejo y no ande diciendo tonterías! Mañana vamos a las elecciones y allí tendremos ocasión de zurrar un poco a los señoritos.

— A las elecciones iré sin falta y le contaré a la gente todas mis humillaciones, pero al pesbre sí que no iré. ¡No tengo porqué pudrirme allí!... Yo entiendo las cosas mejor que tú y vi más mundo que tu patrón. Pero espera un poco, que te voy a contar todo como en un protocolo. Estuve de limpiador en casa de los judíos, anduve tirado bajo los mostradores de sus casas de comercio, recorrí todas las penitenciarías. Si Dios quiere castigarme, que me castigue, yo no le tengo miedo; respondo por todos mis actos y le puedo cantar cuatro frescas como a cualquier otro. ¿Quién me enseñó a tener juicio, eh?... Lo único que hacían era pegarme con lo que tenían a mano. No temas, déjame terminar, déjame contar todo hasta el fin. Fue así que Dios me alumbró y yo retorné a nuestra fe. Y cuando sentí la gracia de El en los campos, cuando las espigas me pidieron que las segase y la tierra comenzó a suplicarme; “¡Ven, Fédir, toma el pan de mis entrañas!” — entonces abandoné al judío en medio del camino y volví al trabajo bendito. ¡Aun hoy día, le agradezco a Dios!...

El hombre se persignaba, besaba la tierra y golpeaba el suelo con la frente haciendo profundas reverencias.

— ¡Volví junto a los nuestros y me pareció haber nacido de nuevo! ¡Trabajé sin desmayar! Me casé y con estos callos levanté mi casita. Parecía que había llegado el momento de vivir

bien. Pero, ¡los pecados hay que purgarlos y Dios no castiga a palos! Primero se murió mi Katerina, pero, nada, ¡así lo quiso el Señor y cúmplase Su voluntad!... Me queda la felicidad de mis criaturas. Las alimento, las crío, las cuido, pero los hombres me las deshonran. Primero, sin razón alguna, Nastia se fue a trabajar entre los judíos y después María, ¿ven? se fue detrás de ese polaco. Me ha hecho mucho mal. Pero no importa. ¡Qué la castigue Dios! ¡Porque castigo tendrá que haber!... Mientras tanto quedé descalzo. Me dirijo a la heredad, chapoteando fango y le digo al amo: ¡Dame dinero para que pueda calzar mis pies!... El me responde: “¡Vete a casa de los judíos!” Me arrimo a ustedes y ustedes me salen con un “¡Fuera de aquí!” Ahora díganme, ¿adónde iré? Primero es Dios quien me castiga, después la gente, ahora ustedes. ¡Yo ya no puedo aguantar más tanto castigo!...

— Vaya al pesebre, abuelo, vaya, se lo pedimos...

— Que me castigue Dios, lo acepto, siempre que el castigo sea justo. ¿A ti te gustaría que alguien se comiera toda la miga de tu pan y que te dejara solamente la corteza quemada? ¿Verdad que no te gustaría, porque eso no es justo?...

El viejo se rasgó la camisa, se la quitó y la arrojó a las patas de los bueyes.

— ¡Ahora mira bien que pellejo me dejaron los ricachones! ¿Con qué vivir más adelante? ¿Qué más se puede castigar todavía?...

Así, completamente desnudo, se tumbó en el

suelo. Los sirvientes lo cubrían con lo mejor que tenían a mano...

VI

Junto a la oficina comunal había dos grupos de personas paradas. Uno era andrajoso, ajeno en el pueblo, apático. El otro era un grupo limpio, de punta en blanco, vivaz, compuesto de amos y sus siervos. Tanto de un grupo como del otro, eran llamados, entraban en el escritorio y votaban. El ecónomo se había puesto ronco de tanto repetir lo mismo, puesto que a cada bracero debía nombrarle al hacendado, al alcalde y al judío comerciante. Los gendarmes rondaban alrededor y sonreían como si estuvieran contemplando un juego de niños.

— Bueno, muchachos, ahora que acaban de elegir al jefe, tomen asiento y beban unos tragos de aguardiente — dijo el ecónomo. Los propietarios levantaron barullo:

— ¡Miren a los piojosos!... ¡Pordioseros!... ¡Bestias de carga!...

— ¡Oh!... ¿Oyen cómo chillan los ricachones?

— Déjalos que chillen, nosotros bebamos aguardiente.

— ¡Traguen fuego!... ¡Chúpense la sangre, ladrones!...

— ¡Caray!... ¡Nosotros preferimos aguardiente!...

— ¡Vaya con la ley que se han mandado las autoridades, si ella les permite a estos muertos de hambre asaltar la aldea!...

— ¡Eh, tú lectorcito!... ¿Crees que yo nunca

estuve en un círculo de lectura?... ¡Pero si allí también los pobres no pasan de estar parados junto a la puerta!... A la mesa se hallan sentados el cura, los cofrades mayores, los ricachos y el sacristán que les lee los diarios; mientras tanto ustedes, lo único que hacen es mover la cabeza igual que los bueyes, como si entendiesen algo. ¡En realidad, uno es más imbécil que el otro!... El círculo de ustedes ya lo conocemos: los ricos se acomodan junto a la mesa y los pobres peones se quedan parados junto a la puerta. Lo mismo ocurre en la iglesia, en la alcaldía, en todas partes. ¡Por qué entonces, tenemos que estar juntos ahora?...

— ¡La cabeza del paisano no se ha hecho para la escritura, como tampoco su trasero para las sillas!

Los siervos lanzaron una carcajada.

— ¡Silencio, mugrientos!... Primero mátense los piojos y después pónganse a enseñarles a los amos.

— Oye, Kúrochka, ¿tú también estás en contra de la gente? ¡Vaya, si eres peor que un judío!... Por qué te sulfuras?... Tranquilízate, hombre, igual tus riquezas van a ir a parar al diablo. Acuérdate de cuando trabajaba en tu hacienda y me enfermé por culpa de ese maldito trabajo. Estuve tirado toda una semana, ¿acaso me trajiste un mendrugo de pan o un jarro de agua para beber? ¿Acaso le tienes consideración a la gente?... Yo dejé todas mis fuerzas en tu hacienda y luego tú me echaste a la calle descalzo, en pleno invierno. Pero si eres peor que un judío, ya que ellos no creen en nuestro Dios. Ya verás como tus hijos despilfarrarán

todos tus bienes, ¡ni rastros van a quedar de tus riquezas! ¡Ya lo verás, infiel!...

En aquel momento Kúrochka le propinó a Fédir un golpe tan fuerte, que lo hizo caer al suelo, el rostro bañado en sangre.

— ¡A ver, muchachos, vamos a sobarle un poco las costillas a este ricacho!...

Los peones arremetieron contra Kúrochka, los propietarios salieron en su defensa y corrió sangre...

VII

Fédir estaba en su casa, acostado en el lecho. Sus ojos ardían como rojas lenguas de fuego que con mil chispas se extendía por su cuerpo, quemándolo hasta carbonizarlo. Aquel fuego, con la velocidad del relámpago, circulaba por sus venas y volvía a los ojos. Se mordía los puños, daba cabezazos contra la pared para hacer saltar de sus ojos ese ardor. En vano, la calentura no lo abandonaba.

Encendido, sintió como las llamaradas surgían del interior de su cuerpo y se cubrió los ojos con las manos. Lanzó un grito desgarrador, un rugido bestial; tuvo la sensación de que las llamas se desprendieron de sus carnes y fueron a pegarse contra los cristales del ventanuco. Dió un salto. El ventanuco enrojecía cual herida recién abierta y parecía llenar de sangre la miserable casucha.

— ¡Que arda todo lo que es mío!... ¡Todo lo mío que quedó en su hacienda!...

El viejo brincaba, bailaba, reía.

Los cristales temblaban, vibraban y por momentos, parecía llenarse cada vez más de sangre la casa.

Corrió hasta el umbral.

Las estrellas parecían caer del firmamento, el bosque quedó petrificado y desde las entrañas de la tierra llegaban enloquecidos lamentos que se extinguían al instante. Las casas cobraban vida, se estremecían, ardían en medio del fuego.

— ¡No quiero lo ajeno, sólo que se queme lo mío!...

HOJAS DE ARCE

Un lienzo cubría el lecho, sobre los bancos delanteros y traseros, se habían sentado los compadres a la mesa. En el borde del horno se hallaban los niños. Con los brazos caídos y sus largas mangas sueltas, semejaban una bandada de codornices descansando, pero listas a levantar vuelo en cualquier momento. Los compadres, por el contrario, estaban como clavados en el lugar. Lo único que hacían era estirar el brazo para alcanzar el pan o la copita de aguardiente, aunque con más agrado, no moverían las manos dejando que éstas descansasen sobre las rodillas, cerradas en un puño. A desgana cogían el pan y la copita. La lámpara parpadeaba sobre la saliente del horno y deformando las siluetas de los compadres, las lanzaba contra el techo en inmensas manchas negras. Allá en lo alto, las sombras se quebraban en las vigas y ya no se movían.

Junto a la mesa, con la cabeza gacha, estaba parado Iván, dueño de casa y padre de la criatura que acababan de bautizar.

— ¡Queridos compadres, sírvanse, por favor; tomen una más!... Aunque esto no es aguardiente sino lodo, pero... ¿qué le vamos a hacer? Esa es la suerte del paisano: tener que tragar lo

peor que haya en el mundo y tener que hacer el trabajo más pesado que hubiese...

— Para eso hemos nacido — respondían con resignación los compadres.

Cuando la copita terminó la rueda, Iván la puso arrimada a la botella porque tenía miedo que siendo tan pequeñita, se cayera al suelo.

— ¡Coman algo, un bocadito siquiera!... Miren la desgracia que me vino a caer encima justo para la cosecha, cuando el trabajo está que arde!... ¡Les juro por Dios, que no sé lo qué hacer!... ¿Abandonar la cosecha? ¿Atender a mi mujer y prepararle la comida a mis hijos o dejarlos a la buena de Dios para ir, hambriento, a darle a la guadaña?... No me queda otro remedio ya que ni por todo el oro del mundo, en esta época del año alguien vendría a casa para ayudarnos... ¡Ahí tienes, Iván, otra criatura más y alégrate, puesto que son pocas las que ya tienes!...

— No se queje, compadre y no enfade a Dios, porque ésa es su voluntad y no la de usted. Los niños son delicaditos como pompas de jabón... Si algo les falla adentro, revientan y no le quedará otra cosa que llevarlos al campo santo.

— ¡En mi casa no les va a fallar, falla allá donde hay una sola criatura!... ¡Lo mejor para el pobre es no arrimarse a su mujer, ni mirar para el lado de ella!... ¡Entoncen sí que Dios no mandaría hijos!...

— Usted habla en balde, compadre. Jamás será como dice, la gente tiene que dar prole.

— ¡Ah, si fuera gente lo que uno larga al mundo!... ¡Pero si no son más que unos muertos

de hambre! Por eso digo: no hagas hijos, desgraciado, no multipliques la cría como los ratones, estáte contento con el trapo que te tapa el lomo, con el mendrugo que te dan para que no te mueras de hambre, con que nadie te cachetea. Si tienes estas tres cosas has de estar conforme y huye, cuanto más lejos mejor, de tu mujer.

— Cálmesese, compadre Iván, porque en ese estado su mujer no tiene que andar escuchando semejantes cosas; esta charla la va a enfermar. Déjelo para otra vez. Será mejor.

— Yo pido mil perdones por mis palabras, pero... ¿acaso ustedes piensan que yo me ocupo de ella o de mí? ¡Por Dios, que no! ¡Así se los lleve la muerte ahora mismo y a mí junto con ellos! ¡Bah! ¡Vaya con el paraíso que íbamos a perder y las riquezas que íbamos a dejar!...

Los compadres dejaron de replicarle y de llevarle la contra porque no había manera de convencerlo. Querían que se desembuchara cuanto más rápido, para que los dejara ir a dormir. Iván se levantó de la mesa, se paró en medio del cuarto, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo igual como lo habían hecho los niños sobre el horno y comenzó a hablarles:

— ¿Por qué no se me quitan de encima?... Ahorita les abro la puerta y las ventanas y... ¡a volar!

Las criaturas se arrinconaron de tal manera que ni se las veía.

— ¿Los ven? Son igual que las langostas. No hacen más que pedir pan y más pan. ¿De dónde quieren que se los saque? Para ganar un haz de doce, ¿cuántos manojos tiene que arran-

car uno? ¿Cuántas veces uno tiene que agacharse? ¿Y ese fuego que le va quemando a uno por dentro desde la cintura hasta el pecho? ¡Ay!, cada espiga se le clava a uno en el corazón...

Esto lo dijo dirigiéndose a los niños y luego se volvió hacia los compadres.

— Y al anochecer, cuando ni bien llegas a casa, hecho un estropajo, empapado como una esponja, completamente agotado, enseguida se te ponen a berrear, tanto la mujer como los críos: “¡No hay pan!”... Entonces uno no se va a dormir sino que toma el trillo y se marcha a trillar a tientas para que a la mañana siguiente tengan con qué ir a la muela. El trillo te tumba de tal manera sobre el haz, que te hundes en el sueño, todo entumecido, hasta que el rocío te despierta. Ni bien te despabilas, ya empieza la comezón y por si fuera poco el que la miseria te roa, el rocío te alcanza por la noche y se ensaña contigo. Te quitas las lagañas y serpenteas para el campo; vas tan sombrío que hasta el sol, al verte, empalidece.

— No se preocupe por los chiquillos, pues no solamente usted es el padre, sino que lo es Dios también y El es mayor que usted.

— Yo con Dios no me fajo, pero, ¿por qué los larga al mundo como a descalzo en el abrojal? Los desparrama por la tierra, sin darles un destino feliz y sin hacer llover maná del cielo. Y después todos gritan: “¡Los paisanos son unos ladrones, unos bandoleros, unos asesinos!” Se juntan en la iglesia esos tipos —que ni una mosca puede montar por ellos porque resbala de tan cebados que están— y se meten a atormen-

tarte y a sermonearte: “Ustedes no les enseñan a sus hijos a tenerle miedo a Dios, ustedes mismos los mandan a robar...” ¿Acaso me atrevería yo a avergonzar a la gente de tal manera? ¡Ay!, si a mis críos los cuidara la madre, la niñera o la institutriz, si a mí los parroquianos me trajeran todo lo que a usted le traen, yo también sabría cómo educar a mis hijos. Pero los míos se crían entre las malezas, junto con las gallinas y si llega a pasar lo de ahora, nadie sabe si han tragado un bocado en todo el día. ¿De dónde puedo saber yo si están robando, mendigando o pastando? Yo me las paso segando vuestros campos y no solamente que no me acuerdo de ellos, ¡sino que hasta de mí mismo me olvido! ¿Ustedes quieren que yo les trabaje los campos y que al mismo tiempo eduque a mis hijos? ¿Y ustedes para qué están? ¡Así es, buena gente, ustedes saben cómo es nuestra vida!...

— ¡Bien que lo sabemos, compadre!... ¿Cómo no saberlo si nosotros también estamos en ese remolino?...

— Yo cuido de los chicos pero ni me preocupo de que sean educados o que sepan hacer bien las cosas. Lo único que me fijo, es que estén firmes sobre sus piernas, para mandarlos entonces a trabajar; eso es lo único que espero. No espero a que echen cuerpo, a que tomen fuerzas, a que vivan tranquilos bajo mi alero. ¡No!... Lo que hago es estar al acecho de que algún ricachón de esos abra las fauces, para tirárselo adentro y así librarme de él, lo más pronto posible. Después, tu crío pastorea el ganado, los pies hechos una llaga que el rocío abre más todavía, los rastros lo pinchan y el

pobre no hace otra cosa que andar a los brin-
cos y llorar. Uno le ayudaría a cuidar las bes-
tias, le besaría las plantas de los pies, porque
es tu engendro y te remuerde la conciencia, pero
pasas de largo y encima te ocultas de él... ¡para
que no te oiga!...

La sangre se le subió al rostro y se sofocó.

— Se cría en el pesebre, bajo la mesa o
bajo el banco, sin más comida que la uñas y
lavándose con sus propias lágrimas. Crece un
poco y le da por robar algo, porque nunca tuvo
nada bueno y quiere gozar con lo robado. ¡Y he-
te aquí al gendarme! Te mete cadenas, te pega
como a un animal, porque eres padre de un la-
drón y por lo tanto serás su cómplice. Y entonces
no dejas de ser ladrón hasta el fin de tus días.
Pero con esto no se acaba, el fin está por de-
lante... Suponer que tu hijo, tu criatura, sea un
ladrón, pues... ¡qué se pudra en la cárcel!... por-
que a los ladrones no hay que tenerles lástima.
Vaya y pase. Pero es que primero le quitan la
salud, después lo ponen en un hospital para cu-
rarlo y luego le echan una carta al alcalde para
que éste te obligue a pagar los gastos. ¡Y así es
que te sacan a empujones de tu casa y vas a
parar bajo el cerco con tus bártulos! No te que-
da más remedio que ir a lo del alcalde, besarle
las manos y pedirle: “Mi alcalde, líbreme de
esta multa” A lo que él va y te dice: “Ya sé que
eres muy pobre... a lo mejor te saco de apuros.
Pero, ¿qué gano yo con ayudarte?” Te encoges
de hombros, te doblas en dos como un cortaplum-
mas y le contestas: “Le voy a trabajar gratis
todo un mes...” ¿Acaso no es así? ¿No es ver-
dad, señores? ¿Acaso les estoy mintiendo?

— Así es no más, todito es verdad, ni una palabra de mentira dijo.

Iván temblaba. Sentía sobre sí todo el peso de sus terribles palabras.

— No vayan a decir que estoy graznando sobre las cabecitas de mis hijos como el buitre sobre la carroña. ¡No lo digan, por favor! Yo no grazno, sino que les estoy diciendo la pura verdad; la que grazna es mi pena, grazna mi corazón.

Sus ojos se iluminaron y se llenaron de un inmenso amor hacia sus chicuelos, a quienes buscaba con la mirada por el cuarto.

— Pues resulta que me estoy ensañando con mis hijos, peor que un ruin verdugo. ¡No! Yo no me ensaño con ellos. Lo único que hice, ¿ven?... fue apartarlos de mi vista hoy, mañana, un año, dos... y después fui a ver lo que estaban haciendo. Lo que vi se los conté. Cuando fui a visitarlos, la sangre se me congeló en las venas al contemplar aquella servidumbre.

Y al cabo de un par de minutos, prosiguió:

— Si para llegar al Canadá no estuviera el mar de por medio, me los metería en una bolsa y a pie me los llevaría para allá, lo más lejos posible de estos ultrajes. Por la orillita iría bordeando las aguas...

Los compadres que casi se habían olvidado que tenían que ir a descansar, lo recordaron, se levantaron con presteza y salieron.

II

Mediodía.

Los niños almorzaban, sentados en el suelo; se chorreaban las camisillas con comida y ha-

cían ruido con las cucharas. Cerca de ellos yacía la madre, delgada, pálida, levantando a cada rato las rodillas hasta el pecho. Por sobre sus negros cabellos enmarañados se deslizaban el sufrimiento y el dolor, y apretaba los dientes para no gritar. Los chiquillos, con la cuchara metida en la boca, se volvían hacia la madre, la miraban y vuelta al plato.

— ¿Has comido ya, Semenko?

— Sí.— contestó un rapaz de seis años.

— Toma entonces la escobita, rocía con agua el suelo y barre el cuarto. Mamá no puede agacharse porque le duele mucho por dentro. No levantes mucho polvo.

— Salga de allí porque por usted no puedo barrer.

La madre se levantó y arrastrando los pies, se fue a la cama.

— Ahora lávate bien, Semenko y que también se laven Katrusia y María. Corre al pozo y trae agua en el cántaro, pero cuidado de no caerte, no te inclines mucho...

— Semenko, ve al huerto y trae pepinos en el cedazo para que mamá los ponga a salar en la vasija, porque veo que voy a ponerme enferma y ustedes no tendrán lo que comer con pan. Arranca también algunas hojas de guindo y de rábano silvestre. Cuidado, no destroces el pepinar, arráncalos juntito al tallo.

— Semenko, quita del cerco las camisillas y tráelas para que las remiende, porque andan negros como tordos.

Semenko no hacía más que correr de un lado a otro, cumpliendo todo lo que la madre le

decía; cada tanto le daba un pescozón a las hermanas menores y refunfuñaba diciendo que las muchachas lo único que sabían hacer, era comer.

— Pero si todavía son pequeñas, Semenko; cuando crezcan ellas serán las que te lavarán las camisas.

— Yo no las necesito, pronto me iré a trabajar y allá me lavarán las camisas.

— ¡Hijo!... ¡No te apures con el trabajo porque más de una vez vas a llorar!...

— Papá también creció de criado y ya ve que nunca le falta nada.

— Tú también te irás de criado a hacerte hombre y crecerás hasta que se te raje el pellejo... Bueno, déjate de hablar, Semén y apróntate para llevarle la comida a tu padre. Ha de andar tan hambriento que se habrá puesto medio cegato de tanto mirar si vienes.

— Quiero llevar el cayado de papá para ahuyentar a los perros.

— ¿Y si lo pierdes? Tu padre nos dará una paliza a los dos. No vayas con la cabeza descubierta, ponte aunque sea el sombrero de papá.

— Ese sombrero se me cae todo el tiempo sobre los ojos y no me deja ver el camino.

— Toma la vasija y llénala de borsch.

— No diga más, que yo sé lo que hacer.

— Cuidado, Semenko, que no te muerdan los perros...

III

A pasitos cortos, el niño caminaba sobre la gruesa capa de polvo dejando tras de sí, cual florecillas blancas, sus diminutas huellas.

— ¡Uf!... ¡Hasta que llegue, este sol me va a asar de lo lindo!... Si me levanto el pelo como un soldado, entonces voy a poder caminar mejor.

Dejó el hato con la comida en el suelo y se puso a levantar su cabello para sujetarlo con el sombrero y parecerse a los soldados con el pelo al rape. Sus ojos reían, pegó un brinco y siguió andando. Sin embargo, la melena se le escapó debajo del sombrero cayendo sobre la nuca.

— Este sombrero me baila de grande. Cuando me ponga a trabajar, me compraré un sombrero, que, ¡bueno!... ¡bueno!...

De la satisfacción, hasta se pasó la lengua por los labios. Después de un trecho volvió a dejar el hato en el camino.

— Enseguida me dibujo una rueda grandota con los rayos y todo...

Se sentó en medio del camino, sobre el polvo y comenzó a marcar con el cayado una línea curva alrededor suyo; después dibujó los rayos de la rueda. Una vez hecho esto, se levantó, saltó por encima de la llanta y salió corriendo muy contento.

A los patios de las casas se acercaba con sumo cuidado, espiaba si no había algún perro por ahí y pasaba al trote. De uno de los patios salió un perro y se le arrojó encima. Semenکو se asustó, dió un grito y cayó sentado en el sue-

lo con el almuerzo del padre entre sus manos. El cayado fue a parar a un costado del camino. Largo rato estuvo así, acurrucado, esperando las mordeduras del can. Luego se decidió a mirar y vio que un animal negro estaba parado tranquilamente junto a él.

— Toma, toma polenta, gitano, pero no me muerdas, porque eso duele mucho y encima tu dueño tendrá que pagar una multa. Y si lo multan, entonces sí que te rompe las patas.

Pellizcaba pedazos de polenta fría del interior del hato y se los iba arrojando al perro. Y reía al ver cómo éste los atrapaba en el aire. El animal tenía las fauces abiertas y el chico también había abierto la boca.

— ¿De quién eres, bribón?... Andas dándole de comer a los perros por el camino. ¿Y qué vas a llevar al campo?...

Diciendo estas palabras, una mujer le dió un pescozón al niño.

— ¡Lo único que me faltaba!... ¡El perro me quiere destrozarse y usted me pega encima!...

— Tú, ¿de quién eres, tan educadito?...

— Soy el hijo de Iván Petroviy. Mamá tuvo un niño y anda enferma, por eso soy yo quien tiene que llevar la comida; los perros me muerden y usted me pega...

— ¡Ay!... Mira que te he pegado... ¿A quién llevas la comida?

— Se la llevo a papá, él está en el campo, junto al estanque...

— Pues, ven conmigo, tunante, porque yo también voy para aquel lado.

Prosiguieron juntos.

— ¿Quién hizo la comida?

— Fue mamá, porque yo todavía no sé cocinar y la María con Katerina son más chicas que yo.

— Pero... ¿no dices que tu mamá está enferma?

— ¡Seguro que sí! Está tan mal que hasta se revuelca por el suelo; ¡se queja que da miedo!... Pero yo trabajo en lugar de ella...

— ¡Vaya con el trabajador!...

— Usted no sabe nada y por eso habla así. A ver, pregúntele a mamá lo inteligente que soy. Me sé todo el padrenuestro...

La mujer se echó a reír. Semenko se encogió de hombros y se calló. El perro corría tras ellos y el chicuelo hacía como que le arrojaba polenta para incitarlo a que los siguiese.

IV

Tres días más tarde.

Semenko con las hermanas estaban sentados en medio del cuarto, allí se hallaba el dornajo donde dormía el recién nacido. Junto a ellos había un plato hondo lleno de pepinos frescos cortados y algunos pedazos de pan. En la cama yacía la madre, rodeada de ramas verdes de sauce. Un enjambre de moscas zumbaba sobre su cabeza.

— Terminen de comer y quédense quietos porque yo voy a llevar a la criatura a lo de la Vaseleja para que le amamante. Papá dijo que la lleve por la mañana, al mediodía y por la tarde. Por la noche él mismo la va a llevar cuando regrese del campo.

— Semenka, ten cuidado con la criatura, no la vayas a descoyuntar...

— Creí que estaba durmiendo. Papá dijo que le dé agua fresca y un panecillo para comer. María es tan respetuosa, que agarró el panecillo y le pegó un mordisco. Pero yo le di una paliza y se lo quité. ¿Lo va a comer?...

— No quiero...

— Papá hizo una vela más y dijo que cuando usted se esté muriendo, yo la coloque entre sus manos y la encienda. Pero yo no sé cuando dársela....

La madre, con ojos grandes y brillantes, miró a su hijo.

Una tristeza infinita, una pena inmensa y un miedo impotente se reunieron en esos ojos e hicieron cuajar dos lágrimas cristalinas. Estas rodaron hasta las pestañas y allí quedaron en suspenso.

— Esta mañana papá estuvo llorando en el galpón y ¡había qué ver cómo se daba de cabeza contra el marco de la puerta!... Todo lloroso, cogió la guadaña y se fue al campo...

El niño tomó a la criatura y salió de la casa.

— Semenka, ¿me oyes?... No vayas a permitir que la madrastra le pegue a Katrusia, ni a Mariyka, ni a Vasselko. Porque la madrastra les va a pegar, no les dará de comer ni les pondrá camisillas blancas.

— ¡No se lo voy a permitir y se lo voy a decir a papá!

— ¡Hijo de mi alma!... ¡Tesorero!... No va a servir de nada... Cuando crezcan no dejen de quererse. Que haya mucho, muchísimo cariño entre ustedes. Ayúdales y cuida que nadie los ofenda...

— Cuando me vaya a trabajar me haré fuerte y no voy a dejar que los ofendan. Todos los domingos vendré a verlos.

— Semenکو, dile a papá que yo le pido mucho que los quiera a todos ustedes...

— Coma el panecillo, mamá...

— Arrulla a la criatura para que no lllore.

Semenکو se puso a menearla entre sus brazos, pero no sabía como arrullarla. Entonces la madre se limpió los labios reseco con la palma de la mano y entonó una canción de cuna.

Toda su alma se iba vertiendo en ese canto débil y entrecortado que descendía hasta los niños, besándoles las cabecitas. Pronunciadas en voz muy baja, esas palabras casi ininteligibles iban contando como las hojas de arce se habían desparramado por el campo desierto y ya nadie las podría juntar, nunca más volverían a ser verdes. Su canto trataba de salir del cuarto para volar al campo solitario, como queriendo ir tras las pobres hojuelas huérfanas...

EL ENTIERRO

Delante iba un niño de cuellito alto, blanquísimo. Entre sus manos llevaba una cruz negra de la cual no quitaba los ojos de encima. Detrás de él marchaban cuatro mocitos de su edad y porte, cargando en andas un pequeño ataúd. En el ojillo de la tapa había una crucecita blanca, en tanto que el cajón era todo azul. En su cabecera había clavada una coronita de flores de un amarillo sucio, de esas que crecen junto a las piedras en los patios de las casas. Esa coronita semejaba a las rosquillas que los campesinos pobres ofrendan a la iglesia en busca de perdón para sus pecados.

Tras el ataúd, a paso lento, iban varias mujeres. Era difícil decir cual de ellas era joven y cual era vieja. Llevaban en la mano pequeños cirios apagados. Bajo el brazo, unas plantas medio marchitas. Eran de esas plantas debiluchas que casi nunca ven el sol y por eso tenían un color verde opaco de un lado y amarillo claro del otro.

El aire estaba cargado de una neblina espesa, estancada; bajo los pies, la piedra mojada.

Una mujer llora mientras la otra le va diciendo:

— Cuando estaba sanito, se las pasaba todo

el día jugando junto a mi garita. Escarbaba en el charco que dejó la lluvia y sacaba de allí toda clase de piedrecitas. Parecía un polluelo sin su clueca; lo que les digo, un polluelo. La purísima verdad, se lo juro; toditos los días después de elegir los panecillos más duros que tenía, lo llamaba al puesto. El se sentaba entonces junto a mí y comía. ¡Daba gusto verlo comer!... Con sus manecitas pellizcaba migajas de pan y se las llevaba a la boca, una tras otra. ¡Qué Dios apunte en mi cuenta los panecillos que le di al pichón!...

La mujer siguió llorando.

— Fue el otoño quien terminó con él... ¡Sí, sí, el otoño, el viento húmedo y las heladas! Usted se las pasaba todo el día fuera de casa mientras que a él, la enfermedad lo iba consumiendo poquito a poco, hasta que terminó por matarlo. Yo iba a verlo, le llevaba panecillos frescos, pero él ya no comía. Lo único que había que darle a cada rato era agua. Acostado en la cama parecía un pescadito, con la boquita todo el tiempo abierta. Luego se puso escarlata, ¡estaba que ardía!... Ni que alguien hubiera prendido fuego debajo suyo y arrojase sus huesecillos sobre las brasas para que ardan como leña...

Todos marchaban cansados, decaídos, hendiendo con la cruz la niebla gris.

— Sin embargo, él se murió por culpa del canapé sobre el cual yacía. Dígame, ¿de dónde lo sacó usted?... ¡Por Dios, más que canapé se parece a un ataúd forrado de bolsas viejas!... ¡Hasta un sano se moriría en semejante lecho!... Yo tendría miedo de quedarme a solas

en él. Me escaparía de casa, lo haría pedazos, pero lo que es en el cuarto, no lo guardaría. ¡No!...

— Ese canapé era de su padre, sobre él vino al mundo; le tocó por herencia. Nos lo dejó cuando se mudaba del primer piso.

— ¿Y dónde está el padre ahora?

— No sé...

El pequeño cortejo dobló la esquina y siguió por otra calle. La negra cruz se cubrió de diminutas gotas grises de neblina, los niños iban ateridos de frío y las mujeres apenas si podían caminar.

Avanzaban por el centro de la calle, como sombras deshechas, ajenas y desconocidas de todos.

Ya están por llegar al cementerio, sólo que a través de la niebla gris, es imposible vislumbrarlo...

LOS BASARAB

Justo a mediodía, Tomá Basarab intentó ahorcarse en el granero.

Por suerte, la mujer de él, Tomija, prorrumpió en gritos y todos los vecinos abandonaron los trillos, todas las vecinas salieron corriendo de los zaguanes y acudieron al patio de Tomá. El valiente Antín, ése que se afila los dientes contra el canto de las monedas, subió al granero y sólo Dios sabe cómo se las arregló allí. Pero lo cierto es que bajó a Tomá todavía con vida. Mientras tanto, el patio se había llenado de gente y de críos. Todos estaban paralizados y miraban con espanto lo que ocurría.

— Ni que estuvieran en un velorio, caramba. ¡Muévanse y ayúdenme a entrarlo en la casa! ¡Qué gente boba! ¿Creen que el ahorcado los va a morder?...

A Tomá lo condujeron al interior de la casa y el gentío saliendo por el portón, comenzó a conjeturar, cada cual a su manera.

— Otra vez a los Basarab les dió por ahorcarse. Les falta un tornillo en la cabeza.

— Hace apenas tres años que Les se echó la soga al cuello. ¡Santo Dios!, ¡que temporal hubo ese día!... ¡El viento me arrancó el alero de la casa!...

— Ya es costumbre de los Basarab, el colgarse uno tras otro...

— Yo me acuerdo de cuando se ahorcó Mikolai Basarab, después se suicidó Iván Basarab y no terminó de cumplirse un año, cuando una madrugada encontraron a Vasel colgado en un pequeño guindo. El sacudón fue tal, que el árbol se desfloró y los pétalos blancos cubrieron por completo la cabeza del ahorcado. Ya van tres y eso que yo me considero joven, ya que recién ando por los treinta y cinco.

— Tú te acuerdas nada más que de éstos; yo hago memoria de cuando el bisabuelo de ellos se colgó de una viga. Era flor de ricacho, el dinero lo secaba sobre las sábanas y nunca andaba de a pie. Tenía un caballo negro que saltaba por encima de la tranquera y siempre andaba con el látigo en mano. Cuentan que con ese látigo acicateaba a la gente para que fuese a trabajar a las haciendas señoriales, azotando a los pobres siervos hasta arrancarles las carnes. Una mañana, corrió la voz de que el viejo atamán se había colgado en una viga. Yo era todavía chico, pero aun hoy me parece estar viendo la muchedumbre reunida en su patio. Cuando lo descolgaron y lo llevaron al interior de la casa, estaba tan desfigurado que las mujeres rompieron a llorar horrorizadas. Los hombres en cambio, simplemente, expresaban su rencor: “¡Ah, ya no nos arrancarás nunca más la piel a tiras; fue el mismito demonio quien te colgó de la viga!” Uno o dos días después de lo ocurrido, se desató una tormenta tan grande, se levantó un viento tan fuerte, que arrancaba de cuajo los árboles y hacía volar los techos de las casas...

— Todo el mundo sabe donde están las vie-

jas tumbas de los Basarab, allá en el cementerio. Mejor dicho, no en el mismo cementerio, sino detrás de la acequia. Aquellas que están detrás del campo santo, tanto del viejo como del nuevo. Allá están enterrados nada más que los Basarab.

— ¿Y ustedes creen que el cura tiene derecho de enterrar a un ahorcado en el cementerio? ¡De ninguna manera! ¡Ni a cambio de toda una fortuna! ¿Acaso se puede enterrar entre la gente a semejante condenado?...

— ¡Oh, la, la... ahora sí que los Basarab van a andar con la cabeza gacha largo tiempo!.. Pesarosos, tristes y sombríos...

— Con tal de que éste no haya empezado la racha, porque parece que a todos los persigue la misma idea. No termina de ahorcarse uno, cuando ya hay diez listos para hacer otro tanto. Todos ellos están atados por una misma soga. La desgracia los arrastra a todos con la misma cuerda.

— Así se irán ahorcando hasta la séptima generación. Después de la séptima generación, la maldición perderá su fuerza. ¡Alguno de ellos, bien que se habrá merecido el castigo de Dios! El suicidio es el peor castigo del Señor sobre la tierra...

— Bien se ve que es Dios quien los castiga. Les da riquezas, ya que ellos son muy ricos, los dota de inteligencia y de golpe, les quita todo y encima los cuelga de una viga.

— ¡Es suficiente con mirar los ojos que tienen!... Esos no son ojos, son una llaga abierta en medio de la frente que no se cicatriza y supura. El uno tiene los ojos que son un precipi-

cio, miras y no ves nada en ellos porque esos ojos no están hechos para la vista. El otro, por el contrario, lo único que tiene de vivo en la cara son los ojos, porque lo demás es piedra muerta, la frente de piedra, la cara de piedra. Hablando de ellos... ¿acaso Tomá miró alguna vez a alguien como es debido? Sus ojos parecían estar puestos en ti, pero en realidad, miraba dentro de sí mismo, como si estuviese hurgando en un abismo sin fondo.

— Esos ojos están mirando aquél antiguo pecado por el cual están sufriendo castigo. Lo llevan metido muy adentro, para tenerlo siempre presente, para que no los deje en paz, para que les sirva de castigo.

— Estos Basarab nacen para pesar de la gente: primero se enriquecen, luego se suicidan.

— Y eso es porque la familia lleva un grave pecado encima. La penitencia la tendrán que cumplir, así se mueran todos.

— El pecado, señores, no pasa sin dejar rastos, sino que debe ser expurgado. El pecado pesa sobre la gente, luego pasa al ganado, incendia las parvas, cae en granizada sobre los verdes sembrados y regresa para llevarse a las personas, entregando sus almas a un suplicio eterno...

Las mujeres eran todas oídos y faltaba poco para que se persignasen; los niños se hallaban sentados entre ellas. Los hombres prosiguieron charlando durante largo rato sobre los pecados y terminaron por irse rumbo a la taberna...

Todos los Basarab se reunieron en lo de Semenija Basarab, porque ella era la mayor y la más rica de la familia. También trajeron consigo a Tomá. Para la ocasión, Semenija preparó de comer y de beber, sentando alrededor de la mesa a toda la parentela y disponiendo que Tomá se sentara en la cabecera.

— No llores más, Todosco, alcanza con lo tuyo. Siéntate de una vez y alegrémonos de estar todos juntos aquí. Toma asiento, querido pariente y que la dicha se instale contigo. Si Semén estuviese vivo, él sí que sabría cómo convidarlos y como servirlos. ¿Recuerda, Mikolai, como el finado le rompió la botella de aguardiente en la cabeza y tiró las empanadas al patio para que se las comieran los perros, la vez que Ud. no quiso beber con él?...

— ¡Con el abuelo no había broma que valiera: o bebías o te hacía pedazos!...

— ¡Eh, Tomá, voy a brindar por ti, porque tú eres el que yo más quiero!... ¡Aunque me emborrache!... A la abuela no le hace falta mucho para que se ponga a cantar como en sus años mozos...

— ¡Ay, Tomá, Tomá, si yo tuviera tus años!... ¡Eh, bebe, no escondas la vista bajo la mesa! Si tú en vez de bajar, levantases los ojos, sentirías más aliviada tu alma. Brinda a la salud del tío Mikola...

Alta, canosa y sencilla, la abuela se hallaba de pie frente a la mesa. Sus ojos eran grandes, grises e inteligentes. Ella miraba con ellos de una manera tal, como si no hubiese un rincón en

la tierra que ella no conociese y que, reman-
gada sus largas mangas blancas, no pudiese
hacer en él lo que sabe hacer una buena ama
de casa: limpiar, arreglar, poner en orden, ador-
narlo todo.

— Abuela, en su casa se está muy bien: hay
lo qué comer y lo qué beber y aunque usted ca-
lla, sus ojos convidan.

— Efectivamente, es así como tú dices: yo
tengo los ojos para que rían, para que bromeen.
Yo no los tengo para que lloren, ya que mi ma-
dre no me los dio para eso. Lo que hace falta es
que ustedes descorran el velo negro que les nu-
bla la vista. En mis ojos yo tengo a mis hijos,
tengo mis campos, mi ganado y mis graneros.
¿Por qué entonces, deben estar velados por la
tristeza? Cuando llega la tristeza, estallo en
llanto, lloro y me seco las lágrimas.

— No todos los caracteres son iguales, abue-
la. Hay quienes a pesar de alimentarlos con
miel y de mandarles la mejor de las primaveras
a su campo verde, lo mismo lloran.

— ¡Eh, Basarab, Basarab!... ¡No tenéis ni
hijos, ni campos, ni ganado!... Lo único que
tenéis es un nubarrón, un velo que os ciega, un
mechón negro y largo de pelo que les tapa el
sol. Por eso Dios los castiga, porque ustedes de-
ben mirar el sol, deben conocer la alegría de los
hijos y la suave caricia de las verdes espigas
sobre la mejilla. Tomá, sírvete, hombre, no te
enfades por lo que te digo. Esta abuela te llevó
a bautizar, lloró cuando te llevaron al ejército
y bailó tanto en tu casamiento, que hasta los
huesos le crugían. Yo no soy tu enemiga. El que
hayas tratado de ponerte las manos encima me

ha causado un gran enojo. Pero... coman primero, porque no me gusta trabajar de balde. Coman que ya después hablaremos.

— ¡Parentela mía, honesta y digna!... ¡Qué orgullosa me siento de vosotros y que alegría que no se olvidan de mí, que me quieren, que comen y beben de mi mesa y que dicen palabras tan bonitas!

Un fulgor de felicidad alumbró el rostro de los presentes, cual un rayo de sol que centellea de pronto sobre la negra superficie de un profundo estanque. Todos levantaron la vista y la fijaron en la abuela.

— ¡Qué pena me dais, Basarab, miren cuántos ojos y todos están llenos de tristeza y de nostalgia!...

— No hable así, abuela. Sus palabras nos han puesto alegres como el vino dulce. Nosotros la llevaríamos por turno a nuestras casas con tal de que usted nos alegrara un poco...

— ¿Es que yo, una vieja, tengo que alegrar vuestras casas?... ¿Acaso vuestras mujeres no les bordan las camisas, no les lavan las cabezas a los hijos?... Ustedes ya no ven nada, no ven porque están ciegos. Dios los castigó, enceguciéndolos...

— Perdónenos, abuela, pero nos levantaremos de la mesa y encenderemos nuestras pipas. ¿Para qué estar sentados si el estómago no da más?

— Vayan, vayan a fumar, que yo me sentaré junto a Tomá para preguntarle cual es el peso tan grande que aplasta su alma...

Tomá era un hombrecillo pequeño, escuálido, de cabello negro, cuyos mechones lisos y largos caían suavemente sobre la ancha frente. Debajo de ella, sus ojos castañoscuros vagaban como tratando de encontrar un camino en medio de una llanura inmensa. Su rostro cetrino, asustado, semejava al de un niño. Se levantó de la mesa y fue a sentarse junto, a la abuela Semenija.

— Cuéntanos, Tomá, ¿por qué te es tan difícil vivir en este mundo? ¿Por qué quieres abandonar a tus hijos, a tu mujer, a toda tu parentela? No tengas vergüenza, dinos qué es lo que te carcome por dentro, quizás nosotros podríamos aconsejarte algo o ayudarte en algo.

Todos volvieron la cabeza para mirar a Tomá.

— Habla, di, no ocultes nada y te sentirás más aliviado.

— Pero si no hay lo que ocultar — replicó Tomá — lo estuve ocultando hasta que no pude aguantar más, ahora ya todos lo saben.

— Nosotros no sabemos nada, cuéntalo tú mismo, porque de lo contrario nos pondremos a pensar de que tu mujer es mala, de que tus criaturas no son como debieran ser o que nosotros te hemos causado algún daño. Ten compasión de nosotros. Bien sabes que cuando en nuestra familia uno de nosotros se suicida, enseguida se lleva a otro tras suyo. Bien puede ser que cualquiera de nosotros, después de oír tu caso, decida colgarse — dijo el canoso Les.

Los Basarab, culpables, bajaron la vista.

— Todosko, cálmate, hombre, no llores, no llores más...

— Yo no sé de dónde ni cómo, pero de repente me vienen a la cabeza unos pensamientos que no me dejan tranquilo. Tú con lo tuyo y los pensamientos con lo suyo; tú despabilas bien los ojos para espantarlos y ellos vuelven a acosarte cual perros rabiosos que no dejan de gañir alrededor de tu cabeza. ¡Les juro que de puro gusto, nadie se echa la sogá al cuello!...

— ¿Y por qué, cuando se te forma un remolino de esos en la cabeza, no se lo cuentas a tu mujer o no vas a la iglesia?

— Eso no ayuda nada, abuela. Cuando los endemoniados pensamientos me rodean, no me dejan dar ni un paso para alejarme del lugar donde ellos decidieron clavarme. ¡Ah!... ¡si ustedes supieran lo que es eso, si lo supieran! Les aseguro que cuando me cinchan de tal manera, no hay cadena en el mundo que muerda la carne como esa. Todo el tiempo las oigo chirriar junto a mí, ¡chirr!... ¡chirr!... ¡tin!... ¡tin!... Cuando comienzan su chirrido, la cabeza se me parte y me transformo todo oídos. Por las noches me doy vuelta para taparme una oreja, pero la otra queda destapada y siento que me cruje el cráneo. Me tapo enseguida con la almohada y las cadenas aquellas empiezan a golpearla y a rechinar sobre ella. Parece como si a paladas me estuviesen echando en la cabeza estas palabras: “¡Ven... ven conmigo; te sentirás bien, muy bien!...” Entonces me agarro a la cama y quedo aferrado, hasta que las palmas parecen estallar en un lamento, como si fuesen un ser vivo...

— ¿Por qué cuentas semejantes cosas?...
¿Por qué las recuerdas? — gritó la esposa de Tomá.

— No te asustes, mujer, porque ya pasó todo y me siento tan bien como si recién hubiese nacido. Lo que quiero es que sepan cómo sufre aquel que va a suicidarse. ¡Un hombre así debe ser salvado, porque todavía en vida, el demonio se apodera de él, martirizándolo! ¡Le descuartiza las carnes, le descoyunta los huesos, se pone a escarbar su interior para cavarse un pasaje que llegue al alma para después llevársela!... ¡Qué tormento, qué espanto, qué dolor aquél!... ¡Preferiría que me cortaran una pierna o un brazo antes que padecer un sufrimiento así!...

— ¿Y cómo te acecha eso por las noches?
¿Por dónde te coge?...

— ¡Ah, eso se presiente!... Cuando llega no se fija si es de día o es de noche, si hay sol o está nublado. A veces uno se levanta tempranito, reza su oración y sale al patio. Se para en el umbral y queda petrificado. El sol ya ilumina, la gente comenzó a armar barullo alrededor de la casa y tú no puedes moverte. ¿Por qué estás parado?... Estás así porque hay algo que te dio una puntada suavecita en la sien. Ese algo baja de la cabeza a la garganta para subir luego a los ojos, a la frente. Y entonces ya sabes que desde más allá de las montañas, desde más allá de ese cielo azul, desde más allá del sol, se aproxima un negro nubarrón. Usted no está en condiciones de decir a ciencia cierta de donde sabe que va a venir, pero usted se pasa escuchando durante tres días corridos el estruen-

do que arma al correr por el cielo. En ese momento todo el juicio de uno se escapa tras el nubarrón, toda la cordura se desbanda como lo hacen las ovejas cuando el pastor las abandona. Por fuera usted parece ser el mismo, pero por dentro tiene un susto tan grande que hasta tiene miedo de pronunciar una palabra. Se te aprietan los dientes y quedas en espera de algo...

— Lo sé, Tomá, yo te comprendo, justito es así como lo cuentas — dijo Mikola Basarab.

— ¿Te has vuelto loco, Mikola?... ¿Qué es lo que te ocurre?...

— ¿Conmigo?... Nada, yo digo, no más...

Los Basarab miraron con desconfianza a Mikola y se callaron.

— Ustedes no se asusten de lo que les dice Tomá, porque solo así pueden saber cómo es que eso se le aparece al cristiano. Resulta que el tatarabuelo de ustedes estuvo lidiando contra los turcos y en esa guerra mató a siete criaturas. Las ensartó en la lanza como a pollitos en un pincho y por ese pecado Dios lo castigó. Dejó de pelear y anduvo trece años con esos niños. Mejor dicho, no anduvo con ellos, porque los cuerpos se pudrieron, pero llevaba la lanza en ristre y le parecía estar viendo allí a los críos ensartados. Desde aquellos tiempos viene la maldición de los Basarab. Mi madre me lo contó cuando yo todavía andaba de novia con Semén y por eso me aconsejaba que no me casara con él. Ahora ustedes están purgando el pecado, pero eso no ocurre siempre. No todos los Basarab llevan el pecado encima, sino que Dios elige y se lo carga a alguno sobre la

conciencia. No hay por qué espantarse, pero métanse bien en la cabeza lo que les cuenta Tomá y sepan que el pecado va a seguir pataleando hasta que no lo expíen. Porque el cuerpo aguanta todo, en él no se ve nada, es la conciencia la que lo roe a uno por dentro. Pasa lo mismo que con esos árboles altos que parecen llegar hasta el cielo. Los partes en dos y por dentro están huecos, los gusanos no se ven ni se verán nunca, pero el tronco es puro agujero. Así nos va carcomiendo la conciencia de generación en generación.

— El remordimiento es el peor de los castigos...

— Cuéntanos, Tomá, como te mordisqueea el tuyo. Debemos saberlo, no hay otro remedio.

— La conciencia te va carcomiendo, pero no te dice por qué, ya que si por lo menos yo hubiera matado a alguien o hubiera incendiado algo, entonces ella sería testigo. Pero yo soy inocente y ella me castiga igual. Y cuando el nubarrón aquel galopa por el cielo, es que llegó la hora del suicidio. Vas caminando por la orilla del río y el agua te atrae, parece besarte, abrazarte, te acaricia la frente y tu cabeza está que arde de fiebre. Y allí te zambullirías con la misma alegría que volarías al cielo. Pero de pronto, no se sabe de dónde, llega a tu cabeza esta palabra: “aléjate, aléjate, aléjate”... Y el sufrimiento te arrastra de allí con sus arreos, te quita el aliento y la cabeza parece estallar, porque te estás volviendo loco. Yo todavía me siento mal... Le echas un vistazo al sauce y de nuevo te acorrala. Los brazos cobran vida, se agitan alegres, sin que uno pueda hacer nada,

son ellos solos, no más, los que se mueven. Las manos se prenden a las ramas, las prueban, las doblan. Mientras tanto que uno, compadre, ni que estuviera de lado, no hace nada, no reacciona, son las manos las que trabajan. Y otra vez llega la palabra aquella: "aléjate, aléjate"... Las manos arden, los brazos caen como carbonizados y uno comienza a huir. Y el primero que se te cruza en el camino, ya sea tu mujer o tus hijos, también te grita: "aléjate". Les hablo, me río con ellos, pero es como si no fuese yo el que hablara, mientras que una fuerza extraña me arrastra hacia donde no hay ni un alma. Ocurre que uno se acuerda hasta de aquel peral que viera cuando aun era niño. Uno se acuerda de todo: dónde están metidas las cuñas, dónde están los ganchos, las vigas. Esa fuerza te tira de los cuatro costados al mismo tiempo y no sabes para dónde ir. Luego te abandona... te abandona de golpe. Pasa una hora, pasan dos, a veces pasa todo un día y al fin y al cabo, vuelve a aparecer. El corazón parece detenerse y te ahogas en llanto. Pero las lágrimas no se ven ni se te oye llorar. Y te obsesiona y vuelve a atormentarte. Más de una vez me bebía un jarro lleno de aguardiente y me comía un ají tras otro para que se me pasara, pero no me ayudó en nada...

Pero ayer, me estrujó tanto que perdí la razón, la vista, el dominio de mis manos... Aquello llegó justo a mediodía... Ni bien se hizo presente, ya me señaló la viga del granero. Me mostró todas sus rugosidades, todos los nudos existentes. No me resistí, porque no había cómo; desaté la soga del pesebre y subí al granero. ¡Qué

tranquilo y qué bien me sentía!... Yo ataba la soga y probaba si podía aguantarme; sabía cómo hacer el nudo corredizo, a qué altura levantar la horca. Hoy, yo mismo me extraño de la tranquilidad y la alegría con que iba a suicidarme. A Dios gracias, ya todo pasó y ahora me siento contento, muy contento...

Los Basarab parecían amodorrados por un pesado sueño.

— Son los pecados, señores, los pecados... Hay que rezar a Dios...

— Los doctores dicen que eso son los nervios, que ellos se enferman igual que las personas. Ellos andan metidos dentro de uno y cuando se enferman, le quitan el juicio a las personas...

— ¡Bahl... ¡Qué saben los médicos!..

IV

— ¡Dios, salgan a buscar a Mikolai!... ¿Dónde se ha metido? — dijo de pronto Semenija.

Los Basarab se estremecieron y nadie se movió del lugar. Quedaron petrificados.

— ¡Salgan a buscar a Mikolai, les digo!... ¿Dónde se ha metido?...

Las mujeres comenzaron a gritar. Los Basarab salieron en tropel al patio.

— ¡Silencio!... ¡Silencio, vaya uno a saber!... A lo mejor no... No griten...

EL LADRON

En medio del cuarto estaban parados dos hombres robustos, vigorosos. Tenían las camisas rotas, las caras ensangrentadas.

— Ni sueñes, hombre, con que te vaya a soltar vivo de entre mis manos...

Los dos resoplaban; fatigados, tragaban bocanadas de aire. Contra la cama se había apoyado una mujer joven, asustada y somnolienta.

— No estés parada ahí, vete ya a lo de Mijailo y a lo de Maxim y diles que vengan enseguida, porque tengo a un ladrón entre manos.

La mujer salió de la casa. Los hombres quedaron en el cuarto.

— Si te hubieras topado con uno más débil lo hubieras matado en el patio de su propia casa.

Se acercó al banco, tomó un jarro de agua y bebió con tanta fruición que se oía el gorgoteo del líquido al bajar por la garganta. Después se puso a limpiar el rostro con la manga de la camisa al tiempo que, mirándolo, le decía:

— No hace falta ir a lo del barbero, me hiciste perder bastante sangre...

No terminó de hablar que el ladrón le lanzó un puñetazo entre las cejas.

— ¡Ah, te gusta pegar!... ¡Ahora vamos a ver quien pega mejor!

Y tomando un leño de haya lo blandió en el aire y se lo lanzó. El ladrón cayó al suelo. Un chorro de sangre apareció en las piernas.

— Ahora escápate, si puedes. Yo no te voy a decir nada...

Estuvieron callados largo rato. La luz tenue del quinqué a duras penas lograba perforar la oscuridad para llegar a los rincones del cuarto, mientras que las moscas comenzaban a zumbar indecisas.

— Hombre, párate esa sangre, porque la vas a perder toda.

— Dame agua, patrón.

— Ahora te doy. Toma, reponte, porque no sabes lo que te espera.

Siguió un largo silencio.

— ¡Mira que eres fuerte, patrón!...

— Ya lo creo que soy fuerte, infeliz. ¡Yo me cargo un caballo a cuestras!... Por eso te repito que te equivocaste al venir aquí.

— ¿Eres blando de carácter?...

— Lo soy... pero a los ladrones no los suelto vivos...

— ¿Así que tengo que morir aquí?

— Vaya uno a saber, eso según seas duro o blando. Porque si eres duro, a lo mejor aguantas...

Y volvió a reinar el silencio en la pequeña casita.

— ¡Párate la sangre!...

— ¿Para qué?... ¿Para que duela más cuando vayas a pegarme? Es la sangre la que hace doler.

— Seguro que si pego tiene que doler, a menos que te apures en entregar tu alma al cielo.

— ¿Y no le temes a Dios?...

— ¿Acaso le temías tú al Señor cuando te metías en el granero? ¡Todos mis bienes están allí!... ¡Si los hubieras robado, no saldría nunca más de la miseria! ¿Por qué no vas a robarle a los ricos? ¿Por qué te metes con los pobres?

— No vale la pena hablar, todo está perdido. Si tienes que pegarme, pégame y déjame en paz.

— Seguro que te voy a pegar.

En el suelo se formó un charco de sangre.

— Patrón, si tienes un poco de alma, no me mates de a poco, toma el leño y dame un golpe por la cabeza como me lo diste por las piernas. Así tendrás menos preocupaciones y a mí me será más fácil morir.

— ¡Qué más quisieras tú, que morir de un solo golpe!... Aguanta un poco, espera a que venga la gente...

— ¿Quieres armar baile con tus vecinos?

— Ya llegan.

— ¡Gloria a Jesucristo!

— ¡Eterna sea su gloria!

— ¿Hay alguna novedad, Gueorgui?

— ¡Claro!... ¡Tengo visita y hay que convidarla!...

— ¡Ni que hablar!

Con sus cuerpos, Maxim y Mijailo llenaron toda la habitación, sus cabezas llegaban hasta el techo y la melena les caía hasta la cintura.

— Acomódense y perdonen que les arruiné la noche.

— ¿Es ése que está en el suelo?

— El mismo.

— El hombre es fuerte como un toro. ¿Le costó mucho trabajo meterlo adentro?

— Ya lo creo que es fuerte. ¡Es fuertísimo!... Pero se topó con uno más fuerte que él. Bueno, compadres, antes de empezar algo, sentémosnos a la mesa, también inviten al huésped.

Gueorgui salió y al instante regresó con un botellón de aguardiente, tocino y pan.

— ¿Por qué no lo invitan a la mesa?

— Dice que no puede levantarse.

— Ahora le ayudo.

El dueño de casa levantó al ladrón asiéndolo por los sobacos y lo sentó a la mesa.

— Gueorgui, ¿usted ya tuvo alguna agarrada con él en el cuarto?

— Me quiso aturdir de un golpe. Cuando me encajó el puñetazo entre las cejas, les juro que por poco no caigo al suelo. Pero tantí un leño que estaba al lado mío y se lo largué por las patas. El desgraciado cayó sentado.

— Usted no se extrañe, puesto que todos tratan de defenderse.

— No, si yo no digo nada...

El ladrón estaba sentado a la mesa, pálido, apático. Junto a él estaba Maxim, un poco más allá, Mijailo. De pie, arrimada al horno, estaba la dueña de casa, arrebujaada en su pelliza.

— ¿Qué es lo que quieres hacer con él, Gueorgui?... ¡Ay, vecinos, háganlo entrar en razón!... ¡Mi marido quiere matar a ese hombre!

— Mujer, veo que tienes miedo, vete mejor a lo de tu madre, pasas la noche allí y mañana vuelves.

— ¡Yo no saldré de aquí!

— Entonces ven a beber con nosotros y no chilles, porque te fajo. Sube al horno y duérmete o mira o haz lo que quieras.

Ella ni se movió del lugar.

— No le hagas caso, Gueorgui, las mujeres son mujeres, flojas del todo, siempre le tienen miedo a las peleas.

— ¡Eh, que le vamos a estar haciendo caso!... Hombre, ¡a tu salud!... ¡Brindo por ti!... ¿Quién de los dos será el pecador?... ¿Tú por mi causa o yo por la tuya?... Porque pecado tiene que haber... Llegamos a un punto tal, que sin pecado no hay salida. Dale, toma...

— No quiero.

— Debes tomar, si yo lo pido. El alcohol te refrescará un poco, porque andas todo caído.

— Yo no quiero emborracharme con ustedes

Los tres hombres se volvieron hacia el ladrón. Y él vió que aquellos ojos torvos le auguraban la muerte.

— ¡Sea, tomaré pero cinco copas de un golpe!

— Bebe, que si hace falta, traeremos más.

Fue llenando una tras otra, seis copas y se las bebió. Después bebieron Mijailo y Maxim. Comían y volvían a beber. De pronto, Mijailo preguntó:

— Dinos, hombre, ¿de dónde viniste a nuestro pueblo?... ¿Eres de por aquí cerquita o de lejos?

— Soy de este mundo.

— Entonces habla. ¿De qué familia eres? ¿Hijo de campesino, de comerciante o de hacendado? Porque así sabremos como tratarte. Al campesino se le pega así: tres veces por la cabeza con el cabo grueso del timón y unos cuantos golpes por la jeta, para que se desplome. Eso porque el campesino es duro y hay que darle duro pues. Ahora, cuando ya lo tienes en el suelo, es fácil la faena. En cuanto al señor hacendado se le trabaja de otra manera: no le muestres el timón porque se te muere ahí mismo, asústalo con el látigo. Y cuando él esté hecho un temblor, pégale dos veces por la trompa, pero no muy fuerte. Igual ya está a tus pies. En ese momento camínale por encima un minuto, dos y está listo. Las costillas se le hicieron trizas porque tiene los huesos blanquitos como el papel. Lo que es el judío, a él como primer tratamiento, lo tomas por las patillas; él salta, escupe, se retuerce como un muelle. Pero no le hagas caso; mete tu pulgar entre el índice y el dedo medio y te pones a pincharlo por debajo de las costillas. Esta pelea es fácil, pero duele mucho...

Los patrones largaron una carcajada pesada, imbécil, en tanto que Mijailo pasaba la cabeza por detrás del hombro de Maxim en espera de la respuesta del ladrón.

— A ver, ¿qué religión profesas?

— Si usted se ha puesto a beber, patrón, de ningún modo me va a soltar vivo de aquí.

— Por cierto que has dicho una gran verdad, por eso te quiero aun más.

— Antes de matarme, denme aguardiente

para mamarme bien y no darme cuenta de cuándo ni cómo voy a morir...

— Si es para eso, bebe, yo no tengo nada en contra, pero, ¿para qué viniste a mi casa?... ¡Maldito seas!... ¡Yo soy duro como una roca y de mí no se escapa nadie!...

El ladrón se tomó otras cinco copas.

— Ahora peguen cuanto se les de la gana, yo ya estoy listo.

— Espérate, hermanito. Está bien que te hayas saciado y te sientas a gusto, pero nosotros no. Tú tomaste de a cinco y nosotros de a una. Cuando emparejemos la cuenta, recién vamos a hablar.

Los ojos de Mijailo ya estaban alegres. Maxim pensaba en algo, pero tenía miedo de decirlo. Gueorgui a su vez, se sentía intranquilo.

— Será una desgracia. Yo lo dejaría ir, hay algo que me tira, ni que fuesen cadenas... ¡En fin, comamos, bebamos!...

— Déjeme besarle la mano, patrón.— dijo de pronto el ladrón dirigiéndose a Maxim.

— ¡Caray, hombre!... ¡Tienes miedo! ¡Eso no está bien!

— Le juro por Dios que no le tengo miedo, soy capaz de jurarlo mil veces.

— ¿Y entonces para qué?...

— Ahora me siento aliviado, por eso quiero besarle la mano a este patrón; tiene canas, bien podría ser mi padre...

— Déjame en paz, hombre, yo soy flojo de alma, no quiero; arréglatelas solo...

— ¡Déme la mano, si no va a tener pecado!... ¡Yo quiero besarlo como si fuera mi padre!...

— Yo soy completamente flojo, muchacho, no me beses.

Mijailo y Gueorgui quedaron boquiabiertos y hasta dejaron de beber. Se les erizó el copete y no daban crédito a sus oídos.

— Lo que quiere es embaucarnos. ¿Estás probando ablandarnos, desgraciado?... ¡Estas mañas ya las conocemos!...

Maxim desencajó los ojos como un carnero degollado y no llegaba a comprender lo que pasaba.

— Calculaste que soy un flojo y acertaste justo...

Hablaba como excusándose delante de Mijailo y Gueorgui.

— Déme la mano, patrón, démela, pero que sea de alma. Si se la beso me voy a sentir mejor. Ya veo que tendré que despedirme de este mundo, por eso quiero empezar por usted.

— No me beses porque me aflojo del todo. Deja. Igual te perdono.

— Se lo ruego... Mi muerte será atroz. Yo nunca le he besado la mano a nadie, así, de corazón. Les juro que no estoy borracho, pero quiero hacerlo...

— Cálmate, no ruegues más y no te acerques, porque te encajo un golpe que ni tiempo a sacudirte vas a tener.

— ¡Piensa que lo quiero engañar?... ¡Si le estoy diciendo la purísima verdad! Cuando tomé aguardiente se me despejó la cabeza. Sé que tengo que morir y que tengo que besarle la mano a este señor, si no, Dios no perdonará mis pecados... ¡Deme la mano, patrón! ¡Díganle que me de la mano!...

— ¿Qué es lo que quiere de mí, si yo no puedo ayudarle?... Soy muy compasivo y esto no lo puedo aguantar más...

Maxim no sabía dónde meterse ni cómo salir del apuro. Estaba más avergonzado que una moza.

— Mire que soy blando. ¡Caramba!... ¡Siempre soy el hazmerreír! ¡Carácter de porquería!... Pero si ustedes saben que si bebo un poco, lloro. ¡Bien que lo saben! ¡No había por qué llamarme entonces, pues saben bien que soy como la seda!...

El ladrón quiso tomarle la mano a Maxim y besársela.

— Este pillo quiere engatusarnos con sus artimañas. Déjelo, Maxim. Apártese de su lado.

— Traiga más bebida y sirva tres copas de corrido, ya que hay lo qué comer — dijo Mijailo.

— No se vaya, don Maxim, no se vaya... ¡No me deje solo, porque ahora mismo voy a morir!... Yo no tengo miedo, le juro que no tengo miedo, pero hay algo que me roe aquí dentro...

El reo comenzó a temblar de pies a cabeza, sus labios se estremecían como si tuviese frío. Mijailo y Gueorgui proseguían bebiendo sin hacerle caso.

— ¿Por qué ese miedo?... ¡No es para tanto!... Ahora te doy la mano para que la beses, ya te la doy, aunque después me la arranquen. Toma, bésala, si así lo deseas...

El ladrón se prendió a la mano mientras que Maxim parpadeaba como si alguien lo estuviese abofeteando.

— No hay que ser flojo, porque los flojos no sirven para nada...

Mijailo había abierto la mano en abanico y mostrándosela a Gueorgui, decía:

— ¡Mire!... ¡Mire, qué dedos éstos, tan fuertes, tan ansiosos de pelea, tan deseosos, que donde se prenden arrancan con pellejo y todo!...

Gueorgui no hablaba. Se sobaba las manos con saliva y volvía a llenar la copa.

— Basta ya, infeliz, basta. ¡Suéltame, déjame ir!... ¡Aquí no hay Dios!... ¡Yo no puedo seguir mirando todo esto!... ¡Quítame las manos de encima, no me retengas!... ¡Tengo tanta vergüenza que no sé dónde meterme!...

— ¡Yo todavía quiero besar los cuadros santos!... ¡Yo quiero besar el umbral de esta casa!... ¡Yo quiero besar a todos, quiero besar a todo el mundo!...— gritaba el ladrón.

De un salto, la mujer bajó del horno y escapó de la casa. Mijailo, sombrío y borracho, se levantó de la mesa. Gueorgui, de pie, trataba de recordar qué es lo que debía hacer...

— Usted, Maxim, mándese a mudar, que yo no lo vea aquí ni un minuto más, porque lo mato como a un gorrión. ¡Ea!... ¡Fuera!...

— Ya me voy, Gueorgui, yo no digo nada. Usted no se enoje, bien sabe que yo soy muy flojo... No sé... Me parece que cometerán un gran pecado... Yo me voy...

— ¡Váyase no más!... ¡Usted no es macho, sino una mujer que encima se hizo en las bombachas!...

— Eso mismo digo yo, que no sirvo para eso, yo...

Maxim se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

— Hasta la vista y no se hagan mala sangre... Como quien dice, yo no sirvo para eso...

El ladrón era el único que permanecía junto a la mesa. Se le veía un poco pálido, pero alegre.

— ¿Tú sales solo o hay que sacarte de ahí?

— Yo de aquí no salgo, estoy viendo que no salgo porque tengo que estar sentado aquí, bajo los cuadros santos.

— Verás que saldrás... ¡Por Dios que saldrás!... ¡Nosotros te lo pediremos!...

Y ambos se abalanzaron sobre él, como lobos hambrientos...

MI VERBO

Con los labios desteñidos y a media voz, he de hablarles sobre mi vida. ¡Ni quejas, ni penas, ni alegrías han de oír en mis palabras!...

Me alejé de mi madre vistiendo una camisa blanca, siendo yo mismo, pálido y rubio.

Se reían de mi camisa blanca. Me ofendían y humillaban.

Por eso yo andaba desapercibido, como un gatito blanco.

Sentía perfectamente toda la vileza de aquel andar felino y mi inocente corazón se iba desangrando gota a gota.

Me tocó dormir en amueblados, entre cuerpos mugrientos entrelazados por la lujuria.

Hojuela de abedul blanco en medio de tan abyectos desperdicios.

Un día me quité la camisa, obra de las manos de mi madre. Quedaron atrás los años de mi lejano pasado campesino.

Ante mí se abría un mundo nuevo, nuevo y sombrío.

Me prendí a sus faldas, pero él me miró con desprecio.

Como a un pequeño pordiosero.

Enmudecí de dolor. Y permanecí sin decir nada largos, largos años.

Palabras mías no pronunciadas, lágrimas no vertidas, risas no reídas...

¡Vosotras me aplastasteis con vuestro peso, igual que los negros escombros de alguna cruz de piedra sobre la tumba, allá, lejos del suelo patrio!

Hallé muchos compañeros.

Ellos aceptaron el nuevo mundo. Yo les hablaba del mundo aquél, del viejo mundo que abandonara tiempo ha, y de este nuevo mundo que hoy nos ultraja.

Dijeron que yo mentía.

Mas, yo arremetía con ímpetu, caía exhausto en el lodo, pero no cedía.

Una vez más volvieron a decir que era un mentiroso. Y se apartaron de mí.

Cuando a mis ojos asomaba el llanto, mi madre solía aconsejarme: — ¡Sé fiel contigo mismo, de lo contrario, los señores jamás te aceptarán como a un igual!... ¡No debías haberme abandonado nunca!

Y quedé como un tronco de haya en medio del campo.

Estuve sentado, en medio del polvo del camino.

Mis pensamientos se prendian a los terrones del largo y fértil surco. Bebían los jugos de la tierra y me alimentaban con su soledad.

Además, traían consigo el salado sudor y las quietas canciones que acompañaban al labrador y al picanero y parecían estar enredadas al arado.

Y me embriagaba con esa calma que reina entre los bueyes uncidos.

Vi además, pequeñas fogatas encendidas en medio de los pequeños pastores y las ovejas dispersas por el prado.

¡Yo he de quedarme aquí y como el viento furioso, señorearé y entonaré mi canto!

Así crié mi propio mundo.

A mi derecha están el azulino campo, y los negros terrones, y el reluciente arado, y mis canciones, y el salado sudor.

A mi izquierda está la negra maquinaria que a través de sus fauces rojas, gimiendo exhala sus maldiciones.

Y en lo más hondo de mi ser, mi mundo. Un mundo hilado de sedas, cubierto de encajes de plata y bordado de perlas.

Estoy en mi reino.

He de cincelar mi mundo como a una roca.

El verbo mío he de afilarlo sobre la piedra de mi alma y embebido en un venenoso brebaje de hierbas, lo lanzaré a la izquierda...

Irisaré mi verbo en un inmenso ramillete de rayitos de sol y empapado en el dulce néctar de las flores lo irradiaré hacia la derecha.

Y siempre, siempre, he de cincelar mi roca. Hasta colocarla sobre mi tumba, como un reflejo de belleza muerta.

Y el guindo a la cabecera de mi tumba succionará todas mis penas para convertirlas en flores.

¡Yo vivo, vivo en mi mundo!...

Como un demente, floto en las nubes de mi fantasía.

Cien veces libero las fuerzas de mi alma, para que por mundos lejanos busquen mi felicidad.

En el plácido estanque de mi ayer pasan flotando las redes de mis deseos más íntimos, tratando de atrapar las ondas más límpidas de mi vida.

Pero las redes se rompen sin atrapar nada.

Vuelven hacia mí, rendidas y vacías, cual campesinos regresando del sembradio.

Y triste, dormito en las nubes.

Paro cuando estalla el trueno, levanto mi cabeza hacia el cielo.

Y vuelo, vuelo, sobre los negros nubarrones...

Cual flecha áurea hiendo las alturas fulgurantes.

En mis negros cabellos se esconden las estrellas como si se escondiesen tras negras nubes.

La fría nubosidad de mis pupilas cual una tibia lluvia, riega la tierra sedienta.

Pero llegar al sol, no puedo.

Y desde lo alto, caigo.

Y como vaga el viejo soldado con sus muletas, así vago yo...

Mis heridas alas se cicatrizan y nuevamente vuelo hacia el sol, hacia la dicha.

Y otra vez hiendo la bóveda celeste y caigo...

Yo fui feliz.

Cuando en mi niñez me hundía en los ojos de mi madre y veía desplazarse en ellos suavemente, los purísimos celajes de la felicidad, yo me sentía feliz.

La muerte cubrió con su manto aquellos ojos.

Yo continúo buscando la dicha bajo el sol y continúo cayendo...

EL JUICIO

Kovaliuk levantó en alto una bolea y dijo a los músicos:

— ¡Toquen como es debido, porque este casorio tiene que hacerse de fama en toda Ucrania, en Kolomía y en Stanislav!...

— ¡Este ya no necesita casorio, pero aquí hay dos que todavía quieren baile!

Y señaló a Fedkó Prodan que se hallaba tirado en la nieve con el cráneo roto. La mujer de la víctima, sentada junto al muerto, tenía en sus manos el sombrero de su marido y le preguntaba:

— Dime, ¿qué hacer ahora?... ¿Qué quieres que le diga a los hijos?...

Y siguió diciendo algo más como si con ello pudiera llegar al más allá.

Mientras tanto, Dmitró Zolotiy se paseaba delante del portón con un grueso timón en mano y no hacía más que repetir a la gente aglomerada en la calle:

— ¡Mejor que nadie se atreva a arrimarse, porque en el acto lo duermo de un golpe!... ¡Lo garantizo!...

— ¿A quién le están pegando?

— A los ricachos.

— ¿Quién es el que pega?

— Los del casorio.

— A Fedkó, ¿ya lo mataron?...

— Ese ya fue a parar al otro mundo.

— El muerto es él, eso está claro, pero... ¿a quién meterán en la cárcel?

La campana del pueblo empezó a tañer en señal de alarma.

— Ahora no más, viene corriendo la gente y van a ver que no lo entregan...

— ¡Oh!... ¡Bien que lo han de entregar!... De lo contrario la gente no se moverá de aquí...— respondió Zolotiy.

A la entrada del zaguán había comenzado una nueva trifulca. Mijailo Pecheniuk se había apoyado de pies y manos en el marco de la puerta y nadie, ni Petrik Sinitsya, ni los dos Zolotiy —Iván y Kalénik— lograba sacarlo afuera.

— ¡Ustedes son unos muertos de hambre!... ¡Yo soy fuerte, como carne todos los días mientras que ustedes apenas si tragan un cocido chirle y sin leche!...

— ¡Tierra vas a tragar ahora!...

Desde el fondo del zaguán, se oía el llanto de las mujeres.

— Por favor, Mijailo, no les hables así. Cállate, pídeles perdón — le imploraba su mujer.

— Continúa hablando, estúpida, que aquí no hay perdón que valga. ¡Es cuestión de vida o muerte!...

Mientras discutían, Petrik Sinitsya aprovechó la oportunidad para morderle un dedo a Mijailo. De esta manera, lo sacó al patio en un santiamén.

— ¡Listo!... ¡Ahora sí que a Mijailo le ponen la tapa!...

— ¡Mijailija, siéntese sobre la cabeza, es un buen asiento!...

— ¡Déjate de consejos, si no quieres que te “aconseje” un par de garrotazos!...

— ¡La sangre le chorrea ni que fuese un marrano!... ¡Sangre roja y sana!...

— ¡Ay, qué horror!... ¡Santíguate!... ¡Cómo le pegan!... ¡Ni siquiera un padrenuestro le dejan rezar!...

— ¡Ya está listo!... Lo liquidaron. La Mijailija ya le puso una vela entre las manos, aunque sin encender.

— ¿De qué le sirvieron sus fuerzas?... Igual lo hicieron polvo y se acabó.

— La mujer no llora siquiera, está rendida.

Del zaguán salió corriendo un grupo de mujeres y en medio de ellas, un hombre: Kasián. Los hermanos Zolotiy junto con Sinitsya, se lanzaron tras él.

— ¡No trates de esconderte bajo las faldas de las mujeres, ricachón, porque igual te alcanzaremos!...

Las mujeres hicieron un ruedo defendiendo a Kasián.

— ¡No me entreguen!... ¡Por lo que más quieran, no me entreguen!...

— ¡Miren el miedo que tiene Kasiánito!... ¡Con ese es con quien hay que arreglar bien las cuentas, porque de todos los ricachos, él es el peor!...

— Está asustado. No es como Mijailo, aquél no tenía miedo.

— ¡Miren, miren como las desgraciadas mujeres les escupen a los Zolotiy!...

— ¡Agarraron al pobre Petrik y se le echaron todas encima!

— ¡Y a pesar de todo, no lo entregarán!...

— ¡Y ustedes por qué se meten desde allí?... ¡Lo único que saben hacer es romperle el alma a las mujeres y arrancarle las patillas a los judíos, pero cuando hay una pelea de verdad, entonces se echan a un costado y no hacen otra cosa que gañir como cachorros!

Estas palabras fueron dirigidas a los presentes por una de las mujeres que defendían a Kasían.

— ¡Y usted, señor alcalde, por qué no pone un poco de orden? ¡No ve como las mujeres lo estan haciendo en lugar suyo?

— ¡Qué inteligentes que son!... ¡Alcalde, ve y expone tu cabeza, ya que una manga de atorrantes se complotó para garrotear a los ricos!...

Mientras tanto, se hizo completamente de día. En medio de la blanca nieve, las casas semejaban una bandada de aves negras. El bosque susurraba con más tranquilidad. La campana continuaba su tañido de alarma.

De entre el grupo de mujeres salió Ivanija Zolotá, tomó por la manga a su ensangrentado marido y dijo:

— ¡Fíjate, hombre, en los paisanos, en la aldea, en el bosque y recapacita!... ¡Qué es lo que has hecho?... ¡Las personas no son animales!...

Tras ella se adelantó la mujer de Kalénik.

— ¡Anda, desgraciado, vete enseguida al penal!... ¡Ni te aparezcas por casa, porque de lo

contrario agarro a los críos y me marchol... ¡Te digo que es mejor que no vengas!

Los músicos dejaron de tocar. Kovaliuk continuaba de pie con la bolea en las manos y no sabía lo qué hacer con ella. El sol acababa de asomar su pupila dorada.

Los tres Zolotiy soltaron los palos y las azadas y fueron hacia el bosque. Kovaliuk comenzó a llorar en tanto que Petrik Sinitsya se dirigió a su casa. Pero ni bien llegó al umbral, se desplomó y comenzó a lanzar espuma por la boca. Los curiosos salieron de su estancamiento y comenzaron a levantar a los caídos.

II

El juicio debía tener lugar en la casa de Onufrio Melnik. Ninguno de los hacendados ricos tenía derecho de asistir: juzgaban los más pobres. Onufrio organizó el juicio, designó a los jurados, al procurador y al defensor. En cuanto a él, se sentó junto a la mesa y habló de esta manera:

— En la aldea la gente se lleva mal, se temen unos a otros y los domingos en la iglesia no se oye otra cosa que mentar a los pobres. Los gendarmes se la pasan husmeando por aquí y por allá y las campanas anuncian a cada tanto, la llegada de alguna comisión. Profanan las tumbas, andan a los tajos, destrozan todo y nosotros, los pobres, no tenemos quien nos defienda ni quien nos aconseje. Por eso debemos juzgarlos nosotros mismos y si resultan culpables, les daremos el castigo que se merecen.

Así habló Onufrio a los pobres. Se habían congregado casi todos los del pueblo. Ocuparon

toda la casa. Se sentaron en el lecho, sobre el horno, en el zaguán y el resto, en el patio.

— Si llega a venir el alcalde para dispersarnos, no lo dejen entrar. Y si insiste, dñle un par de sopapos y que se mande a mudar. Y ahora, señor procurador, léanos el acta de acusación...

Yakiv Dídik se levantó del banco y dijo:

— Iván Zub es un campesino pobre y como ustedes saben, festejaba el casamiento de su hija. Como todo pobre, ¿saben?... se siente contento cuando un rico le visita, porque con la llegada del rico hasta los santos se iluminan, puesto que ya va a haber quien se siente debajo de ellos. Es así que aquel día se reunieron los más pobres, pero Zub ya había invitado a tres ricachones: Fedkó Prodan, Mijailo Pecheniuk y a Kasián Kropivka. "Dios les de salud y largos años de vida, mil gracias por haber honrado mi casa. Ahora el casamiento cobrará mayor alegría." Así decía Zub deshaciéndose en reverencias, mientras que los pobres diablos se agolpaban en el umbral. "Por favor, beban un traguito, prueben, sírvanse un bocado". Y no hacía más que atender a los ricos. Estos, mientras tanto, meta tomar, meta desplazar a los pobres de la cama. Zub se había olvidado por completo de sus invitados pobres y solamente agasajaba a los ricos... Este es el primer punto.

A esta altura del discurso, Petrik Sinitsya le interrumpió: "¡Eh, Zub, viejo!... ¿Te has olvidado de que tienes otros invitados aparte de estos tres?" A lo que Zub, algo en copas, le replicó: "Sinichka, no te metas a aconsejarme en mi propia casa. ¡Se hará como yo quiera!"

Y Sinitsya a su vez: “¡De ninguna manera!... ¡Vine al casamiento al igual que los otros, traje regalo como los demás y por lo mismo, quiero que me atiendas como los atiendes a ellos!”

Al oír lo que decía Sinitsya, los pobres pararon la oreja y las palabras aquellas les supieron tan dulces como la miel. Por el momento, la cuestión no pasó de allí. Comenzaron a servir el almuerzo. Delante de los ricachos colocaron fuentes con carne y tocino y muy poco de entremeses; delante de los pobres fue al revés, habían servido casi puramente entremeses, con apenas una pizca de carne. Los pobres refunfuñaban, comían poco o casi no tocaban la comida. Los ricos, en cambio, se hartaban y la grasa les chorreaba hasta los codos.

En eso Iván Zolotiy levantó un vaso que estaba delante de los ricachos y exclamó:

— ¡Hermanos, por lo menos bebamos aguardiente, ya que no nos dan de comer!...

— Dime, Zolotiy, ¿y lo que tienes en los platos delante tuyo, no es un don del Señor?..

— Sí, pero... ¿por qué hay tanto don de Dios delante de los ricachos, mientras que delante de los pobres apenas si hay migajas?

Los ricos se sonrojaron, se miraron de soslayo, pero se callaron la boca. Terminaron de cenar, comenzó a tocar la orquesta. La gente se lanzó al baile. Pecheniuk invitó a la Kasiánija y salieron a danzar. Al bailar, no hacía más que apretarla todo el tiempo. Petrik no pudo aguantar más y le largó una bofetada a Mijailo, éste sin esperar mucho, se la devolvió.

— ¡Epa!... ¡Terminen con ese juego de manos! — gritó Zub.

Kasianko replicó en el acto:

— ¿Sabe qué, Zub?... ¡Aquí tiene cincuenta leu; le pago todos los gastos del casamiento, pero sáqueme a esta basura de la casa!

Este es el punto segundo.

Aquí el asunto se convirtió en una cuestión de vida o muerte. ¡Santo Dios!... Kalénik Zolotiy le largó una trompada a Kasianko rompiéndole la jeta de tal modo que le hizo perder una palangana de sangre. Mijailo, a su vez, agarró a Kalénik por el cogote y le arrancó el pellejo junto con los pelos.

— ¡A ver, ricachones, fuera de aquí o de ustedes no queda ni el polvo siquiera!...

Si por lo menos hubieran hecho caso. Pero no. Y se armó la pelea. Los más miedosos se escaparon quedando los tres ricos, cinco pobres y las mujeres. Ellas se habían quedado todas porque sabían muy bien que durante las trifulcas nadie las tocaba. Al primero que sacaron, fue a Fedkó Prodan. Lo hicieron Kovaliuk, Petrik e Iván. Fue suficiente que Kovaliuk le diera un boleo por la cabeza, para que el cráneo se le partiera en dos. Fedkó quedó frito en el lugar, como una perdiz.

Con Mijailo Pecheniuk la cosa no fue tan fácil. El hombre es fuerte como un oso y como es sabido, no le tiene miedo a nadie. Anduvieron como tres horas forcejando por la habitación: cuatro contra uno. Es cierto que las mujeres también ayudaron, pero, ¿de qué valen las mujeres? Cuando lo tumbaron al suelo, él se sacó a los cuatro hombres de encima con la misma facilidad con que se sacude el polvo; lo volvieron a tumbar en el zaguán, pero tampoco se

entregó. Lo llevaron a rastras hacia la puerta y se aferró al marco. Fue en ese instante que Petrik Sinitsya se prendió de un dedo con los dientes y así pudo sacarlo afuera. Ni bien llegaron al patio, lo mataron a garrotazos. Petrik, Kalénik e Iván fueron quienes lo mataron. También querían matar a Kasián, pero lo que lo salvó, fue que pidió ayuda a las mujeres y éstas lo escondieron bajo las faldas y además, que ya había amanecido y a la gente se le había pasado el mareo.

Mataron pues, Iván Kalénik, Dmitró Zolotiy, Petrik Sinitsya y Nikífor Kovalyuk.

— El procurador nos acaba de leer la acusación, ahora vamos a escuchar a los culpables — dijo Onufrio.

— Iván Zolotiy.

— Presente.

— ¿Te reconoces culpable de haber matado a Mijailo y a Fedkó Prodan?

— No, yo no tengo la culpa.

— ¿Y quién es el culpable entonces?

— Nosotros no somos culpables, los culpables son los ricachos.

— ¿Cómo los ricachos?

— Los culpables son ellos porque querían echarnos del casamiento.

— Querían, pero ustedes no se dejaron echar y en cambio mandaron a los ricachos al otro mundo.

— ¿Y a mí qué me dice?

— No ladres, perro... No gruñas bajo las narices porque la vas a ligar, Ivanko. Mejor dinos, ¿con qué lo mataste?

A esta altura del juicio, los presentes comenzaron a ayudarle a Onufrio.

— Zolotiy, es mejor que digas la verdad, porque si no, vas a recibir palos — le gritaban los hacendados desde el zaguán.

— Les juro que yo le pegué una sola vez.

— ¿Con qué?

— Con la azada.

— ¿Por dónde?

— Por los hombros.

— ¿Y qué hizo Kalénik?

— Yo no sé.

— Si no lo sabes, siéntate.

— ¡Kalénik Zolotiy!

— El mismo.

— ¿Tú mataste a Mijailo?

— A él lo mataron sus riquezas.

— Déjate de argucias, Kalénik.

— ¡Qué argucias ni que ocho cuartos!... Estaba borracho, la gente se divertía en el casorio, tocaba la orquesta, los ricos querían echarnos y por eso decidimos darles una paliza.

— Buena la paliza, pero... ¿quién lo mató?

— No recuerdo.

— ¡Andas flojo de memoria!... ¿Con qué le pegaste?...

— Con lo que tenía a mano.

Onufrio no dijo nada más, solamente hizo una señal con la mano en dirección a los mozos del lugar. Estos prendieron a Kalénik.

— ¡Dénle quince garrotazos y entonces hablará!...

Y siguieron los interrogatorios y las confesiones. El público quería a toda costa, castigar en el acto a los culpables, pero Onufrio no lo

permitía y continuaba indagando a los reos. En vista de que éstos no querían declararse culpables, la gente que estaba agrupada en el zaguán comenzó a gritar: "¡Ellos los mataron, que expíen su culpa!"

Los sacaron por separado, haciéndolos pasar de unas manos a otras.

Y esas manos, ese mar de manos, los asían, se ensañaban y rugían por la aldea, dejando tras de sí los desgarradores gritos de las mujeres y las olas agonizantes de la venganza...

MARIA

María se hallaba sentada en el poyo de la casa y murmuraba:

— ¡Ojalá que nunca vinieran al mundo hijas mujeres!... ¡Se arrastran como si fuesen perras!... Unas enterradas y las otras a los arrumacos con los cosacos por las tabernas. Tontas, casquivanas y encima con la moña de novia sobre la cabeza.

¿Qué es lo que quieren esos cosacos? ¿Qué es lo que buscan? Los graneros de ella están agotados, la despensa que ni puerta tiene, está completamente vacía, la casa deshabitada, los candados herrumbrosos de los cofres andan tirados por el suelo. La mujer no quería esperarlos dentro de la casa. Esa casa descascarada, a medio derruir.

Sentada, recordaba su pasado. La cabeza apoyada en la pared, sus canosos cabellos relucían al sol, como el acero gris de una reja; sus profundos ojos negros parecían despejarle la frente arrugada y escondida entre las hebras plateadas de los cabellos, como queriendo escapar de esos inmensos ojos tristes que buscaban en el fondo de su alma los secretos tesoros de toda su existencia.

Allá lejos, al pie de las montañas, rugían los cañones, ardían las aldeas y el humo negro

reptaba por el cielo como buscando en el azul inmenso una rendija por donde filtrarse y quedar limpio de sangre y de cenizas.

A sus espaldas, las ventanas se estremecían con cada rugido del cañón. Quizás allí estén sus hijos, envueltos ya en el blanco sudario de nieve y la sangre al derramarse, dibuja flores rojas sobre ella.

Ella los dió a luz sanos y fuertes como troncos de árboles; a medida que avanzaba el embarazo, trabajaba con más ahinco y después del nacimiento de cada niño, se volvía más hermosa y más alegre; la leche que tenía era tanta que le alcanzaba no sólo para amamantar a sus hijos, sino que, incluso, podía bañarlos en ella. Además, tenía un marido fuerte y amado y una buena hacienda.

Solía ocurrir que pasaban la noche segando en la parcela y el sonar de la hoz adormecía a los niños que habían dejado a sus espaldas, cubiertos con una manta. ¿Qué más necesitaba entonces? ¿Qué es lo que podía temer? Quizás, que alguna estrella fuese a caer sobre la cabecita de los pequeños, pero ella era tan diestra que hasta una estrella ensartaría en la punta de su hoz.

Cuando terminaban de segar una parva, descansaban. Su joven esposo la besaba en tanto que ella, con sus risas, levantaba en desbandada a los pájaros de sus nidos. Y cuando sus sombras alcanzaban el confín de la parcela, se acostaban junto a los niños y por la mañana, todos se despertaban con el sol. Luego, ella acompañaba a los hijos hasta la fuente para enjuagarles el rocío que humedecía sus cabecitas. El

mayorcito traía en un cántaro, agua para el padre. El marido se quedaba en el campo y ella se dirigía a la casa, cargando un niño en brazos y llevando los otros dos asidos a la falda. Por el camino iba jugando con su prole, al igual que una muchacha juega con las cintas de su moña. Los acariciaba y los mimaba. ¿Acaso no podía permitírsele? Fuerte y sana, cumplía a tiempo con todos los quehaceres. Los hijos crecían sin que ningún mal los aquejara. Después fueron a la escuela. Estuvieron donde estuviesen, ella siempre iba a visitarlos. Cargada de roscas frescas y camisas limpias, nunca sintió dolor en las piernas. La vez que a causa de una revuelta arrestaron a sus hijos en Lviv, ella tomó inmediatamente el ferrocarril para ir a la ciudad; el tren corría, volaba de tal manera hacia sus hijos como si allí adelante, en la locomotora, estuviese ardiendo su corazón. En medio de todas aquellas madres, señoras de la urbe, se sintió por primera vez en su vida igual a ellas y se alegró al saber que sus hijos la habían elevado al nivel de los señores. Durante las vacaciones, provenientes de los más distintos rincones y comarcas, llegaban a su casa los condiscípulos de sus muchachos y entonces la casa parecía ensancharse, convertirse en un gran patio. Cantaban, charlaban, leían toda clase de libros, eran atentos con la gente sencilla y por ello la gente les tomó cariño; ella parecía florecer junto a sus muchachos, ya que con la ayuda de la inteligencia de éstos, el pueblo quería reivindicar los derechos de los mujiks, que los señores anulaban mucho tiempo atrás en el parlamento. El pueblo marchaba

con sus estandartes en alto y los señores se apartaban del camino.

Cuando estalló la guerra, sus dos hijos mayores empezaron a prepararse. El menor no quiso quedarse atrás. Ella se pasó toda la noche aprontándoles la ropa para el viaje, mordiéndose los puños para no gritar de dolor y no despertarlos. Al rayar el alba y a la luz de las últimas estrellas, los vió dormir tranquilos y entonces se calmó ella también. Se sentó en la cabecera de la cama y los estuvo mirando durante el tiempo que abarca desde el lucero hasta la salida del sol. Y en ese lapso encaneció.

Cuando a la mañana siguiente la vió su marido, le dijo:

— Tu cabeza fue quien los educó, que encanezca entonces.

Así los acompañó hasta la ciudad. Con cada paso que daba, tenía la esperanza de que alguno de sus hijos mayores se daría vueltas para decirle:

— Mamá, le dejamos al menor para que le ayude y la consuele.

Pero ninguno de ellos volvió la cabeza ni pronunció lo que ella tanto ansiaba oír. Los rastrojos enmohecidos anidaban en el fondo del alma su susurro, murmurando en sus oídos: “Así es. Ellos han renegado de ti. Los señoritos se olvidaron de la campesina”.

Una gota amarga se desprendió de su corazón, envenenándola.

En la ciudad se reunieron, tanto señoritos como muchachos sencillos del pueblo.

Los estandartes y las banderas flameaban

sobre sus cabezas y se oía el tronar de un potente canto en loor a Ucrania.

A lo largo de los muros, todas las madres tenían sus corazones en el cuenco de las manos y los soplaban para aliviar su dolor. A la caída del sol, sus tres hijos vinieron a despedirse.

Ella los llevó a un lado, apartándose un poco de la gente.

Sacó un cuchillo de entre la manga y exclamó: o el menor Dmitró se queda conmigo o aquí mismo me clavo la hoja en el corazón. Ni bien pronunció estas palabras, comprendió que con ellas había partido el mundo en dos. De un lado quedaba ella, sola, del otro, sus hijos que huían de ella... Y cayó desmayada.

Recién recobró el sentido cuando la tierra retumbó bajo las largas filas de soldados que iban cantando marchas guerreras.

Dmitró estaba junto a ella.

— Corramos, hijo, hasta alcanzarlos. Quiero que a mí, paisana tonta, me perdonen. Yo no tengo la culpa de que perdí la cabeza cuando oí que esa Ucrania se llevaba a mis hijos...

Corría gritando: ¡Iván!... ¡Andriy!... Todas las madres corrían detrás de aquellas largas y formadas filas de hijos, caían de rodillas y clamaban desesperadamente.

María despertó del ensueño de sus recuerdos, se retorció las manos y prorrumpió en lamentos.

¡Niños míos!... ¡Hijos míos!... ¿Dónde están vuestros blancos huesos?... ¡Yo iré a recogerlos y los traeré sobre mis espaldas, de vuelta al hogar!...

Sintió que se había quedado sin nadie en el

mundo, miró el firmamento y comprendió que se hallaba sola bajo la bóveda azul, que sus hijos no volverían nunca más, que todo el mundo había perdido la razón: tanto la gente como los animales.

Huía todo lo que había quedado con vida. Los caminos no daban cabida a tal aglomeración de seres y cosas. Los hijos se esforzaban por acarrear consigo lo que habían despojado a los padres. Los fugitivos se empujaban unos a otros y caían en las zanjas. Por las noches mugían las vacas, balaban las ovejas, los caballos chocaban entre sí y atropellaban a la gente.

Detrás de todo ese tumulto enloquecido ardía el mundo como queriendo señalar el camino hacia el infierno. Todos saltaban al río cuyo cauce de reflejos sangrientos, semejava una espada vengadora extendida a lo largo y a lo ancho de la tierra. Los caminos zumbaban y chirriaban. Era un lenguaje atroz, un alarido engendrado por la lucha bestial y rabiosa entre el hierro y la piedra. Parecía como que la tierra se quejase de sus desgarradoras heridas.

Y cuando se encontraron en el río, los cañones removieron la tierra de su lecho milenario. Las casas volaban por los aires cual mechas encendidas; la gente en las trincheras, se petrificó sin poder siquiera alzar la mano para santiguar a sus hijos; el río batió espumas de sangre que como coronas, giraban en torno a la cabeza de los cadáveres arrastrados lentamente por la corriente.

Luego de la batalla, cavaban las sepulturas, extraían a los muertos del agua.

En el transcurso de unos pocos días, brotaron en el campo muchas, muchas cruces. Y fue por entre esas cruces que los soldados condujeron escoltado a su hijo menor, porque al zar le trató de verdugo. Dijeron que se lo llevaban a Siberia. El camino sería largo, sangrarían los pies del mozo e iría dejando tras de sí una larga huella roja...

En cuanto a su viejo, salió una vez acompañando a los oficiales por entre aquellas cruces y no volvió más.

— ¡Ay!... ¡Pobrecitos míos, me dejásteis sola al cuidado de la hacienda en compañía de las lechuzas!...

Cuando en la mente de María, con dolor y desesperación, los recuerdos tejían un manto para cubrir con él el vacío de su vida, los cosacos aparecieron en el patio.

Se puso furiosa ya que no la dejaban tranquila y les increpó:

— ¡Ah!... ¡Ya se hicieron presentes los bandoleros!...

— Madrecita, nosotros no venimos a robarle nada, tan solo queremos calentarnos un poco en la casa. Permítanos entrar. ¡Tenemos el cuerpo y el alma congelados!

Ella les contestó:

— Bueno, entren a calentarse en la casa helada.

— ¿Y usted?

— A mí pueden curtirme a latigazos, porque como ven, para amante ya no les sirvo, soy demasiado vieja.

Uno de los cosacos —muy jovencito aun— se le acercó y comenzó a rogarle encarecidamente a que entrara junto con ellos en la casa, ya que sin ella no lo harían.

— Somos gente de los vuestros — decía...

— ¿Y porque son de los nuestros, unos destrozán a latigazos las carnes y otros sacan a las gentes a la calle para colgarlas?... ¡Los ahorcados se balancean cual árboles del bosque sacudidos por el viento y son tantos que hasta las fieras escapan de terror!...

Fueron tantas y tan ardorosas las súplicas del joven cosaco, que al fin y al cabo, María entró junto con ellos en la casa.

Ella se detuvo en el umbral y los cosacos se sentaron alrededor de la mesa.

— Véndanos algo de comer; estamos hambrientos, madrecita.

— ¿Y qué he de darles? Allí sobre el estante hay pan, en cuanto al dinero, a mí no me hace falta, ya que unos lo dan, pero llegan otros y lo quitan y encima reparten golpes. ¿Acaso vuestro zar, que es tan potente y tan rico, los manda a guerrear sin pan? Párese en el banco y alcance el pan del estante.

Con el pan, el cosaco bajó el retrato de Shevchenko que había en el estante, puesto de cara a la pared.

— ¡Quédate con el pan, pero devuélveme el cuadro, que es de mis hijos! Unos cosacos como ustedes, lo descolgaron de la pared debajo de los santos, lo tiraron al suelo y me ordenaron que lo pisoteara. Lo guardé bajo la blusa, empezaron a curtirme la piel a latigazos de tal

manera, que ni recuerdo cuándo salieron de la casa.

Arrancó el retrato de Shevchenko de las manos del cosaco y se lo metió bajo la blusa.

— Pueden matarme aquí mismo, pero el cuadro no se los doy.

Uno de los cosacos, el mismo que tanto le había pedido entrar en la casa, se le acercó, le besó las manos y dijo:

— Madrecita, a causa del aniversario de Shevchenko, yo estuve mucho tiempo preso en la cárcel. ¿Tampoco ahora no nos dará el cuadro para que lo colguemos con todos los honores bajo los santos?

— ¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué clase de gente son?... ¿De dónde vienen?... A los judíos les permiten tener su religión y su escritura, mientras que a nuestra gente se lo han prohibido. Lástima que la nieve ha cubierto los caminos, porque si no, bien que podrían ver desparrramados por toda la aldea nuestros libros arrojados fuera de las bibliotecas. Todo lo que los pobres campesinos lograron conseguir para la enseñanza de sus hijos, todo, fue a parar bajo los cascos de los caballos.

— Dénos el cuadro, se lo ruego...

Sacó el cuadro con sumo cuidado y se lo alargó al muchacho, porque ya sentía curiosidad de saber qué era lo que irían a hacer con él.

Los hombres colocaron un pan encima del otro, recostaron el retrato contra los mismos, sacaron sus pañuelos bordados y empezaron a adornarlo.

— Tan solo fíjense, cosacos, que le agraden

a Shevchenko, vuestros adornos de ropas despojadas a los judíos.

En esos momentos, uno de los hombres, canoso ya, se levantó de un salto y se quitó la vestidura cosaca: el guerrero no tenía ni siquiera camisa.

— ¡Aquí tienes, madrecita, nuestro pillaje!... Todos andamos sin camisas aunque podríamos tenerlas, muchas y muy finas. Los pañuelos con los cuales hemos engalonado a Shevchenko son de tela cosaca, regalo de nuestras esposas, de nuestras madres y de nuestras hermanas, para que cuando caigamos en el campo de batalla, nos sirvan de sudario y no permitan que los buitres nos arranquen los ojos.

María los miró, se les acercó indecisa y les dijo:

— Con seguridad, ustedes son aquéllos a quienes amaban mis hijos... Ustedes son ucranianos...

— Ucranianos, madrecita, ucranianos... Somos los que nos estamos matando unos a los otros...

María llegó hasta el entarimado, sacó del baúl una camisa y se la ofreció al cosaco que no la tenía.

— Usala, es de mi hijo; Dios sabe si regresará algún día, si volverá a usar sus camisas...

El cosaco, confundido, tomó la camisa y se la puso.

— No perdamos tiempo, cosacos, rindámosle homenaje al gran Shevchenko, nuestro padre espiritual y en cuanto al pan, lo comeremos por el camino. Ustedes bien saben cuán largo es el

camino que nos queda por hacer — los apuró el jefe de grupo.

Comenzaron a cantar.

Se estremecieron los vidrios y el canto, entre los rayos del sol se filtró por la ventana y salió a la calle, rodando por la aldea.

Al oírlo, las mujeres se detenían junto al portón, después iban a pararse al lado de la ventana y recién entonces se atrevían a entrar, primero en el zaguán y un poco más tarde, en el cuarto.

— ¿Qué es lo que está pasando aquí, María? ¿Están borrachos o tratan de embaucar a las mozas con canciones?

— No, estos son otra clase de cosacos...

— ¿Cómo otra clase?

— Así como te lo estoy diciendo, éstos son de los nuestros. Cállate la boca y escucha...

María con los ojos bien abiertos, no dejaba de mirar a los cosacos, inclinada un poco hacia adelante, como queriendo acercárseles para impedir que el canto escape de la habitación.

La canción parecía liberar su alma.

Le hacía ver allá en el cielo, toda su existencia. Todas las estrellas que observara desde su niñez, todo el rocío caído sobre sus cabellos y todas las brisas que acariciarán alguna vez su rostro.

Esa canción hacía brotar de su alma, al igual que de un cofre maravilloso, todo lo encantador y luminoso que había en ella y lo extendía ante sus ojos. María no se cansaba de mirar la imagen de su alma aureolada por tan extraño limbo.

En algún lugar, allá en lo alto de la montaña está parado un águila, la canción agita sus alas y ese suave aletear cura las heridas de su corazón, lava la sangre negra que hay en ellas.

Siente como sus pequeños hijos se prenden con sus manitas a las mangas de su vestido, como van creciendo con cada nota. Oye todas las palabras que pronunciaran durante su vida y cada una de las conversaciones sobre Ucrania. Nombres ininteligibles y misteriosos se van desprendiendo de la cabellera estelar y como un collar precioso le rodean el cuello.

Las aguas de los ríos de nuestra tierra corren agitadas y desembocan atronadoramente en el mar y el pueblo se subleva. A la cabeza de los sublevados van sus hijos y ella marcha a su vera hacia esa Ucrania, porque la Ucrania aquella, llora y gime por sus hijos bienamados, quiere que todos ellos estén juntos.

Aquel clamor parece enclavarse en el espacio celeste; el cielo se estremece y estalla, mientras la canción se detiene ante el portal de Dios y hace llegar su queja...

Cuando pararon de cantar, María quedó inmóvil, cual una imagen sagrada.

De entre las mujeres, de las muchas que allí se habían reunido, avanzó una, ya vieja, hacia la mesa.

— ¿Así que ustedes son nuestros? ¡Gracias a Dios que han venido por fin!...— les dijo.

— ¡Oh!... ¡Pobres de nosotras, nadie nos quiere!... ¡Cuánto ejército pasó por aquí, ninguno nos quiso! ¿Y el mal que le han hecho al pueblo?... Estemos donde estemos, ya sea en la

ciudad, en el camino o en nuestra propia aldea, siempre somos ajenos y nadie nos quiere.

— ¡Ay!... ¿Qué es lo que se puede esperar de ellos? Ese ejército no es el nuestro. No es como el que se describía en los libros de antaño o se pintaba en los cuadros sagrados, en aquellos tiempos cuando el ejército era todavía nuestro. Ahora son unos alquiladizos. ¿De dónde quieren que nos ayuden? Por eso si una habla de Ucrania, lo hace en voz baja para que nadie la oiga.

— Tú eres joven, sabes leer, entiendes mejor las cosas. Yo creí que eran nuestros.

— No lo vuelva a repetir, porque nos puede costar muy caro.

La viejecilla enseguida volvió al grupo de mujeres, sumidas en la tristeza y el dolor.

En cambio una joven, Katerina, se paró junto al mismo borde de la mesa y dijo:

— ¡Fíjense en esta María, en casa de la cual estamos, quedó como petrificada a causa de vuestros cantos! Ella pena por sus hijos. Dos de ellos se le han ido como voluntarios a nuestro ejército y al tercero se lo llevaron los gendarmes a Siberia. Fue en medio de soldados iguales a ustedes que al muchacho se le dió por hablar mal de vuestro zar, diciendo que el tirano hacía sufrir a la gente. Ellos lo prendieron y desapareció el mozo. Todos eran instruídos y herederos de una gran propiedad. Ninguna madre llora tanto por sus hijos como ella.

— ¡Pobre, pobre María! — murmuraban las mujeres.

— Fue justo antes de la guerra que levantamos un túmulo mortuorio en honor de Shevchen-

ko, de ese mismo que está en el retrato que hay delante de ustedes sobre la mesa. Comenzaron a erigirlo otras aldeas, después nos unimos nosotros. Hubo muchas dificultades, pues los mayores no nos permitían hacerlo de día, ya que apremiaban las faenas campestres. Entonces acordamos hacerlo por las noches: unos trajeron caballos, otros trabajaban con carretillas, hubo quienes no tenían más herramientas que un azadón. Levantamos un túmulo alto como un campanario. María y sus tres hijos también ayudaron... Cuando terminamos de hacerlo, ya anochecía. Nos humedeció el rocío y decidimos sentarnos en derredor porque nos dolían las piernas. Luego, el hijo mayor de María subió a la cima y nos habló muy bien. Dijo que desde aquel túmulo, veríamos el túmulo grande erigido allá en Ucrania, porque todos nosotros estábamos hermanados por una misma idea. Miraba de una manera extraña, como si realmente estuviese divisando a Ucrania en el horizonte. Acto seguido nos pusimos de pie y entonamos los mismos cantos que ustedes acaban de cantar.

En esto Katerina se acercó al cosaco y le cuchicheó al oído:

— Vuestras canciones son igualitas a las de los hijos de María. Por eso les pido, por lo que más quieran, que no la despierten. Dejen que crea que son sus hijos los que cantan...

LOS HIJOS

El viejo Maxim, con un par de fuertes caballos, potros aun, rastrillaba sus parcelas de trigo trechel. Las rastras volaban sobre la tierra, como si fueran plumas. Maxim tiró el sombrero en el surco y su camisa desabrochada, apenas si se mantenía sobre los hombros. La nube de polvo que se levantaba debajo de las rastras, se asentaba sobre sus mechones canos y sobre la pelambre ya blanca del pecho. El viejo vociferaba, se enfurecía y al verlo así los labradores de las parcelas vecinas, decían:

— Ese viejo sabueso siempre anda rabioso, pero aun puede aguantar a los potros. Es un forzado bien alimentado desde la infancia. Después que perdió a sus dos hijos, comenzó a gritarle a todo el mundo, tanto en el campo como en la aldea.

Maxim frenó los caballos.

— Los huesos viejos son como el sauce crecido: buena leña para el fuego, pero malos para andar corriendo detrás de los caballos. Si las rodillas te aflojan junto a los animales o las piernas se te echan a bailar, es que ya no te sirven para nada. Viejo, súbete al horno porque ya te llegó la hora.

El hombre sacudió su cabellera cana por debajo de las crines negras de los potros y prosiguió gritando:

— Todavía me quedan fuerzas, hermano, para subirme al horno pero... el horno está descascarado y hace frío. Los cuadros de los santos se han puesto negros sobre las paredes y miran el cuarto con ojos de perros hambrientos. La vieja siempre los adornaba con madroño y albahaca, renovaba el dorado de los marcos para congraciarse con las divinidades, para que la alegría reinara siempre en la casa, para que crecieran sanos los hijos. Aunque son muchos, los santos esos no valen nada. Perdí a mis hijos, enterré a la vieja y ahora no se enojen si no les ofrendo madroño, me los hubieran cuidado mejor... ¡Arre!... ¡Estrellado!... Vamos a seguir labrando la tierra hasta que Dios mande.

Y ellos marchaban de una punta a la otra de la parcela, envueltos en una nube de polvo, mientras las rastras se hincaban en la tierra, gruñían y la desgarraban, preparando un lecho blando a la simiente.

— ¡Eh!, Bosak, tú no eres caballo, eres un verdadero perro, me has mordisqueado tanto los hombros, que los tengo llenos de cicatrices. No me atormentes tú, por lo menos, pues ya la vida me ha dado bastantes golpes y apenas si puedo tenerme en pie. Te doy avena bien de madrugada, mucho antes de ponerme a comer yo mismo. Te cepillo bien, te baño con mis lágrimas de viejo y tú sales mordisqueándome. Estrellado sí que es gente; me sigue con sus ojos negros; me tiene lástima; él enjuga con sus crines mis lágrimas. En cambio tú, eres malo, no tienes corazón. Hace unos días me arrancaste un buen mechón de pelo y lo tiraste al suelo, sobre el estiércol. Así no se hace aunque

seas un caballo muy bello, con sólo haberme hecho esto ya eres malo. Sin embargo, no tengo coraje para venderte a los judíos, pero si llegara a venir San Jorge, entonces sí que te regalaría, para que fueras a aplastar serpientes con él; tú no sirves para labrar la tierra, porque en ti no hay tranquilidad.

El hombre se salivaba los dedos, limpiaba la herida del hombro y la espolvoreaba con tierra.

— ¡Arre!... ¡Arre, caballitos!... ¡Arre!... ¡Adelante!...

Decrecía el gruñido de las rastras, la tierra se abría y desmenuzaba y Maxim sentía bajo las plantas de sus pies la blandura de los terrones, una blandura que muy rara vez reina en el alma del paisano. Esa bondadosa blandura es entregada al hombre por la tierra y por eso él la ama tanto. Cada vez que tiraba un puñado de simientes en el surco, les decía estas palabras: “¡Les preparé una cuna bien blandita, crezcan hasta el cielo!”

Maxim se tranquilizó, dejó de gritar y frenó de golpe los caballos.

— ¿Por qué será que me andan doliendo estos huesos torcidos? ¿Por qué crujen todas las coyunturas de este patitieso?

Al darse vuelta vio detrás suyo, junto a las rastras, un largo reguero de sangre; el hombre se sentó.

— ¡Caray!... ¡Se me clavó un vidrio!... ¡Lo único que me faltaba!... Tengo que terminar de rastrillar la parcela aunque reviente. En cuanto a ti, parcela desgraciada, no vas a ganar gran cosa con esta sangre vieja, porque ella es como el abono añejo: nunca da buena cosecha. Yo

perdí sangre, pero tú de ello no sacarás ningún provecho.

Renqueando, desengachó los caballos y los condujo hasta el carro para pararlos delante de un montón de heno.

— No te enojés, sol, con este abuelo si ves que ha hecho el alto de mediodía antes de tiempo; lo que pasa es que el pobre no tiene cómo caminar...

Dispuesto a almorzar, sacó del morral pan, tocino y una botella de aguardiente, pero antes de ponerse a comer, lavóse cuidadosamente la herida con el alcohol, arrancó una tira de la manga de su camisa, se vendó el pie y atándolo con unos hilos de costal, completó la cura.

— ¡Ahora haz lo que quieras, sigue doliendo o para de doler o como se te antoje, igual vas a seguir rastrillando!...

Bebió unos tragos de aguardiente, tomó un trozo de pan, le dió varias mordidas y enojado, volvió a refunfuñar:

— ¿Acaso esto es pan? Para lo único que sirve es para rasquetear las potrancas sarnosas de los judíos, porque a un buen caballo le lastimaría el cuero. Un montón de estropajos con formas de mujer andan alrededor mío como un enjambre, diciéndome: "Abuelo, nosotras le prepararemos la comida, le lavaremos la ropa y usted déjenos en herencia su campo". ¿Qué se creen esas rameritas andrajosas, que estuve guardando las tierras para ellas? El día que me muera, mejor que crezcan flores en mi campo y que con sus lindos pétalos, recen un padrenuestro por la paz de este viejo.

Lanzó con rabia el pan, lejos sobre el surco.

— Hasta los dientes se le aflojan a uno al morder este afrecho... ¡Bebamos, Maxim, aguardiente!... ¡La bebida va con gusto!...

— ¡Eh!... ¡Cierra el pico!... ¡No andes graznando sobre mi cabeza!... ¿A quién le cantas?... ¿A este viejo harapiento y lleno de mordiscos?... Vuela al cielo y dile a tu Dios que no me mande más pájaros tontos a que me canten y que si de verdad es todopoderoso, entonces que me devuelva a mis hijos. Fue por su voluntad que me quedé solo en este mundo. Dile a tu Dios que no me engatuse con esos trinos. ¡Fuera de aquí!

Y el viejo arrojó un terrón contra la alondra, pero el avecilla se puso a gorjear con más empeño sobre la cabeza del anciano, sin el menor deseo de volar hasta donde estaba Dios.

— Alondra, pajarillo mío, tú no entiendes nada. Cuando mi pequeño Iván se la pasaba correteando detrás tuyo para atraparte, cuando buscaba tus nidos en las lindes y tocaba la flauta, entonces sí, pajarillo, tu canto tenía razón de ser, todo estaba bien. Tu canto junto con la música de la flauta de Iván rodaban a ras de suelo, mientras que por encima de ustedes brillaba el sol. Y ambos derramaban esa melodía divina sobre mi cabeza, sobre los brillantes arados y sobre los alegres prados. Desde lo alto, desde el sol, como a través de un cedazo de oro, Dios nos rociaba de luz a nosotros y a toda la tierra y las gentes tenían reflejos dorados. Al igual que la masa fermenta en una gran artesa, así el sol hizo fermentar la primavera sobre la tierra...

— De aquella artesa tomábamos las roscas;

también había roscas servidas delante de los músicos, las jóvenes parejas se amaban en medio de un mar de flores e iban a la iglesia para casarse; había estallado la primavera y sus olas inundaban todo a su paso; entonces tu canto, pajarillo, llenaba mi corazón y caía en mi alma como el agua fresca de un manantial dentro de un cántaro nuevo...

— Vete, pajarillo, vete. Ve a esas comarcas donde todavía no han quitado las roscas y donde aun no han matado a los niños.

El viejo se tomó de la cabeza con ambas manos y se inclinó hasta el suelo.

— ¡Es una vergüenza para ti, viejo canoso, quejarte y lamentarte como una vieja llorona!... ¡Igual tus penas no tienen remedio en este mundo!...

— ¡Ay, hijos, hijos míos!... ¿Dónde descansan vuestras cabezas?... ¡Mis tierras, mi alma vendería con tal de llegar con mis pies ensangrentados a la tumba de ustedes!... ¡Santo Dios!... ¡Mienten los libros dorados de la iglesia!... ¡Mienten, porque aseguran que Tú también tuviste un hijo!... ¡Es mentira que lo hayas tenido!... Dicen que tú resucitaste al tuyo. Yo no te digo que resucites a los míos, lo único que te pido es que me muestres sus tumbas, para que yo pueda morir junto a ellos. Tú todo lo ves, tan sólo estás ciego para ver las tumbas de mis queridos hijos...

— ¡Ojalá que tu cielo azul se parta, como se partió mi corazón!...

— ¡Vengan, aparezcan por la casa de este viejo!... ¿Acaso ustedes no abrazaban a mis hijos y no se acostaban con ellos sobre las

sábanas blancas?... ¡Ellos eran fuertes como robles!... ¡Vengan, no tengan vergüenza, traiganme al guacho para que lo vea! ¡Echaré a vuestros pies todos los tapices que tengo en casa y cortaré la batista más fina para los pañales de los críos! ¡Ven, pobrecita, porque tú vagas sola por el mundo y lloras tu humillación!

El viejo alzó los brazos al cielo y clamaba como queriendo ser oído por el mundo entero:

— ¡Ven, nuerita mía, ven pronto a lo de tu padre, que a nosotros no nos hace falta el cural!...

Anegado en llanto, apoyó el rostro sobre la tierra y comenzó a secarse con ella las lágrimas, como con un pañuelo, sin cesar de implorar:

— Y si no, ven tú, amante sin hijos. En tu cuello veré sus brazos, en tus labios florecerá el carmín de los suyos, en tus ojos, cual en un profundo pozo de agua, atraparé sus ojos y los guardaré en mi corazón, como en un cofre. Igual que un perro husmearé en tus manos, el perfume de sus cabellos. ¡Ven, amante, salva a este viejol!...

— Tú, aun andas sobre la tierra, en tanto que ellos no. Encuentra la senda hacia mi casa y tráeme una buena nueva. Humedezcan mis blancos cabellos con el rocío fresco de la mañana, porque siento que cada uno de ellos me quema como un alambre candente. Mi cabeza arde en medio de ese fuego.

Se arrancaba mechones de cabellos canos y los arrojaba al suelo.

— ¡Pelos blancos, mejor quemén la tierra!... ¡Yo ya no los puedo soportar más!...

Extenuado, cayó de bruces a tierra y estuvo largo rato así, en silencio; después comenzó a contar con voz llena de ternura:

— Cuando Andriy, —el era muy inteligente— vino a verme la última vez, me dijo: “¡Tata, ahora vamos a luchar por Ucrania!” ¿Por cuál Ucrania? — pregunté. Entonces, levantando un terrón con la espada, me contestó: “¡Esta es Ucrania y aquí está su sangre. Hoy nos marchamos para reconquistarla de manos del enemigo!” Luego continuó: “Déme una camisa blanca, agua limpia para que me lave y ¡adiós!” El fulgor de su espada me encandiló. “Hijo, —le dije— aquí tienes a Iván. El es menor que tú, pero no menos fuerte por eso. Llévalo contigo y que a los dos os entierren en nuestro suelo, si hace falta para que el enemigo no nos despoje de nuestra tierra”... “Usted tiene razón, tata —aprobó— iremos los dos.” Ni bien oyó estas palabras, mi vieja pareció envolverse en la blancura de la muerte. Yo salí hacia el umbral, pues sentí que sus lágrimas cayeron y fueron rodando como piedras muertas por el suelo. Así me pareció, pero la luz de sus ojos se había apagado...

— Ambos partieron a la mañana siguiente. La vieja, apoyada en el portón, callaba y los seguía con una mirada ausente y lejana, como si mirara desde el cielo. Al despedirlos en la estación, les recomendé: “Andriy, Iván, ni se les ocurra dar marcha atrás, les pido que no se olviden de mí, miren que me quedé solo, pues la mama terminó de morir en el portón”...

Después de tan triste soliloquio, Maxim estuvo conduciendo los caballos a lo largo de la

parcela hasta el anochecer, pero dejó de gritar y callaba. Tanto los niños que arreaban los rebaños de vuelta a los establos, como los labradores que regresaban del campo haciendo chirriar sus arados, asustados por el aspecto del viejo, no se atrevían a saludarlo. Sucio de polvo, la ropa hecha jirones, renqueante, el anciano parecía hundirse en la tierra.

* * *

Muy entrada la noche, después de dar vuelta por el establo para ver cómo se hallaban las vacas y los caballos y después de ordeñar las ovejas, Maxim entró en la casa.

— ¡Ah, infeliz de ti, estás callada, como muerta, ni que te hubieran clavado un cuchillo en pleno pecho, no puedes pronunciar ni una palabra siquiera!... ¡Enseguidita avivaré el fuego!...

El hombre coció un poco de polenta, se cambió de camisa poniéndose una blanca, cenó y permaneció un rato en silencio. Luego se arrojó y empezó a rezar:

— ¡A ti, Madre de Dios, te ruego que seas mi patrona!... Tú con tu Hijo estarás en el medio, a tu vera pon a Andriy y a Iván... ¡Tú ofrendaste un solo hijo!... ¡A mí se me murieron los dos!...

INDICE

Novelista de fama mundial (Prólogo)	3
La libreta azul	11
La despedida	15
Suicidio	18
En la taberna	23
La familia de Les	28
El artesano	33
La beata	39
Katrusia	44
Completamente sola	51
Otoño	54
La desgracia	60
Un hecho imprevisto	63
La cruz de piedra	68
El consejo	86
Volviendo de la ciudad	96
Nochebuena	105
Soliloquio	112
La firma	115
Una carta	121
La hora vespertina	126
El camino	132
Son otros los tiempos	137
El incendiario	146
Hojas de arce	170
El entierro	184
Los Basarab	187
El ladrón	201
Mi verbo	212
El juicio	217
María	228
Los hijos	242

УІ
С 79

ВАСИЛЬ СТЕФАНІК
*«Каменний крест»
и другие новеллы*
(На испанском языке)

НБ ПНУС



342176

Видавництво „Дніпро“,
Київ, Володимирська, 42.

Київський поліграфічний комбінат
Комітету по пресі при Раді Міністрів УРСР,
вул. Довженка, 3.
Зам. 1—1507. Тираж 2000. Ціна 79 коп.

7—3—3
481—72М